

 PENTIAN

Proveedores de almas

ÓSCAR BRIZUELA BELLO



ÓSCAR BRIZUELA BELLO
PROVEEDORES DE ALMAS



Primera edición: noviembre 2016

PROVEEDORES DE ALMAS

ÓSCAR BRIZUELA BELLO

Diseño y producción:
LANTIA PUBLISHING, S.L.
info@lantia.com

Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España

Impreso en España
ISBN: 9781635030631
ISBN eBook: 9781635031270

© de la cubierta: Pentian.
© maquetación: Lantia Publishing, S.L.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

**Mecenas que han hecho posible la edición
de este libro en Pentian.com**

Gracias por participar en la revolución de la edición

Ainara Gutiérrez Aguirre

Aitor Vitoria Isusi

Amaia, Roberto

Ángela Aguirre

Ana María Baeza Arosa

Arantza Fernández Pérez

Arantza Ugalde

Argiñe Baza Hernández

Carolina Mediavilla

Asun Mateos

Cecilia Bello Canseco

Daniel Lorente

David Gutiérrez

Toñi Giraldo

Diego Fernández

Erika Fernández Casas

Federico Lorente Kullat

Félix Garma Martínez

Francisco Javier Sánchez Bello

Francisco Javier Díez Castrodeza

Íñigo Díez Montiel

Isabel Irigoyen Zuazola

Itziar Gutiérrez Pablo y Leire

Jesús María Merino Martín

Lorena Sánchez Bello

Luis Vicente

Maidor Simón Digon

Manuel Reinoso Viñas

María Isabel Bello

Juan Carlos Brizuela

María Piedad Bilbao Ruiz

Nerea López Domínguez

Noelia Berceruelo

Alberto López

Óscar Brizuela Bello

Pedro María Palacios Castaños

Rosa María Fernández Orejas

Santi Albert Roig

Verónica Sánchez Bello

Zigor Ruiz De Apodaka

Ana Salazar

Oficina del sheriff de Vayerton, Indiana

—¡Atención! A todas las unidades... tenemos un 4-7 en el banco, repito, un 4-7 en el Banco Credit Union. Acudan todas las patrullas cercanas lo antes posible.

—¿Has oído eso, Paul?

—No puede ser... ¿Un 4-7 en Vayerton? Voy a hablar con Dorothy. Tiene que haber un error. Bébetete el café rápido y deja el donut para luego, Scott. Arranca ya mientras verifico de camino.

—¿Dory?

—Sí, le recibo, señor Atkinson.

—Hemos creído entenderte un 4-7 en el Credit Union, ¿me lo puedes confirmar?

—Así es, *sheriff*. Un sospechoso retiene a un rehén a la entrada del banco. El vigilante de seguridad le ha impedido la huida.

—OK, estamos de camino. Dile a Mike que no haga nada hasta que lleguemos, ¿de acuerdo?

La pausada vida del pequeño pueblo de Vayerton había sido alterada por un inesperado suceso una soleada mañana de otoño. El *sheriff*, junto con sus tres ayudantes, mantenía el orden en el pequeño municipio de Indiana. La localidad agrícola, con apenas ocho mil habitantes, descansaba en las llanuras del medio oeste entre los dos gigantes industriales de Chicago e Indianápolis. Los Hoosiers basaban su economía en el maíz. Los granjeros acudían orgullosos a animar a los Spartans, el equipo de baloncesto de instituto que tantos titulares de periódicos había acaparado en los últimos años. Los chicos del Vayerton College llenaban las estanterías de su pabellón con numerosos trofeos.

Del equipo púrpura habían salido nada menos que cuatro jugadores que competían en la NBA. Para una población tan diminuta era algo verdaderamente extraordinario, y más con un equipo formado íntegramente por chicos de raza blanca, como el 99% de la población rural. Ellos paseaban con honra su singularidad y hacían bueno su apodo ante otras escuadras, *a priori*, más fuertes y con más recursos. Los «paletos» de Vayerton competían como verdaderos espartanos.

En el centro de la plaza se erguía la iglesia anglicana del siglo XIX, donde el reverendo Herman reunía a sus fieles para dar gracias al Señor por mantener a la comunidad tan unida. Todo el mundo se conocía, y el disturbio más grave con el que el *sheriff* se podía encontrar no era más que una pelea juvenil, donde los estudiantes intentaban demostrar su próxima hombría ante sus compañeros. El uniforme de policía, como la estrella plateada, no era más que una simple formalidad en aquel pequeño pueblo. Las discrepancias se arreglaban hablando como buenos vecinos.

Pero no siempre fue así. Vayerton había pertenecido al cinturón del acero que había enriquecido y hecho prosperar a la ciudad. En su época dorada había albergado una población de más de setenta mil habitantes. Varios centros médicos, entre ellos un hospital, atendían las heridas de los trabajadores del hierro. Una Facultad de Ingeniería ocupaba lo que hoy día es el centro cultural, y el viejo aeródromo que conectaba la urbe con cualquier punto del país no era más que una carretera muerta por cuyas cicatrices escapaban las verdes hierbas del campo de Vayerton. Allí organizaban carreras de coches los jóvenes del pueblo, con la ilusión de correr algún día en el mítico circuito de Indianápolis, que rugía a tan pocos kilómetros.

Con la caída del precio de la materia prima, los residentes buscaron ciudades más grandes que les ofrecieran nuevas oportunidades. La natalidad disminuyó drásticamente, y con ella, la posibilidad de regenerar la urbe. Los médicos y profesores empezaron a emigrar. A la pequeña depresión solo sobrevivieron los agricultores, gracias al

cultivo de maíz y soja. El pueblo saneó sus pulmones, pero enfermó su economía. Cines, bares, teatros, restaurantes... pocos negocios aguantaron el embate de la crisis.

En los años de decadencia, la ciudad mantenía uno de los índices más altos de delincuencia del Estado. El paro había hecho mella en las familias, y no todos podían elegir nuevo destino donde poder empezar de cero. Harry Atkinson apuraba sus últimos años antes de jubilarse, para dejar el puesto a su hijo Paul. Gracias a la fama y buen hacer de su padre, y a una gran campaña del alcalde, Paul fue elegido casi por unanimidad para conducir la transición. Quizás había llegado en el mejor momento posible. Era joven, con ganas y energías suficientes para afrontar el nuevo reto y, sobre todo, con la mentalidad necesaria para acometer tan delicado desafío.

El nombramiento, como se demostraría más tarde, fue acertado. Con Paul dirigiendo la oficina del *sheriff*, la criminalidad desapareció casi por completo. El sonido de los disparos y las sirenas de policía ya solo eran un lejano eco de un ruido que en otro tiempo invadía las noches de Vayerton. Eran simples anécdotas con las que los viejos del lugar rellenaban las charlas de bar entre cerveza y cerveza. El declive del pueblo, lejos de deprimir a los habitantes que se quedaron, les infundió nuevas esperanzas para reconstruirlo. El eslogan había cambiado: la Ciudad del Acero era ahora el Granero de Indiana. El mensaje para atraer a nuevos pobladores era ofrecer trabajo en el campo, pero no se pretendía engañar a nadie. De momento, Vayerton no estaba preparada para ofrecer la vida animada de una gran metrópoli.

Excepto algunos adolescentes trasladados a aquella tranquila villa contra su voluntad, todos los vecinos parecían disfrutar con el estilo de vida que ofrecía Vayerton. Y eso se reflejaba en las relaciones cotidianas. Todo el mundo que vivía en Vayerton quería vivir en Vayerton. Ahí radicaba el secreto del pequeño pueblo.

Una de las recién llegadas era la profesora Robinson. En un intento

de escapar de una desgracia familiar, llegó a la ciudad con el propósito de enterrar todos los recuerdos de su vida anterior y comenzar una nueva vida donde nadie conociera su pasado. Su trabajo con los niños le mantendría ocupada la mente. Allí podría fabricar un nuevo personaje, moldearse una personalidad acorde al entorno, nacer de nuevo sin el pesado bagaje de su antiguo ser. A sus cuarenta años, la vida le había dado una segunda oportunidad para volver a ser feliz.

Celebrando la tan ansiada y trabajada Licenciatura, Cynthia recibió una proposición del chico del que se había enamorado en la universidad. Tim era un joven inquieto e impetuoso que no esperó a terminar su carrera para lanzarse a la aventura. Se le presentó una oferta para trabajar en una mina de plomo y zinc en el norte de Alaska. El chico hacía ya tiempo que había perdido el interés por las leyes. De hecho, su espíritu rebelde se sentía cada vez más a gusto en el otro lado de la balanza. No se imaginaba sentado en un juzgado de Anchorage con su toga de abogado. Su juventud le pedía acción.

Para una chica de veintitrés años era una decisión difícil. Ella, bisoña y soñadora, creía que realmente Tim era el hombre de su vida. Tendría que elegir entre su príncipe o su futuro como maestra. Si optaba por lo primero, debería enfrentarse a sus padres para explicarles cómo una prometedor estudiante tiraba por la borda un futuro brillante como educadora por acompañar a un chico de barrio, que probablemente la abandonaría a la menor oportunidad. Luchó durante muchos días contra su cabeza. Aquella que la había llevado a ser la número uno de su promoción, aquella que la había colocado en lo más alto de la sociedad, aquella que la había conducido a tomar siempre la decisión más correcta. ¿Por qué dudar de ella ahora? Cynthia nunca se había arrepentido de nada en su vida. Su privilegiado cerebro parecía estar programado para hacer siempre lo correcto. Pero el amor no eran números ni direcciones. No eran intuiciones ni planes. No era trabajo ni sacrificio. Era solo eso: amor. Cuando aparecía, tenías que retenerlo y guardarlo, porque el auténtico solo se veía una vez.

Podía presentarse con dieciséis años o con cincuenta, pero sabrías cuál sería el bueno cuando estuviera ante ti. Había rechazado a muchos chicos en el instituto y tonteado con algunos en la universidad, pero ninguno se anteponía a sus estudios o a su familia. Con Tim lo tenía claro. Él era su familia. Él era su futuro. Así que, por primera vez, despreció a su cabeza y siguió los latidos de su corazón... hasta Kotzebue.

La aproximación al pequeño aeródromo resultó tan excitante como peligrosa. Las condiciones meteorológicas hacían balancear a la débil Cessna como si fuera una cometa mecida por el viento. Tim, ante la cara asustadiza de Cynthia, trataba de calmarla asegurándole que el piloto estaba acostumbrado a volar en tormentas de nieve mucho más violentas. Efectivamente, la falta de carreteras que comunicaran el pueblo con otras ciudades hacía de las avionetas el único medio de transporte válido para llegar a cualquier destino dentro de aquella vasta región. Allí, los jóvenes se sacaban el título de piloto antes que el de coche, y prácticamente todo el mundo «volaba». El cielo de Alaska era como una Gran Manzana por donde circulaban miles de aeronaves en lugar de taxis amarillos.

El pánico de Cynthia se fue transformando en cierta tristeza a medida que su miedo iba remitiendo. Una vez estabilizado el aparato, se pudo relajar observando el maravilloso manto blanco que cubría el terreno. Era una belleza dura, salvaje. Las casas móviles que daban cobijo a los habitantes del pueblo le parecían simples contenedores de obra clavados en la nieve. Por primera vez le entraron las primeras dudas sobre su destino. Aunque no habían salido del mismo estado, aquella primera visión, entre los paisajes nublados y fríos, le produjo la sensación de encontrarse en otro planeta a años luz de su confortable casa en Anchorage. Los casi novecientos kilómetros de distancia parecían desdoblarse una y otra vez para alargarse en el mapa. La ilusión de Tim le hacía esbozar una corta y forzada sonrisa para disimular la melancolía que la invadía. El optimismo natural de

Cynthia se iba apagando poco a poco a medida que la avioneta iba maniobrando para aterrizar en Kotzebue.

Estaba acostumbrada a los helados y duros inviernos de Anchorage, pero aquel apartado lugar prometía ofrecer una estación fría mucho más larga. Las opciones de ocio se reducían mucho. Una chica de ciudad tendría que aprender a manejarse en la naturaleza para sobrevivir en aquel bravío campo. Lo primordial, pensaba mientras el tren de aterrizaje tocaba suelo, sería aprender a conducir un trineo. Eso le daría la autonomía necesaria para huir de la rutina. La televisión por satélite, internet, la pequeña biblioteca del pueblo... las opciones iban saliendo. Bares y restaurantes se daban por hecho. Cuando ya estaba empezando a recuperar el ánimo, Tim la miró con una jovial sonrisa al tiempo que las hélices de la avioneta iban parando, dando por finalizado el aterrizaje. Cuando el chico cogió a Cynthia de la mano para apretarla contra su muslo mientras la sonreía, supo que aquella bienvenida a su nuevo hogar era toda la fuerza que necesitaba para emprender un duro pero emocionante viaje por otra etapa de su vida. Estaba con la persona de la cual se había enamorado, y solo era cuestión de acoplarse a un nuevo lugar. El salario de Tim en la mina era muy alto, y guardaba la esperanza de que su estancia en el pequeño pueblo situado cerca del estrecho de Bering durara lo justo para ahorrar y volver a la ciudad, donde comprarían una bonita casa de dos plantas en la que criarían a sus hijos. Aquella era solo una parada más en el camino de su larga vida juntos. Entretanto, Cynthia intentaría encontrar algún trabajo de lo que fuera. Con apenas cuatro mil habitantes, y el 75% de la población inuit, los puestos ya estaban ocupados. Pero lo mismo que ellos llegaban, otros se iban. Si no era de profesora, no le importaba meter unas horas de camarera. Todo lo que fuera estar ocupada le vendría bien para que los meses de oscuridad absoluta no la desanimaran. La falta de sol y el frío del círculo polar ártico no eran buena compañía para alguien con tendencias depresivas.

Contra todo pronóstico, Cynthia vivió felizmente en Kotzebue junto

a Tim mucho más tiempo del que había imaginado desde la ventanilla de la avioneta que la llevó hasta allí junto con su maleta. Con sustituciones en la escuela y medias jornadas en un restaurante, aprendió a vivir entre aquellas duras condiciones y a disfrutar de lo que los paisajes prístinos le ofrecían. Después de siete años, se sentía realizada con una vida que muchos despreciarían. Pero ella se notaba increíblemente dichosa al lado de Tim. La fortuna y la suerte sonreían a Cynthia, hasta que dicha felicidad se vio interrumpida por un desgraciado suceso. De camino a la mina, el helicóptero de la compañía minera tuvo un accidente en el que no hubo supervivientes. Por desgracia, Tim fue uno de los pasajeros que perecieron en aquel fatídico vuelo. El reino mágico de Cynthia se desmoronó por completo. El castillo de cuentos de hadas que había construido junto a Tim se derrumbó con una fortísima ventisca. La base que sujetaba su felicidad se había caído. Sus ojos se volvieron llorosos y furiosos. El cielo en el que vivía se transformó en un infierno. Tras maldecir a su, otrora, querido pueblo, cogió el primer vuelo después del funeral y volvió a la protección de su familia en Anchorage, donde vivió entre el perdón y la compasión de sus padres, hasta que estos murieron cinco años más tarde. Entonces decidió dar un portazo y dejarlo todo atrás para comenzar de nuevo. Sin amigos ni familia, nada la retenía. Esta vez emprendería el viaje sin maleta. En su desesperación, ni siquiera estudió un lugar en el que pudiera prosperar. Ya nada le importaba. No escucharía ni a su cabeza ni a su corazón. Simplemente cogería su coche y conduciría sin rumbo. Recorrió kilómetros que le sirvieron para pensar, y cuando por fin descargó toda su ira interior y se compadeció de sí misma, el motor, como si adivinara los pensamientos de Cynthia, se paró también, agotado tal vez, de tan largo viaje.

Tras el desahogo, con el coche averiado, y la frente apoyada en el volante, respiró profundamente antes de salir del vehículo. Había quemado todo su pasado y no se sentía con fuerzas para enfrentarse de nuevo al futuro. El coche se había detenido a escasos metros de un

barranco. Apenas se asomó a él, vio claro lo que debía hacer a continuación. Dar un par de pasos más y dejarse caer. Entonces se acabaría todo. No más sufrimiento, no más torturas. La solución estaba a dos metros de sus pies. Antes de dejar atrás nuestro mundo, quiso recordar la maravillosa vida que había llevado junto a Tim, para irse con una sonrisa en su rostro. Verle de nuevo y por última vez. Sacó una foto en la que posaban los dos juntos y la observó durante unos minutos, rememorando los mejores momentos que pasaron. Nada volvería a ser igual. Con la imagen en una mano, su pie izquierdo comenzó a avanzar lentamente hacia el abismo. La brisa levantaba su vestido mientras se acercaba al borde. Le recordaba a las tardes que pasaban paseando por los acantilados entre las flores en verano. Le parecía percibir hasta el mismo olor. Era como si Tim la acompañara de la mano hacia el borde. Aminoró la marcha mientras sus ojos lloraban de felicidad. Realmente le sentía a su lado. Quería alargar un poco más aquel increíble momento de felicidad. Estaba segura de que en el fondo de aquel precipicio se encontraba su amado, esperándola para continuar en el otro mundo su increíble vida unidos, que no pudieron terminar en este. Ya le siguió una vez hasta el fin del mundo, y estaba dispuesta a hacer lo mismo ahora solo por estar a su lado. El segundo paso la acercó un poco más. Cuando ya veía el fondo del barranco, adelantó de nuevo el pie izquierdo y volvió a mirar la foto con Tim para decirle que pronto estarían de nuevo juntos.

—¿Está bien, señora? —rompió una lejana voz su sueño cuando estaba a punto de dar el cuarto paso—. ¡No se acerque demasiado o puede caerse! —seguía avisándola el hombre.

Absorta en su conversación del más allá con Tim, Cynthia confundió la voz del hombre que la advertía con la de su enamorado, y cuando se dio la vuelta esperando encontrárselo, el policía ya la tenía sujeta por el brazo poniéndola fuera de peligro.

—¿Está bien? La encuentro un poco aturdida. ¿Ha tenido un accidente? Estaba tan desorientada que casi se despeña —la atendió aliviado al apartarla del precipicio.

—Oh... sí... sí... Gracias, agente. No sé qué me ha pasado. Se me ha ido el coche y al frenar bruscamente, me he debido golpear la cabeza

con el volante y me he mareado un poco.

—No se preocupe. Parece que está bien. La acompañaré al pueblo para que la examine un médico y mandaré una grúa para que recoja su coche.

Así es como Cynthia y Paul se conocieron. Les unía una terrible pérdida. Ambos encontraron en el otro esa comprensión mutua que necesitaban. No es que Paul no recibiera apoyo y cariño por parte de sus allegados, pero todo ese ánimo le resultaba vacío. Sincero, aunque corto. Solo alguien que hubiera amado como él, podría entender de verdad su dolor. Cynthia fue el aliento que necesitaba para sentirse realmente reconfortado. Su mujer lo dejó con dos niñas de uno y tres años. Ellas habían sido el único motivo por el que Paul no se había suicidado como Cynthia había intentado. Le prometió a su esposa en su lecho de muerte que lucharía por ellas y que las sacaría adelante. Melissa cooperaba en África en el cuerpo de Médicos Sin Fronteras, hasta que el temible ébola invadió su cuerpo. Ni siquiera el nacimiento de sus dos pequeñas la había hecho renunciar a ayudar a los más necesitados.

Cynthia se había propuesto darse un par de semanas antes de emprender de nuevo viaje en busca de otra carretera por la que perderse para siempre. La amabilidad de las gentes de Vayerton merecía un agradecimiento. Los días fueron pasando y la joven profesora no encontraba el momento de despedirse de sus nuevos vecinos. Debido a la falta de profesionales, las jubilaciones de los profesores eran cada vez más difíciles de suplir, así que pidieron a la joven licenciada que cubriera un puesto vacante, hasta que encontraran al titular definitivo que se quedara con la plaza. Cynthia aceptó. Quería compensarles cortésmente el trato exquisito recibido en todas esas semanas. En el pueblo no había alojamientos, así que el *sheriff* se ofreció a hospedarla en su casa hasta que encontrara un lugar donde quedarse. La verdad es que la chica ni siquiera buscaba pisos, sabiéndose decidida a abandonar el pueblo en breve. Pero sin darse cuenta, a los pocos meses, su apellido ya se había añadido al buzón de los Atkinson. Las niñas, de seis y ocho años, ya la veían como a una madre. Y Paul se sentía atraído por ella. La quería, pero siempre

recordaría a Melissa. Los dos sabían que el sentimiento era mutuo, así que jamás hubo un reproche entre ellos. Ninguno le recordó al otro, en las pocas discusiones que tenían, que con su antigua pareja eso no hubiera pasado. Las comparaciones estaban prohibidas en su relación porque, simplemente, eran inútiles. Ambos sabían que, si la intención era dañar al otro, traer a Tim y Melissa del más allá no iba a servir de nada, porque los dos tenían asumido e interiorizado que ellos eran inigualables.

La compañera de Paul tenía ante sí la vida que se había imaginado cuando soñaba despierta hablando con sus amigas en la universidad. Una bonita casa con jardín, el trabajo para el que se había preparado tantos años, unas hijas a las que quería con locura... pero su proyecto estaba incompleto. La llave de su fantasía estaba perdida. Anhelaba a Tim. Volvería a renunciar a todas sus aspiraciones para volver con él a Kotzebue.

—¿Qué pasa, Mike? —preguntó preocupado Paul al llegar a la altura del coche patrulla de su compañero.

—Es Matt —le respondió apenado—. No sé qué le ha pasado. Se ha vuelto loco y ha cogido a la cría de rehén al verse sorprendido por el vigilante del banco.

—¡Joder! Matt no haría daño a una mosca. Es la mejor persona que conozco. ¿Has hablado con él?

—Sí, pero está muy nervioso, Paul. Ha dicho que solo dialogaría contigo. Cole y Burt cubren la trasera del edificio, por si intenta escapar por una ventana.

—¿Está armado?

—El guarda de seguridad dice que sí. Ya no hay nadie dentro. Solo él con la niña.

—¿No hay heridos, no?

—No, solo la tía de la pequeña; está siendo atendida por una crisis de ansiedad.

—¿De dónde habrá sacado el arma? Esperemos que no esté cargada y la esté utilizando para asustar. ¿Qué hacía dentro?

—Quería vaciar la caja fuerte.

—Crecimos juntos. Algo le ha tenido que empujar a hacer algo así; intentaré hacerle entrar en razón —dijo Paul mientras avanzaba hacia la entrada del banco dispuesto a pactar con Matt.

El *sheriff* se desató la cartuchera y se quitó el sombrero para negociar con el secuestrador.

—¡Matt! ¿Estás ahí, amigo? —le llamaba a medida que se aproximaba cautelosamente—. ¿Matt? Soy Paul —insistía ante la falta

de respuesta—. Vamos compañero, intentemos arreglar este malentendido. Sal para que pueda verte.

Paul había dado órdenes para que nadie disparara.

Con las manos en alto para mostrar su voluntad de acuerdo, el *sheriff* nota que la puerta principal del banco se entreabre, dejando ver a una niña rubia de ocho años que, confusa, no puede más que llorar mientras su rostro asustado se asoma por el portón. Una aguerrida mano temblorosa la sujeta del hombro impidiéndole el movimiento.

—Tranquila, Colette, pronto estarás con tu papá, ¿vale? No llores, cariño —intentaba calmarla Paul.

—¿Me oyes, Paul?

—Sí, sí. Dime, Matt. Estoy aquí, amigo.

—Te... tengo un revólver, así que no intentéis nada, ¿de... de acuerdo? —amenazaba con la voz entrecortada.

—No te preocupes. Nadie se va a mover, Pero no hagas ninguna tontería. Esto todavía tiene arreglo.

—Creo que ya no, viejo amigo.

—No digas eso, Matt. Solo tienes que dejar ir a la niña y hablar conmigo. Te prometo que todo va a ir bien.

—Ya es tarde.

—¡No, no! —intentaba Paul reconducir la situación—. Todavía no has hecho nada. Déjame ayudarte, amigo. Confía en mí.

—Sabes que no hay nadie de quien me fíe más, Paul.

—Lo sé, Matt, por eso estoy aquí —decía el *sheriff* cada vez más nervioso temiendo que Matt perdiera el control—. Sigue mis consejos, amigo, y saldrás de esta.

—Yo solo quería el dinero; no pretendía hacer daño a nadie, Paul —se confesaba lloroso.

—¡Eh, eh! ¡Matt! Todos tenemos problemas, y para eso estamos los amigos. No te vengas abajo, ¿me oyes? —trataba de consolarle inquieto—. Puedo ayudarte.

—¡No puedes ! ¡Nadie puede! —repetía hundido.

—¿Qué te preocupa, amigo? Podemos hablarlo tranquilamente con un café si sueltas a la niña.

—Esa víbora me lo ha arrebatado todo, Paul —seguía sollozando—. Se quedó con mi casa, con mis hijos, con mi dinero...

—Lo entiendo, Matt. Es duro para ti, pero la vida siempre te da una segunda oportunidad. Mírame a mí.

—¿Sabes lo que se siente al ver todos los días a tus hijos entrando en tu casa para abrazar a otro hombre que te sustituye? Para ellos, ese cabrón es su verdadero padre, y algún día su madre les dirá que yo era un borracho desgraciado que los abandonó. No soy un maltratador, Paul, tú me conoces. Empecé a beber a raíz del divorcio, pero jamás he puesto la mano encima a mis pequeños. Les quiero más que a mi vida. Nunca les haría daño.

—Estoy seguro, Matt. Déjame hablar con el juez. A lo mejor Teresa recapacita y lo podemos arreglar.

—Ya lo intenté. Estoy condenado, no puedo acercarme a ellos. Estaba dispuesto a esperar a que alcanzaran la mayoría de edad para explicarles la verdad; me conformaba con verles a lo lejos desde mi vieja caravana, Paul. Me siento orgulloso, y no voy a renunciar a mis hijos. Por eso me gasté el poco dinero que me quedaba en comprar esta parcela baldía. Desde la distancia podría verles crecer, pero ahora también quieren desalojarme de allí. Todo por una mierda de carretera por la que apenas circularán coches.

—Pero con el dinero de la expropiación podrás comprarte otra tierra, Matt. Te darán más de lo que valen esos matorrales.

—La única finca en venta con vistas a mi casa vale millones de dólares. No está a mi alcance.

—¿Por eso necesitabas atracar el banco? Esas tierras están adjudicadas para la construcción del nuevo hotel. Aunque reunieras el dinero no te las venderían, porque el alojamiento traerá trabajo.

La inexperiencia y desesperación habían empujado a Matt a asaltar el banco sin ningún plan ni preparación. Ni siquiera se planteó viajar a

otra ciudad para perpetrar el crimen.

—El dinero está asegurado, no perderéis ni un centavo.

—No nos preocupa el dinero. Lo importante es que tú y la niña no sufráis daños. Vamos, déjame acercarme, Matt. Técnicamente, no te has llevado nada. Sin antecedentes penales graves estarás poco tiempo. —Evitaba pronunciar la palabra cárcel para no ponerle más nervioso—. Te prometo que intercederé por ti ante la justicia y les diré a tus hijos lo buena persona que es su padre. Te llevaré todas las semanas vídeos suyos para que no te pierdas ni un centímetro de su desarrollo. Créeme, cuando te des cuenta, estarás fuera y podrás disfrutar de ellos, amigo.

—Paul, si no resuelves pronto la situación, tendremos aquí al FBI con un negociador y francotiradores en poco tiempo —le hablaba Scott por el pinganillo.

—Ya casi está convencido, dejadme unos minutos más.

El silencio del asaltante hacía albergar esperanzas al *sheriff* de poder sacar indemnes a los implicados en el atraco. Era como si Matt estuviera recapacitando sobre la propuesta de Paul.

—¿Me escuchas? —le tanteaba Paul.

—¿De verdad saldría pronto? —preguntaba Matt como un niño sabedor de que tendría que cumplir su castigo por su trastada.

—¡Sí, claro! Y estoy seguro de que Teresa valorará lo que has hecho y dejará que te visiten.

La niña se iba desplazando lateralmente con pequeños pasos robóticos para dejar sitio al grueso cuerpo de Matt, que la acompañaba en la salida del banco, exponiéndose a la vista de los viandantes, que rodeaban el edificio con gran expectación. Todavía con la pistola apuntando el cuerpo de la pequeña, pero con una mueca de ilusión en su rostro, Matt avanzaba sudoroso hacia las escaleras para entregarse.

—Paul, tenemos un espontáneo —sonaba Scott en el oído.

—¿Qué?

—Alguien se ha saltado el cordón de seguridad.

—¡Me cago en la puta! —maldecía mientras observaba aterrado como una figura con un rifle tomaba posición de tiro a pocos metros de la entrada.

—¿Quién coño es, Scott?

—Parece Jamie, el padre de la niña.

—Eso es, Matt —apremiaba Paul al desdichado mientras alargaba el brazo para coger a la chica.

Tambaleándose y transpirando intensamente por todo su cuerpo, Matt sujetaba a la niña y se acercaba al *sheriff*, cuando un fuerte ruido metálico hizo que se volviera impulsivamente hacia un costado, agitando bruscamente el cuerpo de la niña. Una cascada de cartuchos vacíos sembró el asfalto de la avenida Bird, esparciéndose alrededor de los neumáticos del coche policial. Una docena de casquillos rebotaban contra el pavimento mientras los proyectiles impactaban violentamente en el torso y la cabeza de Matt, derribándole al instante. El cuerpo ensangrentado rodó escaleras abajo hasta detenerse a los pies de Paul, que observaba impotente la escena. Un poco más arriba, el padre de Colette intentaba reanimarla entre sus brazos sin éxito. Otra bala había acabado con su corta vida. Jamie, en su intento por recuperar a su hija, apuró demasiado la distancia y al aproximarse había tropezado con una papelera. En su giro, a Matt se le escurrió el revolver entre sus sudorosas manos, y su dedo índice había accionado el gatillo accidentalmente. El fatal desenlace originó un silencio sepulcral solo perturbado por los llantos de un padre sufriendo por la pérdida de su hija. Durante unos segundos, nadie se movió. Todos parecían espectadores espantados ante una representación en el museo de los horrores. Nadie imaginaba aquella macabra secuencia. Nadie esperaba aquel dramático final.

Poco a poco, las cabezas de los policías iban surgiendo de detrás de los coches patrulla, cruzados en la calle para cortar el paso de los curiosos. Con sus revólveres humeantes todavía, se incorporaban desde sus posiciones en guardia para aproximarse al cadáver de Matt.

Sobrepasaron a Paul, que permanecía inmóvil clavado en la misma posición sin parar de mirar los cuerpos. Una vez que comprobaron que Matt no respiraba, se acercaron a Colette que, después de intentar ser reanimada por los cuerpos médicos, fue cubierta por un manto dándola por fallecida. Jamie, negándose a la evidencia, seguía intentando hacerla volver zarandeándola y besándola entre lágrimas, esperando que el milagro del amor consiguiera lo que la ciencia no había podido lograr. Scott y Mike tuvieron que tirar de él para arrancarle del cuerpo de su hija.

Dos días después, el pequeño ataúd blanco con los restos de Colette era enterrado en el cementerio, y con él se hundía bajo tierra toda la reputación ganada a lo largo de tantos años por el *sheriff* Atkinson. Objetivamente, nadie podría acusarle de negligencia, pero la muerte de una niña era un pecado que no se podía perdonar. A ojos del vecindario, el padre de la criatura solo intentó salvarla al ver que el secuestrador la retenía. Con el homicida muerto, el «jurado popular» dictó sentencia: Paul Atkinson era el culpable. Pasó de héroe a villano.

Los alegres saludos matutinos se silenciaron apartando la vista, la amabilidad se tornó en miradas acusadoras y la confianza se convirtió en sospecha. Para Paul, afrontar el día a día con esos vecinos, que hasta hace nada le idolatraban, era como enfrentarse a un examen en el que, por mucho que demostrara, jamás sacaría adelante. ¿Cómo luchar cada hora de tu vida contra un mundo que no te quiere en él? Intentaba delegar en sus ayudantes para no enfrentarse a su gente, pero tantas horas encerrado en su despacho no hacían sino desanimarle aún más. Acudía, como cada mañana, a tomarse su café con tortitas al Holly's. Le gustaba sentarse tranquilo en su rincón para leer el periódico mientras degustaba los deliciosos dulces que preparaba Sally. El silencio que reinaba a las 9:30 h era una sinfonía muda para sus oídos. Aprovechaba esa hora en la que los alumnos ya estaban en clase y los jornaleros en el campo para disfrutar de su momento.

—Buenos días, Sally. —Abrió la puerta del local mientras se quitaba el sombrero.

—Hola, Paul.

—¿Me pones lo de siempre? —le pedía el desayuno dirigiéndose

hacia su mesa.

—Por supuesto.

Apenas dio dos pasos, tuvo que retroceder hacia el mostrador al ver un cartel sobre la tabla de madera.

—Pone «Reservado», Sally.

—Ah, sí, es que hoy tenemos comida para un grupo grande.

—Ya...

—Es un poco pronto, pero no quiero que me pille el toro, ¿sabes?

—Sí, sí, claro, no te preocupes. Me pongo en esta. No hay problema.

—Oh... son muchos invitados, Paul. También la necesitaré. Lo siento. Puedes sentarte allí. —Le indicó una que estaba libre al lado del váter.

Muy educadamente, Paul se acomodó en el minúsculo hueco que le dejaba la silla. Los fuertes olores que salían del baño no era el aroma que esperaba para el almuerzo. Una vez encasquetado, abrió la prensa por la página de deportes y esperó a ser servido.

—¿Cómo van mis tortitas, Sally? —se impacientó tras aguardar unos minutos sin ser atendido.

—Sí, sí, aquí las tienes —le hablaba en voz alta desde el fondo del bar—. ¿Puedes venir a recogerlas? Es que ando un poco liada.

El *sheriff* se incorporó para recoger su pedido en la barra. Era la primera vez que la chica no le había servido en la mesa. Cuando cogió el plato, se encontró con una masa de harina absolutamente hecha añicos.

—Perdona, pero se me ha pegado un poco la sartén. De todas formas, saben igual. Ya verás cómo están ricas —le dijo la camarera al percatarse de la cara de decepción de Paul.

—Seguro. Por un mal día no te voy a arrestar — bromeó intentando restar importancia al accidente culinario.

De vuelta a su silla, acercó el vaso de café para darle el primer sorbo. Su paladar recibió un líquido helado que hizo que su cara expresara rechazo. Le encantaba el café caliente, pero no soportaba el

frio.

—¿Me lo puedes calentar un poco, Sally?

—Ah, sí. Justo se nos ha estropeado la cafetera esta mañana.

Paul ya tenía suficiente. Era evidente que los contratiempos no eran casualidad. Y la expresión de Sally tampoco. Se despidió amablemente y se llevó el café para calentarlo en la oficina. De camino, paró en la panadería para comprar pan que, casualmente, se había agotado. Lo que estaba a la vista también estaba reservado o era del día anterior.

La animadversión que despertaba entre los ciudadanos se iba acentuando con el día a día, hasta convertirse en una auténtica persecución. El maltrato psicológico dio paso a un acoso que lo perseguía hasta su propia casa. Su correo aparecía quemado. La puerta de su domicilio amanecía con pintadas de «asesino» y hasta alguna noche se despertaba sobresaltado por la rotura de los cristales de su ventana. Paul poseía una voluntad de hierro y una paciencia a prueba de bombas, pero tenía que encontrar solución a aquella realidad tan violenta. Se reunió con el alcalde, Elias, para intentar reconducir la situación.

—¿Qué tal, Eli? —lo saludó estrechándole la mano.

—Bien bien. ¿Y tú? —le intentaba animar dándole una palmada en la espalda mientras le dirigía al sofá del despacho del ayuntamiento.

—Bueno, ya sabes que no estoy en mi mejor momento.

—Lo sé, amigo. De hecho, te has adelantado a mi llamada. Te iba a proponer que te tomases unas semanas de descanso. Coge a Cynthia y a las niñas y relájate unos días lejos de todo esto, te vendrá bien.

—¿Y luego, qué? La gente no va a olvidar mi cara en dos semanas, Elias.

—Te voy a contar una historia, Paul. En mi infancia, crecí en una cuadrilla de niños bastante granuja. En mi pueblo no teníamos los aparatos electrónicos que hay hoy en día para pasar el rato. Andábamos todos los días correteando por la calle. Unas navidades, mis padres me regalaron un precioso cachorro de golden retriever que iban a sacrificar

en la perrera. Me acompañaba a todas partes. Incluso me esperaba a la salida del colegio para volver a casa juntos. Pero mis amigos no veían a Larry como un animal con el que jugar, sino como algo a lo que torturar. Sabían que el pobre perro no les mordería porque era un buenazo, y no dejaban de lanzarle piedras, montarse encima de él, tirarle del rabo... Era su centro de diversión. Un día le sacaron los ojos con tirachinas y lo dejaron ciego para el resto de su vida. Entonces les entró el sentimiento de culpabilidad y por fin le dejaron en paz.

—¿Qué me estás insinuando, Elias? ¿Qué debería mutilarme para que me dejen en paz? ¿Qué quieres que sacrifique? Sabes de sobra que no fue culpa mía.

—Lo sé, Paul. Pero eso no importa. Lo que cuenta es que la gente te ha perdido el respeto y cree que debes pagar por tu error.

—Entiendo. ¿Me estás pidiendo la dimisión? Tenías pensado cesarme a la vuelta de las naciones, ¿verdad?

—Compréndelo. Se ha abierto una investigación. Hablaré con los chicos y no pasará nada. Puedo salvarte del juez, pero no del linchamiento público.

—¿Tiene todo esto algo que ver con las elecciones del próximo mes, Elias? —le preguntó desconfiado.

—¡Vamos, hombre! ¡Te estoy intentando salvar el culo! —hablaba cada vez más molesto.

—Creo que al único que quieres poner a salvo es a ti mismo —decía Paul decepcionado—. No tengo miedo a una investigación, Eli. Hice lo correcto. Jamás se lo diría a Jamie habiendo perdido a su hija, pero ambos sabemos que fue su padre quién se equivocó.

—No quiero discutir contigo. Y nunca me he metido en tu trabajo, Paul, pero... todos vimos que trataste al atracador como a un amigo, y no como a un delincuente que estaba tomando como rehén a una niña de ocho años.

—Ya veo. Ahora Matt es un vulgar ladrón. Cuando salvó a tu hijo de las inundaciones del camping no dejabas de ensalzarle poniéndole

medallas al mérito civil. Arriesgó su vida por sacar a todos aquellos críos del agua. Pero, claro, ahora es un villano por querer estar cerca de su familia. ¡Por Dios santo! ¿Crees que se merecía esto? —Golpeó la mesa del alcalde muy enfadado—. ¿Era mejor volarle la cabeza? Por supuesto, nadie echaría en falta a un marginado de la sociedad. Ni siquiera sus propios hijos a los que manipulan contra su padre. ¡Eres un puto desalmado sin sentimientos que olvida pronto, Elias! Una persona puede llevar una vida ejemplar durante toda su existencia, pero como cometa un error lo crucificamos. ¿Este es el mundo que quieres dirigir? ¿Sabes? Echo de menos el Vayerton de hace dos décadas. Entonces nos rodeaba el crimen, sí, pero sabíamos dónde estaba, y teníamos armas para detenerle. El Vayerton de hoy está enfermo, Eli. Una enfermedad oculta que nos come por dentro sin darnos cuenta, un mal que se expande entre nosotros sin manera alguna de hacerle frente, un demonio que nos tienta con sus ofertas de poder y bienestar a cambio de llevarse nuestras almas.

Elias aguantaba el sermón de Paul admitiendo en su interior que llevaba razón. Sentado, con la cabeza agachada y la mirada avergonzada dejó que el *sheriff* siguiera desahogándose.

—¿Si hubiera sido yo, me habrías pegado un tiro también? —le hablaba más calmado, de amigo a amigo—. ¿Recuerdas quién te aupó al poder? —seguía recriminándole ante su silencio—. Sí, amigo, el joven *sheriff* que limpió esta pocilga. Mi apoyo fue determinante para que llegaras hasta esa cómoda silla en la que estás sentado. Te confesaré algo: Alfred, el otro aspirante, me ofreció ser teniente de alcalde si me sumaba a su candidatura. Fui a tu lado porque eras mi amigo. No necesitaba un puesto importante para sentirme realizado en la vida. Llevo esta placa por vocación y porque me hace sentir bien. Me gusta ayudar a la gente, aunque no reciba nada a cambio. Eso se llama humanidad, amigo. Lo que ha perdido la gente de este pueblo. A falta de malvados a los que perseguir, parece que necesitan un cabeza de turco al que machacar vivo. Supongo que va en la naturaleza humana.

Tenía fe en que quedara gente como yo. Y pensaba que tú eras uno, pero veo que me equivoqué. Antepones tu puesto a tus amigos.

—¡Ya basta, Paul! ¡No consiento que me hables así! La vida no es el cuento hadas que quieres escribir. El mundo real es así, ¿entiendes? La gente crea héroes a la misma velocidad que los destruye. Yo también tengo familia a la que cuidar. Y dependen de que a mí me vaya bien.

—Cuando llegaste aquí no eras nadie, Elias, pero tus valores te hacían una persona íntegra. El poder te ha corrompido. —Seguía atacándole Paul.

—Sigo siendo el mismo. Las circunstancias han cambiado.

—Y tú también. Ya no eres fiel a ti mismo. Solo tienes que salir ahí fuera y dar la cara por mí.

—¡No puedo! Te lo pido por favor, Paul —le suplicaba—. No me hundas contigo.

La sinceridad de Elias había dejado claro que no estaba dispuesto a arriesgar su posición privilegiada para defender a su amigo. Así que, Paul, abatido, empezó a negociar su dimisión.

—¿Cuánto tiempo me das para anunciarlo?

—El ambiente está muy crispado, cuanto antes mejor.

«Más bien las elecciones están muy cerca, cuanto antes mejor», pensó Paul.

—¿Me podrías ofrecer algo?

—Ahora mismo —suspiraba el alcalde —, no sabría dónde colocarte.

—Me conformo de barrendero.

—¿De verdad quieres arrastrarte por nuestras calles como un perro apaleado, Paul?

—Tengo que vivir de algo.

—La gente pasará de ignorarte a burlarse de ti, piénsalo. Serás una presa fácil —le decía Elias intentando, esta vez sí, ayudarle.

—Señalado voy a estar siempre.

—El tiempo lo olvida todo. Deja que se enfríe un poco el asunto.

¿No puedes trabajar una temporada en la plantación de tabaco que tu primo John tiene en las afueras?

—Ese cultivo está más arruinado que yo, Elias.

—Escucha —trataba de encontrar una solución—, conozco a gente en Cincinnati, tengo amistad con el alcalde.

—¿Cincinnati? ¿Me estás echando del pueblo? —se enfureció Paul sin dejar explicarse a Elias.

—Será temporal. Todo está muy reciente. Dale tiempo a la gente a que recapacite, Paul. Estoy seguro de que en unos meses volverán a verte como antes. Concédenos una oportunidad. Colocaré a Cynthia en una escuela, no tendrá problemas. Las niñas estarán mejor lejos de todo esto, Paul. Ya sabes que los críos son muy crueles y aquí todos nos conocemos.

—¿Y yo?

—Bueno, Jack me dijo la última vez que tenían dificultades para cubrir los puestos en los mataderos municipales —dijo temeroso de la reacción de Paul.

—De acuerdo. ¿Me dejas consultarlo en casa?

—Tómate el tiempo que necesites, amigo. Si os decidís, te puedo ayudar a buscar piso.

Paul habló con Cynthia de la posibilidad de irse a vivir a Cincinnati. Su compañera siempre le había apoyado en todo, y ante una situación tan difícil no se opuso al traslado. Sería lo mejor para toda la familia.

Paul se recluyó en casa los días siguientes. Ante la insistencia de Cynthia para que tomara un poco el aire, salía a primera hora de la mañana cargado con todos sus aparejos de pesca en su camioneta y enfilaba a diario la estatal 31 para recorrer los casi doscientos kilómetros que separaban Vayerton de Cincinnati, donde dedicaba toda la mañana a buscar pisos. A la vuelta, aprovechaba para parar en un viejo muelle de madera abandonado, donde se relajaba pescando truchas en el río Wascot. Su padre le llevaba allí de pequeño los fines de semana, y le gustaba recordar aquellas mañanas campestres en las que

disfrutaba junto al viejo *sheriff*. A la espera de que algún inocente pez picara el anzuelo, Paul se entretenía escuchando las historias de su padre. Le amenizaba con los relatos de persecuciones y detenciones que realizaba el valiente cuerpo de policía del plomizo Vayerton. Las narraciones de Harry hacían parecer aburridas las películas de acción. A pesar de las advertencias de su padre, Paul quiso vivir aquellas aventuras también. Su madre le echaría en cara a su marido años más tarde que su hijo rechazara la universidad para entrar en la academia de policía.

Aquel viaje en el tiempo era lo único que le reconfortaba. Necesitaba ser por un momento un niño de diez años. Necesitaba volver a sentarse en aquel carcomido embarcadero para poder decidir de nuevo sobre su futuro. Tras reflexionar toda la tarde, volvía al anochecer al pueblo, amparándose en la oscuridad de la noche, para esconderse de la vista de sus vecinos. Algunos, como sus compañeros de comisaría —especialmente, Scott—, iban a visitarle para interesarse por él, pero Paul prefería llevar su desgracia en su intimidad. Metérsela para sus adentros e intentar superarla él solo.

A las 23 h se le había echado la noche encima. En el aparcamiento de una colina cercana al pueblo, observaba desde el asiento de su Dodge las luces de la ciudad. Con el motor y las luces apagadas, simplemente miraba de frente a una ciudad que le había dado la espalda. Le gustaba subir allí para recordar a Melissa. Escuchaba bandas sonoras de películas como *Braveheart* o *El último mohicano* que le entristecían, pero cuya épica le proporcionaba al mismo tiempo la fuerza necesaria para afrontar los problemas. Buscaba la melancolía para superar el dolor. Después de unos minutos escuchando aquella maravillosa música, arrancaba de nuevo con la energía necesaria para encarar cualquier situación. Era una terapia que le funcionaba. Unas sintonías en las que su pena encontraba refugio.

Pero aquel domingo, algo perturbó su alivio. Al girar la llave de arranque de la camioneta y encenderse los focos, algo apareció al lado de su capó. Le pareció ver una figura amorfa más oscura que la propia noche. Fue un *flash* de dos segundos que hizo que su aliento se congelara por un instante. Mantuvo su mirada de pánico sobre la silueta, hasta que la forma desapareció bajo la carrocería del vehículo. En un primer momento, pensó en salir para comprobar qué lo estaba rondando, pero prefirió no averiguarlo. Estaba seguro de que fuera lo que fuera aquello, no era una persona. Antes de que le sorprendiera por la parte posterior, metió marcha atrás y aceleró para dejar a la vista al ente que se deslizaba por los bajos de la furgoneta. En su acelerada huida, no se percató de la llegada de otro coche que se acercaba por detrás hacia el mirador. Tal vez, una pareja de adolescentes que aprovechaba el festivo para hacerse cariños. A punto de impactar con el

otro automóvil, y después de aguantar los insultos del otro conductor, paró en seco para mirar si había rastro de aquel misterioso ser. Nada. ¿Cómo se había podido esfumar de esa manera? Con la misma mirada de terror, comprobaba los alrededores mientras una cara con acné se asomaba por su ventana para seguir increpándole por su brusca maniobra. Ajeno a los gritos mudos del chico, que seguía enfurecido golpeando su puerta, Paul respiraba aceleradamente, asustado, y en alerta todavía por si volvía a aparecer el visitante nocturno. Parecía que había desaparecido sin más, así que volvió a revolucionar su motor para salir de allí como alma que lleva el diablo. Por su retrovisor solo veía el rastro de humo y polvo que dejaba su camioneta, y al adolescente enfurecido al que no había prestado atención.

Aparcó en el garaje y se aseguró de cerrar manualmente la persiana por si aquella sombra le perseguía. Como todas las noches, subió a besar a sus niñas, que descansaban ya dormidas en su habitación y bajó a cenar con Cynthia, que lo esperaba pacientemente para sentarse junto a él en la mesa. La profesora no quería agobiar a Paul preguntándole todos los días qué tal estaba. Le conocía y prefería dejarle a él tomar la iniciativa. Debía cederle libertad para hablar del asunto cuando le apeteciera, pero también sabía que era tan hermético que su clausura mental podría atormentarle si no soltaba cuerda. Muy sutilmente le inducía a desahogarse, pero en aquella velada parecía especialmente rocoso. No hubo forma de penetrar en su cerebro. Aunque le vio especialmente recluso en sus pensamientos, decidió no forzarle.

Dos días más tarde, se volvió a producir otro encuentro paranormal. De nuevo en ruta, la misteriosa aparición volvía a hacer acto de presencia ante los ojos de Paul. Cualquier sitio lejos de Vayerton era buen lugar para recapacitar. Muchas veces se limitaba a conducir sin un punto concreto al que llegar. Una roca en medio del campo, un sendero en mitad de un bosque, un tronco a la orilla de un lago... El paisaje ofrecía numerosos rincones para relajarse lejos de la cruel humanidad. En una apartada vía comarcal, la *pick up* sorteaba

socavones con los amortiguadores crujiendo ante el pésimo asfalto de la carretera. Sin coches a los que molestar, Paul accionó las luces largas para anticiparse a los enormes baches que amenazaban sus ruedas. La potencia de los faros le mostró en la lejanía a un hombre que aguardaba a cruzar la carretera en la orilla del arcén, una vez que la camioneta de Paul le hubiera sobrepasado. Tal vez un agricultor que volvía de trabajar del campo. Con sus sentidos concentrados en el pavimento, Paul seguía zigzagueando y aminorando la velocidad. A apenas cien metros, la figura iba haciéndose más nítida. La mancha se transformó en una tenebrosa nube opaca que permanecía inerte ante el destello del vehículo. Aproximándose a su altura, por fin la forma etérea reaccionó a la llegada de Paul. Giró su cabeza hacia él y abrió la boca como si quisiera hablarle. No se le distinguían ojos ni nariz ni orejas. Paul confió en los poderosos neumáticos de su 4x4 para superar los hoyos que se iba a tragar en su estampida. Volvió a acelerar, entre los botes de su camioneta, para dejar atrás aquella fantasmagórica visión.

—¿Qué tal las niñas, Cynthia? —intentaba sobreponerse a su encuentro Paul.

—Bien, muy bien.

—Siento mucho no pasar más tiempo con ellas. Sé que estás haciendo un gran esfuerzo llevando tú sola la casa. Valoro tu sacrificio —le decía cogiéndola de la mano mientras cenaban.

—Lo hago encantada, Paul. Jennifer y Elsa se portan muy bien. Tómame el tiempo que necesites. Cuando te recuperes, todo volverá a ser igual —le respondía cariñosamente Cynthia.

—De eso quería hablarte. No sé si acabaré siendo el mismo.

—¿No te notas más tranquilo? —le preguntó preocupada.

—Sí, más relajado sí, pero verás... —No sabía cómo mencionarle sus alucinaciones.

—Dime, Paul, puedes contarme lo que quieras. —Le trataba de transmitir confianza arrimándose a su silla para prestarle más

atención.

—Hace dos días, vi algo en la colina. No sé qué era, pero me asusté. No era un cuerpo físico.

—Tranquilo. —Le pasó el brazo por el hombro al ver que se desmoronaba.

—Pensé que sería un engaño de mi vista. Fue muy rápido. Pero hoy se me ha vuelto a aparecer la misma cosa. Y era real. Vi un espectro sin cara flotando en el aire.

—Puede que sean efectos secundarios de la medicación. Las pastillas que te mandó la doctora pueden afectar a la vista.

—Nunca empecé ese tratamiento, Cynthia. Las depresiones no se curan con cápsulas.

—No, pero pueden ayudarte a mejorar tu estado de ánimo.

—Y también a crearte adicción. Prefiero resolver el problema en el mundo real.

—Está bien. ¿Estás completamente seguro de lo que viste?

—Sí. Y tengo miedo de que vuelva.

—Estoy contigo, cariño. Buscaremos ayuda. Ya sé que tampoco te gustan los psicólogos, pero ¿me harías el favor de probar para descartar...?

—¿Trastorno mental? —la interrumpió Paul.

—No, no. Puede ser simple estrés emocional. Estás bajo una gran presión. La cabeza nos puede jugar malas pasadas.

—Bien. No es que no me gusten, pero creo que en mi caso no va a ser útil. Entiendo que otra gente los necesite, pero a mí me hace más bien hablar contigo que con un desconocido que solo me escucha por obligación laboral.

—No digas eso, Paul. Hay muy buenos profesionales. Tú arriesgabas tu vida por la gente, pero también cobrabas. —Trataba de convencerle.

—Pediré cita mañana —dijo resignado, dejando una puerta abierta a la hipótesis de Cynthia.

—Verás como te sientes mejor. —Le reconfortó con un beso en la mejilla.

A las 18 h la consulta del doctor Higgins se vaciaba con el penúltimo paciente del día saliendo del despacho. Paul prefería ir a última hora para no cruzarse con nadie. Un confortable diván amarillo claro sobre una alfombra persa acomodaba a las visitas. Una antigua lámpara de mesa creaba la luz tenue necesaria para que el paciente se sintiera a gusto. Los muebles antiguos de madera vieja y los diplomas que adornaban las paredes vestían un despacho verdaderamente acogedor. La delicadeza y atención en el trato del psicólogo dieron confianza y serenidad a Paul. La forma de vestir informal del doctor también le transmitió franqueza. Los trajes siempre le habían impuesto respeto. Con las presentaciones realizadas, Paul centró su conversación en las inquietantes apariciones.

—Esas visiones tienen origen, sin duda, en su cerebro, señor Atkinson —le confirmaba el doctor.

—Me siento más a gusto si hablamos tuteándonos, doctor.

—Oh, por supuesto. Yo también lo prefiero.

—Pero estoy seguro de que eran reales.

—En su cabeza, sí. Como lo es un sueño hasta que despiertas.

—¿Es como si soñara despierto?

—Bueno, o simplemente nuestra predisposición a ver ciertas cosas hace que al final aparezcan en nuestro horizonte. ¿No has podido confundir esas figuras con personas o espantapájaros de los maizales?

—No, imposible. No entiendo cómo puedo esperar que me aparezca un fantasma si no creo en ellos.

—¿Has perdido recientemente a algún ser querido, Paul?

—Hace años —contestó apesadumbrado recordando a Melissa sin mencionarla.

—¿Era muy importante en tu vida?

—Sí, era el pilar de mi vida —seguía sin querer nombrarla.

—Puede que en estos momentos tan críticos que estás pasando

necesites a esa persona que tanto echas de menos y que ya no está. Tú corazón la necesita y la está buscando. En este caso, las órdenes se invierten y es tu mente quien recibe el mandato para encontrarla. En tu desesperación, puede que tu cerebro esté fabricando la figura de esa persona que tanto amabas para que te muestre la salida a tu crisis.

—Y amo. Siempre estará conmigo.

—Debes aferrarte a la gente que te quiere aquí y ahora, Paul. —Le recomendaba el doctor sospechando que la ausente era su mujer—. Nadie podrá reemplazarla, pero déjate ayudar por los que están a tu lado. Deja de buscarla.

—Si no fuera por mis hijas, me iría con ella, Liam —decía con lágrimas en los ojos.

—Sé que es difícil, Paul, pero piensa que cuando se acabe tu vida en este mundo, ella te estará esperando al otro lado. Vive con la ilusión de que volverás a encontrarte con ella. No tengas prisa por llegar. Tu familia te necesita aquí. Haz que se sienta orgullosa de ti.

—Por ello lucho todos los días. Quiero creer que observa cada paso que doy. Pero, si es... —seguía sin revelar su nombre, como si al hacerlo la perdiera para siempre—, ¿por qué esa aparición me transmite miedo y no paz?

—Tal vez porque no la percibes como quien realmente es. Ahora para ti es algo desconocido que está alterando tu vida. A partir de hoy, todo cambiará.

Las buenas palabras del psicólogo dieron sentido a las visiones de Paul, pero desgraciadamente no lograron cambiar su inconsciente. Seguía recibiendo las visitas de aquella sombra amenazadora, y cada vez, con más asiduidad.

En el silencio de la madrugada, un leve movimiento desactivó el sueño ligero de Paul. La colcha se escurría hacia los pies de la cama como si alguien tirara de ella. Cynthia permanecía durmiendo plácidamente de costado ajena al destape. Paul se incorporó para comprobar que ninguna de las niñas se había despertado para ir a

dormir con ellos. El edredón seguía cayendo tragado por el suelo. Cuando desapareció, fue la sábana la que empezó a deslizarse hacia la misma dirección. Presa del pánico, Paul no quiso entrar en duelo por el cubrecama. No quería saber quién era su contrincante invisible. Se mantuvo expectante esperando a que los movimientos cesaran sin más. Pero al otro lado, una silueta inquietante empezaba a asomar la cabeza ante la pasividad de Paul. Fue entonces cuando balanceó a Cynthia y encendió la luz de su mesilla, asustado. Temblando todavía, le explicó lo que había visto. La profesora trató de tranquilizarle levantándose de la cama para demostrarle que allí no había nadie. Pero el *sheriff* prefirió bajar al salón para leer hasta que amaneciera, por miedo a que la sombra volviese.

En los días posteriores, los fenómenos fueron intensificándose en la casa. Las apariciones del espectro se alternaban con virulentos movimientos de objetos sin motivo aparente. Incluso Cynthia fue testigo de tales alteraciones. Temiendo por la seguridad de las niñas, acudió al reverendo Herman a espaldas de Paul.

—Buenos días, padre.

—Hola, hija, que Dios te bendiga.

—Pase. —Le indicaba el camino a la sala mientras le colgaba el sombrero en la entrada.

—Estoy preocupada, Francis —hablaban, sin darse cuenta a veces, con la confianza de tantos años en la iglesia.

—¿Es por Paul?

—Sí. Ya conoces lo que ocurrió. Pensé que se le pasaría con el tiempo, pero esto no ha hecho más que empeorar.

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, él dice que veía formas que le perseguían. Yo pensaba que era fruto de los nervios, pero desde hace poco están sucediendo cosas extrañas en casa que todos sentimos. Incluso las niñas.

—¿Qué cosas?

—No se lo va a creer, pero se han movido objetos de las paredes,

han explotado vasos de repente, los libros cambian de lugar... Estoy muy asustada, padre —decía cada vez más compungida.

—Está bien —la consolaba el cura—. Os ayudaré. No temas. Solo quiero que me respondas sinceramente a unas preguntas.

—Sí, claro, adelante —decía Cynthia quitándose las lágrimas de los ojos.

—Estos fenómenos, ¿ocurren cuando Paul está en casa?

—Sí.

—¿Le has notado algo raro?

—¿A qué se refiere? No sé... preocupado, triste, sí, nervioso...

—¿Cómo de nervioso?

—Últimamente tiene tics.

—¿Convulsiones?

—No diría eso; son repetidos, pero pequeños.

—Bien, «convulsiones». —Apuntaba en su cuaderno de notas el predicador.

—¿Irrascible?

—A veces, pero creo que es más bien porque se siente incomprendido o piensa que no le creemos cuando nos cuenta sus visiones. Es desesperación. No grita, pero se le escapa algún mal gesto.

—De acuerdo, «agresivo». —Seguía anotando con su bolígrafo—. He notado que ya no va a la iglesia. Hace mucho que no le veo confesarse.

—Necesita estar tranquilo, padre. En la parroquia hay mucha gente que le mira mal.

—Ajá. —Rellenaba otra hoja, «rechazo a lugares santos»—. ¿Algún otro episodio digno de mención que recuerdes?

—No, el otro día sufrió un ataque epiléptico. Lo llevamos al médico, pero se le pasó. No sabíamos que estaba enfermo. Él no recuerda haber tenido nunca una crisis así. Serán los nervios. Le tienen machacado el estómago también. Vomita continuamente.

—Es normal, «expulsa fluidos por la boca en estado de trance».

—Subrayaba—. ¿Le has oído hablar raro?

—¿Raro?

—Sí, cosas que no entiendas o que no sabes qué quieren decir... extrañas.

—A veces le oigo murmurar algo de noche, pero no sé qué dice y luego se despierta sobresaltado, gritando como si hubiera tenido una pesadilla.

—Lo que sospechaba, «levitaciones y hablar en idiomas desconocidos para él». —Concluía el religioso su informe.

—¿Puedes ayudarle, Francis?

—Sí, podemos podemos. Pero necesito consultarlo, Cynthia.

—¿Consultarlo? —le preguntaba desconcertada.

—Verás... —cogía aire para hablar— vamos a sacarle de su tormento. Pero tienes que entender la situación, Cynthia. Solo conociendo y aceptando el problema podemos vencerlo.

—Estoy confusa.

—Confía en Dios. Hay que mantener la calma y seguir los pasos correctos.

Si el propósito de Cynthia era encontrar consuelo en la iglesia, el padre Herman estaba atemorizándola todavía más.

—Aliviaremos el alma de Paul —intentaba calmar a su feligresa.

—Me estoy poniendo nerviosa. No sé qué quieres decir.

—Calma, calma —serenaba a Cynthia mientras le acercaba la Biblia—. Aquí está la solución.

—¿En la oración? Rezo todos los días —decía casi suplicando otra salida.

—Sí, pero para curarle debemos unir fuerzas y plegarias contra el maligno.

—Francis... —Miraba al párroco estremecida—. ¿A quién te refieres cuando hablas de maligno? —preguntaba imaginando la respuesta.

—Ha habido más casos. Y se han resuelto sin dañar a nadie, Cynthia. Tenemos que hacer un simple ritual para expulsarlo.

—¿Estás insinuando que Paul está poseído por Satanás?

—Por el diablo, sí. Las señales son claras.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó sin poder creer lo que estaba escuchando—. ¿Os habéis vuelto todos locos en este pueblo? ¡Está sufriendo una crisis nerviosa! Lo único que necesita es un poco de comprensión y alguien que le transmita paz. Por eso acudí a ti —seguía alterada—. ¿Así queréis recuperarle? ¿Practicándole un exorcismo?

—Escucha, Cynthia —tratava de calmarla el reverendo—, he hablado con el doctor Higgins. Me ha resumido las sesiones con Paul y en ellas hablaba de demonios.

—¡Basta ya! Definitivamente no ha sido buena idea llamarte. Ya nos veremos en la iglesia. —Le invitaba a marcharse muy sutilmente—. Espero que no publique mis confesiones también. Le recuerdo que tanto usted como el doctor están bajo juramento hipocrático. ¿Sabe una cosa? —le decía desengañada mientras el cura abandonaba la sala—. Si Lucifer viene a por nosotros, es porque el hombre, la gente de este pueblo, le sirve en bandeja las ánimas de nuestros vecinos. Sois sus proveedores de almas. Maltratáis hasta la saciedad al prójimo, hasta que le dejáis sin esperanza y se entrega a la oscuridad. Cualquier infierno es mejor que este mundo en el que vivimos. Buenos días, señor Herman. —Le dio un portazo sin darle opción a despedirse.

Los cotilleos en la iglesia, los chascarrillos de vecinos y las habladurías se habían propagado como un peligroso virus por cada esquina de Vayerton. Todo el pueblo estaba infectado por las maliciosas elucubraciones de unos habitantes ávidos de desgracias. La actuación de Paul en el atraco ya había sido olvidada, para dar paso a otra sospecha todavía más mórbida y macabra. El pecado que hasta hace pocos días escandalizaba al pueblo perdió importancia cuando se empezó a correr el rumor de que Paul hablaba con el mismísimo Satanás. El morbo de enfrentarse al peor enemigo de la humanidad alimentaba las tediosas y aburridas vidas de los residentes de Vayerton. Tal vez, decidieron batallar con un adversario más débil para no hacer

frente a la auténtica amenaza del pueblo: la monotonía.

Tantos años de armonía habían pacificado a los honrados habitantes de Vayerton, pero también les había hecho caer en una desidia difícil de llevar. Con pocos alicientes con los que desfogarse, sus cuerpos demandaban un nuevo estímulo. El atraco de Matt fue el móvil perfecto para desactivar de sus mentes la apatía. Y la desgracia de Paul se mostró como un señuelo inmejorable para desarrollar sus pensamientos más tenebrosos. El *sheriff* se convirtió en un imán que atraía a todas esas ideas oscuras que circulaban perdidas por las cabezas de los ciudadanos. Después de tantos años encarceladas, estaban llamando a la puerta para ser liberadas tras cumplir condena. Paradójicamente, Paul había desatado, de forma pasiva e involuntaria, a todos esos «delincuentes mentales» que todos llevamos dentro, a los que tanto tiempo le habían costado encerrar, y que ahora le perseguían sin piedad para tomar venganza.

Los vecinos empuñaron la antorcha en una mano, y enarbolaron la bandera de la cristiandad en la otra, para hacer frente a su enemigo. Todos unidos, arengados por la valentía de sus corazones y la legitimidad que les había otorgado Dios, se dirigieron con determinación a destruir a su poderoso contrincante. Sería una épica y gloriosa batalla en la que lucharían para reestablecer unos valores humanos que un invasor pretendía destruir. Convencidos de su causa, derribarían a Lucifer, no sin sufrir una larga y dolorosa contienda en la que solo su coraje les permitiría salir victoriosos. La epopeya les proporcionaría numerosos meses de entretenimiento. Todos se sentirían importantes y tendrían relatos que contar a diario.

Pero Belcebú hacía tiempo que agonizaba esperando una última estocada. La ejecución final se alargaba. Quizás para extender en el tiempo también su aventura. ¿Quién querría terminar una fantástica película en la que tú, como protagonista, te sabías ganador? Disfrutaban viendo cómo el moribundo agonizaba bajo sus pies, haciendo creer que la equilibrada lucha requería todavía más esfuerzos.

Vayerton se había convertido en una plaza de toros donde los toreros castigaban al astado y lo hacían sufrir desangrándolo, hasta que, con la lengua fuera y los órganos deshechos, esperaba extasiado, mirando a su verdugo, a que le diera la estocada final para morir de rodillas.

Con su moqueado hocico rozando la arena, su lomo supurando sangre y jadeando, el toro de lidia, agujereado por las banderillas, empezó a arrastrar su pata delantera derecha repetidamente sobre el suelo en señal de duelo. Sus nobles ojos se fijaron en el traje de luces que vestía al diestro con el objetivo de cornearle sacando fuerzas de flaqueza. Bufó con su último aliento y emprendió carrera para desbaratarle la faena al matador que, con su espada apuntándole, esperaba gozoso para clavársela y salir a hombros de la plaza con su trofeo como un héroe.

El toro sabía que ni mostrando su inaudita bravura sería amnistiado. Y si lo era, solo le proporcionaría unos meses más de vida. Estaba marcado para la muerte. Pero en mitad de la carrera, supo que jamás vencería. Que, si mataba al torero, luego vendría otro y luego otro... Así que corrigió su rumbo y, ante la atónita mirada del jubiloso público que disfrutaba del espectáculo, saltó por encima del coso y huyó del recinto.

Paul, a la vista de cómo se desarrollaban los acontecimientos, decidió no esperar a encontrar piso en Cincinnati. Partió con su familia con lo puesto y se instalaron en un hotel del centro de la ciudad. La bonita casa de color miel se había convertido en la mansión del terror. En los meses que el cartel de «Se vende» había estado clavado en su césped, pocos se habían atrevido a preguntar. La fama de casa encantada había desbaratado las posibles ventas y esperar que algún cliente, lejos del radio de acción de Vayerton, se interesara por ella era poco probable. Las múltiples pintadas con insultos que aparecían a menudo tampoco ayudaban a colocar el inmueble. Era imposible limpiar todo a tiempo, y muchas veces Paul no podía más que pegar cuatro brochazos rápidos de emergencia y poner cartones para tapar los cristales rotos. Tanto parche

hacía que la casa pareciera vieja y defectuosa para unos, y que se ubicara en un barrio conflictivo para los pocos que acudían de pueblos cercanos.

Después de una semana, volvieron a hacer las maletas para trasladarse a un barrio chino en el que se instalarían temporalmente hasta su empadronamiento definitivo. El apartamento era un sexto piso en un viejo edificio de ocho plantas que regentaba una inmigrante de Cantón. Había adquirido todo el bloque y lo alquilaba a compatriotas suyos que llegaban en busca de trabajo a la ciudad. Las rentas eran bajas para la situación tan privilegiada de la que disfrutaba. No era una zona especialmente peligrosa y las comunicaciones eran bastante buenas. Los inconvenientes eran que el edificio era tan viejo que la humedad se colaba por todas partes. Las paredes eran tan livianas que Paul y Cynthia bromeaban con que no iba a hacer falta apuntar a Jennifer y a Elsa a clases de mandarín porque tenían la academia gratis por los cuatro costados. La fragilidad de los tabiques y la forma de hablar un poco alta de los chinos hacía parecer que los tenías en el salón de tu casa. Paul era especialmente sensible a los ruidos. No soportaba los golpes en las paredes, portazos, ni los taconeos sobre su cabeza. Las voces en alto y los niños jugueteando los aguantaba siempre y cuando no fueran muy prolongados y nocturnos. Cosa difícil en aquella comunidad. Las jornadas de los inmigrantes se prolongaban durante muchas horas, y aquello era una auténtica autopista por la que circulaban personas a todas horas. Pero seguía siendo mejor que Vayerton. Solo tenía que acoplarse al estilo de vida asiático: trabajar muchas horas para llegar tan destrozado a casa que no te moviera de la cama ni un terremoto.

Los fines de semana Paul y Cynthia procuraban escaparse al lago Erie para desconectar del trabajo y descansar plácidamente en una preciosa cabaña de madera situada junto a un bosque. A Jennifer y Elsa

les encantaba patinar y el invierno era ideal para disfrutar con los patines sobre las heladas aguas del inmenso «charco» que comparten Estados Unidos y Canadá. Por momentos, Paul lograba olvidarse de todo su dolor. Eran una familia disfrutando de su tiempo libre. Vayerton quedaba atrás. Las incomodidades que padecían en Cincinnati eran pasajeras. Pronto estarían sentados en el porche de su nueva casa con un precioso jardín, donde, por qué no, construirían una coqueta caseta para que su perro se resguardara de noche. Las niñas deseaban desde hace tiempo la compañía de un animal y Paul creyó que sería buen momento. Hasta que hicieran nuevas amigas, les vendría bien tener un compañero de juegos tan fiel y agradecido. Por fin recobraban la ilusión. El trabajo del antiguo *sheriff* era agotador, pero prefería codearse con la carne muerta que con la viva. Una vez llegaba a casa, el recibimiento de Cynthia y sus hijas le hacía olvidar la dura jornada y le daba fuerzas para seguir planeando el futuro. Los fines de semana que no acudían al lago los dedicaban a mirar casas y a visitar tiendas de muebles. La mejor terapia para Paul fue alejarse de Vayerton.

Todo había cambiado, excepto las inquietantes visitas de la sombra. ¿Habría vendido realmente su alma al diablo sin darse cuenta? Liberado de la presión, pero posiblemente atrapado por aquella mañana en el Credit Union, Paul se resistía a creer que algo le perseguía. Algún espíritu del más allá requería su atención. Pero ¿por qué? No tuvo más remedio que reconocer que tal vez alguien quisiera comunicarse con él. Estaba seguro de que aquellas visiones no salían de su cabeza.

En pleno descanso, le pareció oír un susurro en la noche. No eran vecinos hablando alto. Aquel murmullo flotaba en su masa encefálica camuflándose como su voz interior. El continuo runrún le torturaría en la cama los días posteriores. El acoso se intensificó hasta no dejarle dormir. Las voces, cada vez más claras y malignas, le torturaron hasta convertirle en un zombi. Con pánico a acostarse, pasaba las veladas

viendo la televisión. Incluso rastreaba, los antes estridentes gritos de sus vecinos, para tapar aquella infernal voz. El silencio que tanto buscaba para relajarse se había convertido en una pesadilla.

«Quiero a tu hija... Necesito a tu niña...», le sonó en su interior. Paul, al escucharlo, se levantó alterado del sillón para correr hacia la habitación de las pequeñas. Abrió la puerta acelerado, pero con cuidado para no despertarlas, y después de comprobar que descansaban tranquilas, volvió a la cocina para tomarse un café bien cargado y desperezarse. A continuación, se acomodó de nuevo en el sofá y se puso los cascos inalámbricos para escuchar una película policíaca a todo volumen. Esperaba que la potencia del sonido de los disparos lograra espantar a esa entidad que le acompañaba cada noche.

Las voces volvían una y otra vez para martirizar a Paul. «¿Cuál prefieres que me lleve? ¿Cuál es tu favorita? Te dejo elegir. La mayor se parece mucho a su madre y la pequeña es muy espabilada e inteligente».

—¡Nooo! ¡Basta ya! ¡No te voy a entregar a ninguna! ¡Déjanos en paz! —gritó Paul angustiado.

Sabía que oía voces interiores. Aquello podría ser fruto de una psicosis. Recordó inmediatamente el caso de Amytville, en el que un adolescente asesinó sin piedad a toda su familia mientras dormían porque una voz dentro de él se lo había ordenado. La geografía estadounidense estaba jalonada con numerosos casos parecidos. Era consciente de ello, lo que le daba ventaja sobre su asesor demoníaco. Pero debería actuar con rapidez antes de perder la cordura.

Por supuesto, Cynthia no debería enterarse de nada. Las noches en vela eran producidas, en teoría, por los recuerdos de Vayerton. Paul había superado aquel drama por fin. No se arrepentía de su actuación en el banco y su pena era por el trato recibido por los habitantes de su pueblo natal. Le costó asimilar la fragilidad de la memoria humana, pero una vez apartados de su vida, no perdió ni un minuto en preocuparse por la suerte de sus antiguos amigos. Ahora tenía todos sus

sentidos dedicados a la gente que de verdad le importaba.

Tras una larga, pero a la vez ilusionante búsqueda, por fin encontraron la casa perfecta. Se encontraba en una urbanización recién construida a poca distancia del centro. El entorno arbolado y ajardinado alegraba el paisaje. Las estancias se repartían en dos pisos, que se unían mediante una escalera de madera. El espacioso salón con chimenea recogería a la familia en torno al fuego en invierno y el jardín era perfecto para organizar barbacoas en verano con, a lo mejor, quién sabe, los nuevos vecinos.

Poco a poco, las estanterías de su anhelado *chalet* se iban llenando de revistas esotéricas. Paul era un escéptico convencido, pero, ansioso por liberar su mente, se abrió a las páginas paranormales y a la posibilidad de que realmente estuviera sufriendo algún tipo de experiencia desconocida. De lo contrario, la paranoia fantasmal podría conducirle a una demencia continua que alteraría su modo de vida, y la de su familia. Antes de que su pequeño delirio le hiciera perder la razón por completo, debía apurar hasta la opción más excéntrica para resolver el asunto de las apariciones. Él, que tantas veces había tirado a la papelera la propaganda del brujo africano que todas las semanas le ofrecían en la calle, ahora estaba dispuesto a probar suerte con el hechicero, que prometía salud, dinero, amor e incluso vigorexia sexual. Su cabeza se mantenía perfectamente sana como para creer que aquellos milagros no se fraguaban en un par de sesiones de charla y tomándote unas cuantas hierbas en infusiones, pero, ante la desesperación, no tenía nada que perder. Solo un poco de su tiempo y unos cuantos dólares. En cambio, si por una remota casualidad, encontraba a un verdadero curandero que le arreglara su ansiedad, el premio sería vivir feliz para el resto de su vida.

Era evidente que Mekembe Menele era un burdo estafador, muy bien caracterizado con su toga africana, que se aprovechaba de la gente con preocupaciones. Pero a lo mejor, entre tantos miles de farsantes sin remordimientos podría encontrarse alguien capaz de, si no arreglarle el

problema, explicarle el motivo de las visiones. Por primera vez, se planteó la posibilidad de admitir la existencia de fantasmas. En su subconsciente deseaba que esa sombra que veía fuera verdaderamente un auténtico espectro. De esta forma, probaría que sus capacidades mentales no estaban perturbadas. Ya le habían dibujado con cuernos y rabo, así que no le importaba que le tacharan de cazafantasmas. Lo importante era demostrar a su familia que no era un lunático. Prefería ser un padre y marido friki, que uno loco.

Decidió contarle a Cynthia lo que se proponía hacer.

—¿Crees que hago bien acudiendo a estos «profesionales»? —le pedía consejo Paul.

—No sé, Paul —le respondía poco convencida—. En mi opinión, son simples estafadores que se aprovechan de los sentimientos de las personas. Esas líneas telefónicas y esas consultas son un puro negocio para ganar dinero. Estoy segura de que son embaucadores que engañan y juegan con los deseos de la gente.

—¿No crees que haya ninguno honesto?

—¡Buff! —Resoplaba Cynthia sabiendo que la cuestión era difícil de responder—. A ver, no digo que no pueda haber alguien capaz de conectar con el otro lado, pero ¿cómo distinguir el trigo de la paja?

—Bueno, se puede intentar, ¿no?

—Escucha, lo que no quiero es que te engañen. El dinero es lo de menos. Pero no se puede traficar con la ilusión de nadie.

—Solo deseo que desaparezcan esas sombras, Cynthia. —No le había mencionado las voces para no asustarla—. Quiero averiguar qué o quién es para cerrar este capítulo de mi vida y poder seguir adelante.

—Te entiendo. Te acompañaré en este viaje. —Le dio un dulce beso sonriendo en señal de apoyo.

—Bueno, vamos a hacer un pequeño *casting*. —Le devolvía la sonrisa mientras abría las últimas páginas de la revista donde se anunciaban las videntes—. Vamos a ver... —Ojeaba curioso viendo las fotos—. ¿Qué te parece esta con la bola de cristal? Con ese balón de

fútbol tiene que tener buena potencia de contacto —bromeaban con las candidatas.

—Mmmm... —Se frotaba la barbilla, pensativa, mientras encogía la nariz—. No me da buena espina el maquillaje, y el vestuario... Demasiado preparada para hablar con un fantasma, ¿no crees?

—¡Tienes razón! Sigamos. —Pasaba páginas—. Tarot... nada, cursos de reiki... nada. ¡Esta esta!—Señaló golpeando repetidamente con su dedo índice la imagen de una mujer mayor—. Mira qué pedazo de colgante —dijo haciéndose el impresionado.

—Tiene cara de buena; mala señal. Es para cazar ingenuos.

Se pasaron un buen rato burlándose de los supuestos adivinos que, por un módico precio de ochenta dólares por sesión o cuatro el minuto de llamada, prometían y garantizaban resultados satisfactorios desde el primer instante. Aunque no era propio de ellos reírse de la gente aunque alguno de aquellos timadores bien lo merecía, necesitaban ese momento de desahogo y distensión para relajar sus mentes. Les vino bien compartir un rato de carcajadas para hacer más fuerte su unión ante la dura lucha que les esperaba.

Los dos comenzaron a tantear a sus compañeros de trabajo. Querían comprobar quién estaba interesado en los temas paranormales para poder entablar una conversación seria sobre el asunto.

Durante el recreo, Cynthia aprovechó el descanso para sacar el debate entre sus compañeras. Después de hablar de los *realities* de la noche anterior, Cynthia probó suerte.

—Pues ayer me tiré toda la noche zapeando... —se introdujo Cynthia en «la tertulia de la cafetera», como así llamaban las profesoras a su charla alrededor de la máquina de café—, y como no encontraba nada decente, me quedé dormida viendo un programa de misterio, ¿cómo se llamaba? —Fingía no conocer el nombre para ver si alguna lo seguía—. Algo así como *Nuestro mundo*, no me acuerdo bien.

—*Nuestro otro mundo* —la corrigió enseguida Marisa, una señora de

sesenta años que había enviudado hacía diez.

—Sí, ese ese. En la Ocho.

—¿Pero veis esa frikada, tías? —dijo una joven recién licenciada que estaba de prácticas.

—Bueno, no solo habla de fantasmas y ovnis. También de historia, arqueología, política, conspiraciones, naturaleza, sociedad... Y tiene muy buena calidad —respondía Marisa un poco en voz baja.

—Pero si eso es todo una trola —seguía criticando con su lenguaje chabacano la novata—. No sé qué hacéis perdiendo el tiempo con esos fantasmitas, cuando se os puede caer la baba viendo los húmedos cuerpos macizorros de Harry y Richard en la piscina de la casa. ¡A mí me ponen a cien! —Abría los ojos como platos, como si los estuviera viendo allí mismo.

—¡Ni que lo digas! —intervenía, emocionada, otra maestra bien entrada ya en los cincuenta—. ¡Están para comérselos! Pero Harry es un poco creidillo, ¿no? Y muy mujeriego. En dos semanas en la casa ya se ha acostado con Alba y Frida.

—Pero porque la guarrilla rubia esa de bote le había puesto los cuernos con Mark— apuntaba la quinta profesora que cerraba el corrillo.

—Yo también se los hubiera puesto si me despreciara así. Es un faltón. Insulta a todo el mundo. Y encima es un vago. Nunca cocina y siempre se escaquea a la hora de limpiar. Ojalá le nominen esta semana para expulsarle.

—Pues a mí me parece que debería salir Alfred. Es un trepa que manipula a todo el mundo.

La conversación había perdido el interés para Cynthia hacía rato. El famoso programa que rompía audiencias monopolizaba la reunión, así que optó por inventarse una excusa para dejar que sus compañeras se deleitaran analizando a los actores del espacio de telebasura. Una preparación de un ejercicio que se le había olvidado fue la disculpa perfecta para ausentarse. A la salida del colegio, forzaría un encuentro

con Marisa para conocerla más a fondo y hablar con ella sin miedo a que la criticaran por sus gustos paranormales.

—Hasta mañana, chicas —se despedían a la salida del centro.

—Te acompaño hasta la parada del autobús, Marisa —le dijo Cynthia.

—Perfecto. ¿Tienes que hacer algún recado?

—Sí, he encargado unos patines para el cumpleaños de Elsa y voy a recogerlos a la tienda de deportes.

—Con lo rápido que crecen les vas a tener que comprar un par cada año —le decía cariñosamente mientras aminoraba la marcha para que la agradable conversación se prolongara.

—Sí —se reía Cynthia, orgullosa—. Mientras no se estrellen contra un árbol... La pequeña es más temeraria que su hermana mayor.

Aunque el interés por Marisa había comenzado casi como una investigación detectivesca, Cynthia enseguida percibió que aquella mujer era especialmente sensible y amable. En el poco tiempo que llevaba trabajando en el colegio solo había tenido oportunidad de entablar conversaciones superficiales en grupo, pero en la intimidad sentía que Marisa podría realmente llegar a ser su amiga.

—¿Tú tienes hijos, Marisa?

—Sí. Y hasta un nieto de quince años ya.

—Lo tuviste muy pronto, ¿no?

—Sí, con veinte años me quedé embarazada. Acabé la carrera a duras penas. Y mi hijo fue casi igual de precoz que yo. Espero que Steven disfrute un poco más de la vida. Aunque con lo granujilla que es, un día le va a dar un buen susto a su abuela —decía riéndose.

—Bueno, mujer, ya sabes, están en la edad.

—Ahora va y me dice que quiere ser actor. Su padre le puso el nombre por Steven Spielberg, que nació aquí.

—No lo sabía. —La miró sorprendida por el dato—. Pues conozco la mejor escuela de actores del país.

—¿Ah, sí? ¿En Nueva York?

—No, en *Gran Hermano*— dijo mientras las dos se reían—. ¿Viven aquí en Cincinnati?

—Sí, mi hijo no quiso alejarse de mí cuando murió mi marido.

—Debes quererlo mucho.

—Sí. Él y mi nieto son lo único que me queda.

—Bueno, y todos los chicos de tu clase que saben que eres la mejor maestra de la «Roda School» —la trataba de animar al ver que se ponía melancólica.

—Sí, yo también les aprecio. Son buenos chicos. Mira, este es mi hijo Ronald y este que está con el extraterrestre es el próximo galán de Hollywood. —Le enseñaba una foto con su hijo y su nieto al lado de una figura de E.T.

—Son muy guapos. Los chicos, me refiero, no E.T.

—Sí. — Marisa los miraba con cariño recordando viejos tiempos—. Se parecen a mi marido.

—¿Hace mucho...?

—Sí, ya han pasado diez años. El niño apenas se acuerda de su abuelo. Era un gran hombre. Se desvivía por nosotros, ¿sabes? Después de trabajar todo el día ayudaba en casa. Limpiaba, cocinaba... Nunca pegó un grito. No salía de bares. Se conformaba con pasear y viajar con nosotros. No tenía ningún mal vicio.

—Seguro que él os observa desde ahí arriba, Marisa.

—Sí, eso quiero creer. ¿Te puedo confesar una cosa, Cynthia?

—Cómo no.

—Verás, como ya has comprobado, si las chicas me oyen hablar de esto se reirían de mí, pero le echo tanto de menos... —Le costaba confesarlo por miedo a ser objeto de mofa.

—Es normal... Sé lo que se siente.

Cynthia no quería hablar de Tim porque era el momento de Marisa, pero intentó darle toda la comprensión que pudo.

—Si te dijeran que puedes hablar con la persona fallecida que quieres, ¿lo intentarías?

—Pues... —Cynthia no sabía que responder.

—Yo lo he hecho. Y eso es lo que me da fuerzas para seguir adelante. Eso, y mi hijo y mi nieto.

—¿Hablas con él?

—Sí, a través de una médium. Ella me dice que está bien y que me quiere —decía apesadumbrada con lágrimas en los ojos.

—¿Llevas mucho tiempo contactando con él?

—Sí, unos cinco años.

—O sea, que... esta chica que habla con él es buena, ¿no?

—Absolutamente fiable. Yo fui un poco indecisa, pero comprobé que no me engañaba. Me contó cosas que solo mi marido podía saber.

—Entonces, sí que parece honesta.

—Completamente. Si algún día te interesa por lo que sea, me pides el número sin miedo.

—Bueno, no estaría mal tenerlo. ¿Me lo apuntas aquí? —Sacó un boli y una pequeña libreta llena de apuntes para escribir el teléfono.

Se despidieron al llegar a la marquesina con la certeza de que en el futuro compartirían muchas horas de conversación.

Cynthia decidió concertar una cita con la pitonisa. No estaba segura de si era lo que realmente necesitaba. En caso de no ser una impostora, dudaba si sería capaz de desvelarle la identidad y procedencia de la sombra desconocida. En todo caso, se puso en marcha para intentar despejar sus dudas. Para no exponer a Paul, pensó en ser ella la cobaya, hasta que recapacitó y se echó para atrás. Aunque no había olvidado a Tim, no quería obsesionarse sabiendo que podría contactar con él pagando la entrada a un «cine». Ahora tenía una nueva familia y era feliz en el mundo real.

Convenció a la joven becaria para que probara suerte. Era tan dicharachera y alegre que se lo tomaría como una broma. Una escéptica sería un magnífico examen para evaluar a la aspirante. Le dejó claro que no debía mentir en ningún momento. No quería que sus engaños manipularan el contacto. El experimento no consistía en

desenmascarar a la presunta impostora.

—Buenos días, madame Angélica. —Entraron puntuales en una habitación de la casa donde vivía y recibía a sus clientes.

—Hola, pasad pasad, sentaos. —Las acomodó en una gran mesa circular con una gran muñeca en el centro.

—Es la primera vez que hacemos algo así y...

—Tranquilas. No os asustéis. Yo os guiaré en todo momento —las calmó al verlas desorientadas.

—¿Es seguro esto? —preguntaba un poco arrepentida la joven profesora.

—Sí. Te aseguro que si tienes que temer a alguien, será a cualquier persona de ahí fuera. —Le señalaba la ventana que daba a la calle.

Cynthia y su acompañante observaban la decoración de la sala impresionadas por la gran cantidad de libros de espiritismo que ocupaban los armarios. Amuletos, péndulos, bolas de cristal, barajas de tarot... todo parecía estar perfectamente colocado para dar el ambiente necesario al cuarto.

—Esta es Gala. —Señalaba a la muñeca la médium—. A través de sus ojos veo a los espíritus que están al otro lado.

La muñeca por sí misma ya infligía temor en los ojos de los clientes. La blanca cara de porcelana con sus enormes ojos verdes, acompañados de unas llamativas pestañas negras, dibujaba en sus mentes el estereotipo perfecto de muñeca diabólica. Esa dulce sonrisa que dibujaban sus labios coloreados de rojo les hacía asociar a la figura con la típica protagonista de tantas películas de terror.

—Antes de comenzar, me gustaría conoceros para enfocar mejor mi búsqueda. Por ahí fuera se mueven muchas almas en pena y no querría contactar con alguna indeseable.

—OK. —Se concentraba la chica para intentar hacerlo lo mejor posible.

—¿Con quién te gustaría hablar?

—Hace un par de años perdí a mi prima. Estaba muy unida a ella.

—Bien. —Cerraba los ojos para concentrarse mientras agarraba a Gala por la cabeza para acariciarle los ojos con los pulgares—. ¿Vivía aquí?

—No. Era de Florida.

—¿Edad? —preguntaba mientras seguía masajeando los ojos de la muñeca.

—Treinta.

—Bien. —Iba apagando su voz mientras movía la cabeza en círculos como si estuviera en trance—. ¿Nombre?

—Eva.

—Eva... Eva... —parecía llamarla.

Tras unos segundos inmóvil, con la cabeza caída escondida entre su melena, la médium por fin volvió del otro lado.

—Creo que la tengo —comenzó a hablar.

Cynthia y la chica se miraban sorprendidas por la facilidad con la que había contactado.

—¿Es ella de verdad? —preguntaba ilusionada la chica.

—Sí, la veo a lo lejos. ¿Tiene el pelo largo?

—Pues... sí, creo que sí. Le gustaba ir mucho a la peluquería para arreglarse. Cambiaba a menudo.

—Sí, veo que era un poco coqueta. Le gustaba agradar. ¿Pasó alguna larga enfermedad, no?

—Era diabética, pero...

—Eso es.

—¿Se fue a causa de un accidente?

—Se puede decir que sí. Se ahogó.

—Sí, le gustaba mucho la playa, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Espera espera, veo... —Fruñía el ceño intentando concentrarse—. Árboles. Árboles y vegetación sobre el agua. Manglares... o tal vez un río.

—En un río, sí.

—Correcto. Se la llevó un remolino. Veo... niños también.

—No tenía hijos.

—No, a unos niños que adoraba, pero no eran hijos suyos.

—Mis sobrinos, Jake y Maggie. Le encantaba jugar con ellos.

—Sí, eso es. Dos pequeños muy alegres y llenos de vida.

—Y estaba muy enamorada de su hombre, con el que le hubiera gustado formar una familia.

—Bueno, realmente no tenía pareja. Pero sí, estaba locamente enamorada de un chico.

—Te consideraba su mejor amiga, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Bien, Vanessa, me dice que te echa de menos. Que está bien y que se alegra mucho de saber de ti. Que ojalá pudiera decirte lo mucho que te quiere.

—¿Puedes darle mis recados?

—Sí, claro, adelante.

—Dile que nunca la olvidaré y que yo también la echo de menos.

Cynthia le hizo una señal por debajo de la mesa para retirarse de la sesión. Ya había visto suficiente. No quería que Vanessa cayera en la trampa de la vidente. Desde fuera, pudo sentir claramente las artimañas de la farsante para averiguar cosas del pasado de la chica.

—Gracias, Angélica. Me ha emocionado. Volveré seguro.

—Cuando queráis, amigas. Ha sido un placer.

—Igualmente —se despidió Cynthia tras depositar encima de la mesa un billete con la efigie de Benjamin Franklin.

Salieron por la puerta por la que habían entrado y optaron por las escaleras para bajar al portal.

—A ver si por lo menos con los cien dólares le compra otro vestidito a la muñeca, que tiene hasta manchas de café —dijo claramente molesta Cynthia.

—Pues ha acertado todo, tía —respondía pletórica Vanessa.

—¿Me estás hablando en serio? Si yo apuesto por los tres signos

posibles en la quiniela, seguro que también acierto. No digas tonterías. No la he cortado antes por educación, pero te estaba tomando el pelo. Si no murió de enfermedad, solo queda accidente. Y dentro de los accidentes, el ahogamiento es lo menos accidental. Es más bien un descuido, imprudencia, desconocimiento... no sé, Vanessa, con todos mis respetos.

—Tranquila. La quería, pero no era mi hermana o mi madre.

—Una mujer varía mucho su peinado a lo largo de su vida. Creo que el 100% lo hemos tenido largo. Y si vas a menudo a la peluquería, es evidente que te gusta estar guapa. Si vives en Florida, lo más probable es que vayas a la playa. Y con treinta años, si no tienes hijos, tienes sobrinos o hijos de amigas íntimas a los que coges cariño, o al de los vecinos o los del carnicero de debajo de tu casa. Lugares de agua, básicamente, son playa, piscina, río y los Everglades, en este caso, o más raro un pantano. Con treinta años es muy difícil que te ahogues en una piscina. Y su enamorado, lo mismo de antes; con esa edad lo normal es estar emparejada. Pero si no, ya se encarga ella de retroceder en el tiempo para justificar al hombre. Todos hemos estado enamorados alguna vez en nuestras vidas, o eso creíamos. Hasta con diez años. ¿Sigo?

—¡Vale, vale, tía! Igual me he dejado llevar. Pero es que con ese tono cálido de voz que tiene y esas luces tenues envolventes...

—Y esas ganas de ver a tus seres queridos —siguió Cynthia enfadada—. No entiendo cómo pueden jugar así con los sentimientos de las personas. Y va la *jeta* de ella y te dice que le gustaría volver a verte. ¡Menuda *sacaperras*! Solo dicen a la gente lo que quieren escuchar. Así se van contentos a casa, y ella más contenta todavía con sus billetitos en el bolsillo.

Frustrada por no haber podido encontrar un camino, Cynthia no quiso contarle a Marisa que había visitado a la vidente. Muy a su pesar, decidió no dudar ante ella de la farsa que mantenía viva a aquella mujer. Si ella era feliz así, nadie tenía derecho a arrebatarse ese

momento.

Con la sombra merodeando cada vez más cerca de sus hijas, Paul llamó a un viejo amigo. Spencer había crecido con Paul. De adolescentes eran inseparables y a menudo hacían novillos en el colegio para ir a jugar a una vieja fábrica abandonada de Vayerton. Allí pasaban horas simulando ser Starsky y Hutch. Los hierros oxidados del decrepito edificio proporcionaban a la audaz pareja unos perfectos parapetos desde los que disparar a los criminales. Inocentes pájaros, escabrosas ratas y escurridizos gatos eran perseguidos sin tregua por los famosos detectives. Tenían una carrera brillante por delante, hasta que un día dispararon al delincuente equivocado. Un pulgoso perro callejero se había puesto en el punto de mira de sus tirachinas y no dudaron en lanzar sus proyectiles contra su cuerpo. La emboscada fue un éxito, pero la huida que esperaban no se produjo. El can, rabioso, se revolvió como un jabalí herido y corrió hacia ellos con la intención de clavar su medio colmillo en el brazo de los jóvenes. Pero al emprender la retirada, Paul y Spencer se dieron la vuelta, ofreciéndole al perro otro succulento trozo de carne más tierno todavía... su culo. El animal, enfurecido, hincó su dentadura en las nalgas de Paul, que más lento se había quedado rezagado. Al oír sus gritos, Spencer acudió en su ayuda para ahuyentar al perro, pero este, como si estuviera harto de aguantar el maltrato y las burlas de las personas, se encaró también al chico. Y como si de un acosador sexual se tratara, se lanzó a sus testículos. Afortunadamente, Paul se acordó de su bolsa de desayuno del recreo, que llevaba encima, y se la tiró al perro, que, hambriento, decidió anteponer su desayuno a su venganza. Spencer solo sufrió un desgarró en el pene, lo cual no le impediría tener descendencia en el futuro. Un

sándwich de pavo y huevo les había salvado la vida. Aquella incursión clandestina en la factoría sería la última que harían. Lo último que se llevaron de allí fueron las vacunas de la rabia y el tétanos, una colección de puntos de sutura por todo su cuerpo magullado y una bronca que condujo al internamiento en un colegio de curas para Spencer.

Aunque sus caminos se bifurcaron aquel día, nunca perdieron el contacto. Spencer, cumpliendo su sueño, logró entrar en el FBI y ahora perseguía delincuentes de verdad desde Washington D. C. Hasta allí se dirigió Paul para reunirse con su viejo amigo. Aprovechó el fin de semana para hacer el viaje. Como consideraba el tema delicado, prefirió no dormir en casa del agente. Prefería que su familia se mantuviera al margen. Se alojó en un modesto motel de carretera y quedó con Spencer en una cafetería para contarle su historia. El sábado por la mañana, Paul aguardaba en un reservado del establecimiento la llegada de Spencer. Prefirieron madrugar un poco para evitar encontrarse el local lleno. Así, también, Spencer podría volver pronto con su familia para disfrutar del fin de semana. Paul no quería alterar los planes.

A las ocho de la mañana, Paul se tomaba su primer café en un comedor vacío. La amable camarera, con una agradable sonrisa, volcaba el café recién hecho de la cafetera sobre la taza de Paul que, cortésmente, le devolvía la sonrisa. Esa cortesía que tanto echaba en falta le ayudaba a comenzar bien el día. Con sus manos abrazando el tazón caliente, acercaba su nariz hacia el humo para atrapar el aroma del arábica. Mientras, observaba a través de la cristalería cómo la lluvia caía con fuerza. Antes de dar el segundo sorbo, un Cadillac negro aparca suavemente en el *parking*. De él sale corriendo un hombre alto, con sombrero negro y gabardina oscura, que apresuradamente se dirige a la entrada para no mojarse. Empujando la manilla horizontal de la puerta, entra acelerado, mientras se va quitando el sombrero que gotea abundantemente sobre sus hombros. Cuando se despoja de su abrigo, localiza a su amigo Paul, acomodado al fondo de la cafetería.

Tras sonreírle en la distancia, se dirige hacia él para saludarle efusivamente.

—¡Me alegro de verte, Starsky! —Le abrazó Spencer recordando sus travesuras en Vayerton.

—Lo mismo digo, Hutch —le hablaba por detrás de la oreja mientras seguían abrazados—. Pero de rubio ya te queda poco, ¿eh? —le bromeaba sujetándole de frente para verle mejor—. Ese, en otro tiempo famoso, cabello amarillo se va tornando cada vez más blanco —se reía.

—Desde la última vez que nos vimos me ha cambiado, sí. Pero las canas dan un toque de madurez muy interesante— se defendía.

Después de ponerse al día, Paul le explicó su situación.

—Lo siento, Paul. ¿Cómo puedo ayudarte?

—No acudiría a ti si no estuviera desesperado. Lo he intentado todo y no encuentro solución, Spencer.

—Intentaremos arreglarlo. Seguro que se nos enciende la luz de la salida, aunque sea la de emergencia —le animaba.

—Con esa me conformo —se alentaba—. Como ya te he dicho, no hallo la forma de salir del túnel. En las noches que paso sin dormir, intento rebuscar y revolver mentalmente para ver si se me ha pasado algo. Entonces me acordé de que vosotros acudís a personas que tienen visiones y que os ayudan a resolver crímenes.

—Sí, pero tu caso es diferente, Paul —le dijo un poco cabizbajo—. Los videntes que colaboran con nosotros lo que hacen, básicamente, es indicarnos lugares donde se encuentran los cuerpos para localizarlos. Tienen fogonazos de imágenes y escenas que sitúan la acción del crimen. A veces, premoniciones, pero no adivinan siempre. Los errores se imponen a los aciertos. Para nosotros, un solo éxito supone una gran victoria, por eso acudimos a ellos.

—Una vez me hablaste de un tal Brad.

—Sí, Brad Oleson. Pero no habla con espíritus —le paró antes de darle esperanzas—. Es un escritor que descubrió su aptitud para la

premonición cuando muchos de sus libros se trasladaban al mundo real poco después de acabarlos.

—Gracias, Spencer. Pensaba que me podrías ayudar.

—Espera, espera. —Le invitaba a sentarse de nuevo en la mesa, cuando Paul se levantaba para despedirse—. Tal vez Brad no pueda ponerte en contacto con ese ente que te perturba, pero sí con alguien que pueda hacerlo.

—¿Cómo? —Volvía a acomodarse Paul en el acolchado asiento rojo.

—Uno de los personajes de su última novela era como una especie de bruja. Sé que se entrevistó con mucha gente para observarles y darle el máximo realismo a su libro. No perdemos nada por hablar con él.

—¿Podrías conseguirme una cita?

—Por supuesto. Espérame un minuto aquí —le dijo Spencer mientras se levantaba con su móvil en la mano dirigiéndose hacia la puerta de salida.

Paul le observaba desde el bar apurando su última taza de café. Su amigo andaba en círculos sobre un *parking* encharcado por la lluvia. La conversación parecía ir bien por las expresiones faciales de Spencer. Con una sonrisa, le dio el *OK* con el dedo pulgar hacia arriba antes de volver a entrar en la cafetería.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Paul.

—¿Tienes el tanque lleno?

—¿Qué? —volvió a preguntar desconcertado.

—Le he explicado tu situación a Brad y me ha dicho que intentará ayudarte. Yo te acompaño.

—¿A dónde?

—Quiere recibirnos en su casa de las Adirondacks.

—Escucha, Spencer, no quiero privarte de la compañía de tu familia. Puedo ir yo solo, de verdad.

—Eh. —Le puso la mano sobre su hombro, inclinado sobre la mesa, dispuesto a ponerse en marcha—. Starsky y Hutch nunca se separaban —le animaba sabiendo que necesitaba su apoyo.

—Pero...

—Olvídate de mi mujer y mi hijo. Los agentes del FBI estamos entrenados para llevar una doble vida.

—Pensaba que esos eran los de la CIA. ¿Les vas a engañar? —le preguntó sintiéndose culpable.

—Sí y no. Siempre se quejan de que salimos poco de viaje por mis compromisos laborales o porque me siento cansado. Así que es el fin de semana perfecto para enseñar a Spencer júnior a pescar. He mirado por internet el tiempo y parece que por ahí arriba no hay tantas nubes.

—Me las puedo arreglar solo. De verdad.

—De eso nada. Tengo una caña también para ti. Espero que no se te haya olvidado lo que te enseñó tu padre —le dijo mientras se dirigían hacia el aparcamiento después de dejar la propina encima de la mesa.

Las Adirondacks comprenden un terreno de trece mil kilómetros cuadrados de colinas bajas y bosques de coníferas y pinos que en otoño forman una increíble alfombra de colores ocres y rojizos. Los cientos de lagos y ríos que adornan este bello paisaje reciben a numerosos pescadores y canoístas que aprovechan la amplia red de arroyos para serpentear con sus barcas por los casi trescientos kilómetros de itinerarios fluviales. El invierno es idóneo para practicar esquí, pero los poco más de trescientos kilómetros que le separan de la ciudad de Nueva York hacen que sea muy visitado durante todo el año por senderistas y excursionistas.

En este gran espacio salvaje, Brad había encontrado la paz necesaria para dedicarse a su gran pasión: la escritura. A orillas del Lake Placid, en un apartado banco, había adquirido una preciosa casa blanca de dos pisos que le ofrecía refugio en medio del bosque. Desde su balconada, observaba cómo los ciervos de cola blanca chapoteaban en verano en busca de plantas acuáticas. Con los osos negros muy metidos en las montañas, y los lobos ya extinguidos en la zona, los cérvidos campaban alegremente por los bosques alimentándose de hierbas y helechos.

Brad recibió a la ociosa familia con una calurosa bienvenida. Le gustaba la soledad, pero apreciaba la buena compañía de vez en cuando para charlar un rato al calor de la chimenea. Con cincuenta años, permanecía soltero, pero no echaba de menos tener hijos. De hecho, los consideraba incompatibles con su estilo de vida. Si algún día encontraba un hombre que le gustara, podría plantearse adoptar un niño, pero ahora mismo su único compromiso era con sus libros. Paul percibió enseguida la increíble sensibilidad de aquel hombre. Sus

modales, su tono de voz suave y amigable, su forma de moverse pausada... Era como si aquel apacible bosque le hubiera transmitido su calma. Aquella bonita casa de madera blanca parecía un santuario en el que todas tus preocupaciones y nervios eran apaciguados por un extraño karma que envolvía aquel espacio. Era como si la soledad de la naturaleza sosegara tu alma.

En un ambiente totalmente relajado, los tres hombres se sentaron en el salón mientras la mujer de Spencer llevaba a su hijo al embarcadero para preparar los aparejos de pesca.

Después de ajustarse sus gafas y colocar el libro que estaba leyendo en una de las numerosas estanterías que rodeaban el salón, Brad ofreció una copa a sus invitados. Él no bebía alcohol, pero siempre guardaba alguna botella para posibles visitas. Spencer aceptó amablemente el *whisky* y Paul prefirió un té caliente.

—Sí, efectivamente, me entrevisté con varios médiums —seguía la conversación Brad—. Como ya sabes, uno de mis personajes principales de *La otra vida de Chloe* es una vidente y quería pasar tiempo con una verdadera para crear mi personaje. Como te puedes imaginar, hasta que encontré el café, tuve que tragar primero mucha espuma. Pero al final, en el fondo de la taza, allí estaba, y te aseguro que después de probarlo, supe que era lo que buscaba.

—¿Nos podrías hablar de esta persona? —le preguntó Spencer.

—Se llama Marie. Vive en Luisiana.

—¿Y crees que podríamos estar con ella? —tomó el mando de la conversación el agente del FBI.

—Estoy seguro de que no tendría inconveniente en hablar con vosotros. Convivimos durante unos días; es una mujer verdaderamente excepcional. La pega es que no tengo manera de contactar con ella. No tiene teléfono ni, por supuesto, correo electrónico.

—¿Y cómo la encontraste?

—Después de recorrerme toda la costa Este sin éxito, decidí buscar hacia el Oeste. Nueva Orleans es una ciudad con una larga tradición en

temas paranormales. Merodeé por el barrio francés unos cuantos días, hasta que escuché, por casualidad, hablar de la bruja del pantano de Manchac a unos cazadores de cocodrilos que estaban tomando algo en un bar. Se estaban quejando de una mala noche de caza, que según ellos la había provocado dicha hechicera. Me acerqué para invitarles a una copa y poder averiguar algo más sobre aquella misteriosa mujer. Con el paso de los días, comprobé que estaba en boca de mucha gente. Y no para recibir halagos, precisamente.

—Suenan al típico cuento infantil —decía expectante Paul.

—Infantiles son esos tipos poco aseados que matan a los caimanes. Decían que la bruja invocaba espíritus que ahuyentaban a los animales. Culpaban a esa mujer de la ausencia de presas, en vez de reconocer que están esquilmando la población de cocodrilos con tanta gente intentando hacerse rica con las pieles de esos reptiles. Aunque tenían razón en lo de que podía hablar con fantasmas.

—¿Llegaste hasta ella? —seguía preguntando Spencer, enganchado por la historia de Brad.

—Así es. Vive apartada de la sociedad. En una vieja casa sobre pilotes cuya madera se ha comido la humedad. Sin luz ni agua potable.

—¿Y de qué vive? —se interesó Paul.

—Por desgracia, de la caridad. Todo el mundo ha oído hablar de ella, pero nadie reconoce su rostro. Por el día viene a la ciudad a pedir como una mendiga en las calles y por la noche vuelve como un alma en pena, balanceando sus harapos en plena oscuridad, a su chabola del pantano.

—Yo pensaba que si en algún sitio tendrían cabida este tipo de personas sería allí —se extrañaba Paul.

—Efectivamente, el vudú está muy expandido en Nueva Orleans. Los inmigrantes haitianos lo introdujeron en el siglo XVIII y parece ser una parte más de la historia de la ciudad, pero por alguna razón, cuando un grupo de personas decide condenar a otra, parece que el resto lo asume con naturalidad. Nadie se preocupa de comprobar si los

rumores y las acusaciones son ciertos.

Paul, sin querer recordar su historia, asintió con la cabeza, dando por buena la crítica de Brad.

—Es cierto. Eso es porque todo el mundo necesita un demonio para justificar sus pecados —dijo acertadamente el antiguo *sheriff*.

—Sí, los cazadores nocturnos oían a la mujer hablar con alguien a la luz de las velas en plena noche. Y se fue extendiendo la falacia de que invocaba malos espíritus. Cuando acudí a ella, comprobé que, si bien realmente hablaba con entes del más allá, esas ánimas no eran más que las de sus hijos muertos en el huracán Katrina. Su marido era un alcohólico que la abandonó apenas recién dada a luz a sus gemelos. Se tuvo que hacer cargo de ellos. Y era una mujer normal, pero a raíz de su pérdida, se fue recluyendo en esa vieja choza para poder estar en contacto con sus pequeños.

—Es una vida muy dura —reconocía Spencer.

—Sí, y ella la asume. Es feliz con sus niños. Eligió vivir con sus hijos en la pobreza frente al mundo real rodeada de bienestar. Tenía una casa en las afueras de la ciudad y acudía a trabajar a diario a su puesto en un supermercado. Pero cuando empezó a contactar con los espíritus de sus hijos, los vecinos la señalaron y tuvo que irse.

—¿Quién se atrevió a acercarte hasta su casa? —preguntaba intrigado Spencer.

—Bueno, al principio nadie quería. Todas las leyendas que rodean a esa mujer espantaban hasta al más valiente de los cazadores de cocodrilos. Temían algún tipo de maldición o desaparecer entre las fangosas aguas del pantano y no volver jamás. Pero por suerte, en este caso, el miedo también tiene precio. A la vuelta me trajo Marie.

—No es ninguna bruja malvada, por supuesto —sonreía Paul.

—En absoluto. Tiene más cabeza que la mayoría de la gente que he tratado en mi vida. Conocí su historia y le pedí permiso para aclarar el caso públicamente.

—¿Y aceptó? —quiso saber Paul, como si Brad les estuviera

pasando páginas de una de sus novelas.

—No. Me abrió las puertas de su casa y de su corazón, pero me suplicó no mencionar su nombre real. Admiro a esa mujer. Su amor por sus hijos es inmortal. Me sorprendí al encontrarme a una persona tan feliz rodeada de miseria, y siendo humillada y repudiada por el resto de la sociedad. No podía comprender cómo podía vivir con semejante desgracia encima. Pero ¿sabéis?, era como si ella percibiera otra cosa. Parecía vivir en el otro mundo con sus niños. Ellos le daban la energía necesaria para seguir adelante. Y con esa fuerza parecía imponerse al resto de personas que trataban de destruirla moralmente.

Ahora entiendo por qué no quería que su vida cambiara. El aislamiento al que la había empujado la comunidad era el que le proporcionaba su felicidad. No quería volver a pertenecer al mundo real en el que respiraba.

—¿Crees que si volvieras a ese pantano se acordaría de ti?
—preguntó Spencer.

—No me cabe duda. No habla con nadie, pero está plenamente lúcida. Me encantaría acompañaros y saludarla de nuevo. Yo preparo mi maleta en media hora si queréis.

—Perfecto. — Spencer dio un aplauso al aire celebrando la decisión—. Deja que mi mujer y mi hijo disfruten este fin de semana del lago y la semana que viene emprendemos viaje a Luisiana. ¿Te parece bien?

—Sí, así me da tiempo a mí a pedir unos días de vacaciones en el trabajo —apostilló Paul.

—De acuerdo. Yo no tengo problema con mi calendario laboral —sonrió Brad.

Como habían acordado la semana anterior, los tres hombres quedaron para reunirse en el Vista Inn de Memphis. El económico hotel situado a escasamente un kilómetro del Lorraine Motel, donde fue asesinado Martin Luther King el 4 de abril de 1968, serviría de punto de encuentro para continuar el viaje hasta Nueva Orleans. Brad y

Spencer aterrizarían en Tennessee en sendos vuelos domésticos y Paul llegaría por carretera desde Cincinnati.

Tras pasar la noche en el hotel, desayunaron temprano para afrontar la larga jornada de carretera que les esperaba hasta el Golfo de México. Decidieron ir directamente al pequeño pueblo de Manchac, desde donde les resultaría más fácil negociar con algún pescador el transporte por el pantano. En Nueva Orleans organizaban *tours* turísticos por los lagos por unos cincuenta dólares desde la propia puerta de tu hotel, pero sabían que aquel relajante paseo en barco no era lo que buscaban.

Al llegar a la pequeña ciudad situada entre los lagos Maurepas y Pontchartrain, aparcaron la camioneta en un edificio blanco de madera un poco decrepito. Aunque se notaba que los dueños lo intentaban cuidar pintándolo, su fachada mostraba las marcas de inundaciones que seguramente sufría con asiduidad. Por mucho maquillaje que le dieran, el viejo edificio notaba el paso de los años y de las crecidas del pantano, que poco a poco le iban marcando más las arrugas. Por dentro, su decoración marinera rejuvenecía el aspecto del inmueble. Los pescados que servían resultaban realmente deliciosos y la amabilidad del personal hacía que los comensales vieran superadas con creces sus expectativas.

Tras una succulenta cena a base de pescado a la plancha, Brad decidió probar suerte con el camarero preguntándole por posibles transportes dentro del pantano.

—Sí, conozco a algún guía turístico que puede haceros un recorrido —respondió el joven vestido impecablemente de blanco con una pajarita negra en su cuello.

—¿Podría ser esta noche? —se apresuró Paul.

—¿Ahora? —se extrañó el chico—. En apenas una hora anochecerá y no se verá nada. ¿No preferís esperar a mañana?

—Bueno, verás... —Intentaba encontrar una explicación convincente Spencer—. Es que somos de un equipo de televisión que queremos rodar en la oscuridad unas escenas.

—Ah, ya... —El camarero se imaginaba a otro grupo de parapsicólogos en busca de fenómenos extraños.

—¿Sois reporteros de *Nuestro otro mundo*?

—Eh... —Le pilló desinformado a Spencer—. No, no. Es un programa que hacemos por internet. Buscamos lugares misteriosos de nuestra geografía.

—Sí, precisamente venimos de grabar en Salem —seguía el juego Paul.

—Un lugar terrorífico. Yo estuve allí hace unos años y la verdad es que se me puso la carne de gallina cuando llegué en plena noche. No sé lo que es, pero se respira algo tétrico en el ambiente. El museo es impactante. —Parecía interesarle al joven el tema.

—Sí, la histeria colectiva causó unas muertes atroces —le corroboraba Paul.

—Está bien. En el bar de enfrente se suelen reunir todas las tardes los chicos para echar unos tragos. Iré a preguntarles a ver si alguno os puede acercar al pantano —dijo el chaval ilusionado por poder ayudar al «equipo de televisión».

—¿Cómo van a tragarse que somos un equipo de rodaje sin material de rodaje? —le preguntó Paul a Spencer cuando el chico se ausentó del restaurante.

—Hemos venido con mochilas, ¿no?

—Sí, llenas de ropa y calzoncillos.

—Pero eso ellos no lo saben. Nuestro equipo de grabación debe ir bien protegido para que no se estropee con el agua.

—No sé si va a colar, Spencer —decía Paul no muy convencido.

—¿Crees que nos acercaría alguien si le contamos la verdad?

Antes de que Paul pudiera responder, el camarero entró con un espigado hombre que vestía pantalones de tirantes y visera oscura. Sus botas llenas de barro indicaban que estaba recién llegado de las fangosas aguas del pantano. Al acercarse a ellos, el tipo les observó en silencio mascando tabaco mientras el camarero les presentaba. Su

poblada y descuidada barba, y su mirada de desconfianza hacían temer a Paul que no estaban en las mejores manos. Pero al mismo tiempo, pensaba que aquel rudo hombre tendría las suficientes agallas para adentrarse de noche en las entrañas del pantano.

—¿Qué hay, amigos? —por fin habló el guía con una voz ronca y con bastante dejadez.

—Hola —habló Brad, conocedor de la zona—. ¿Estarías dispuesto a guiarnos a través del pantano?

—Claro, no hay problema —dijo sentándose con su botella de cerveza que traía del bar—. Pero ya os supondréis que la tarifa nocturna es un poco más cara.

—Lo entendemos. Es más peligroso. Por el dinero no te preocupes.

—Bien. ¿Queréis ir a alguna zona en concreto? —Le volteó el mapa a Brad para ponérselo delante.

—Sí. Aquí exactamente. —Le señaló el punto con su dedo índice.

El hombre, al ver la cuadrícula, se echó hacia atrás y apoyó su columna contra el respaldo de la silla mirando fijamente a Brad.

—¿Hay algún problema? —le preguntó preocupado el escritor al ver la reacción del guía.

—El problema es que no quiero tener problemas, ¿entiendes? —dijo con un tono serio, mucho más espabilado ya.

—No comprendo... —Se hacía el despistado Brad.

—Mira, amigo, conozco cada centímetro de este pantano. He combatido en Irak, he sobrevivido al Katrina, e incluso logré escapar de las fauces de un cocodrilo de cuatro metros —le decía mientras le señalaba el muñón de su mano mutilada—. Pero hay ciertas zonas de este manglar que es mejor no visitar. Ha habido muchas desapariciones. Nadie querrá llevaros allí.

—Te pagaremos el doble. Pon una cifra —intentaba negociar desesperadamente Brad, temiendo la negativa del lugareño.

—No insistáis. Esa zona está maldita. Os puedo dar vueltas por cualquier sitio, menos por ahí. Podréis obtener unas imágenes

impresionantes. Os lo garantizo.

—De eso no tenemos duda. Pero nos interesa esta zona en concreto, precisamente por eso. Queremos mostrar al mundo qué se ve y se oye dentro de este oscuro laberinto.

—Lo siento. De poco le sirve a un muerto el dinero bajo tierra —le rechazó arrastrando hacia Brad los quinientos dólares que le había puesto sobre la mesa.

—¿A qué tenéis tanto miedo?

—A la bruja Marie. Se ha reencarnado en la mujer del pantano. Toda esa zona está embrujada y maldita.

—¿Te refieres a Marie Laveau?

—¿Quién es esa? —preguntó Spencer.

—Una mujer que vivió en Nueva Orleans en el siglo XIX. Dicen que practicaba vudú haitiano, aunque era católica. Cuando la encarcelaron, supuestamente, lanzó una maldición y desde entonces, todas las desgracias que ocurren en estas tierras se le achacan a la difunta bruja.

—Sí, amigo, la «Reina del vudú» ya se llevó a tres pueblos enteros en 1915. Y a muchas personas inocentes en los últimos años.

—Vamos, hombre. Esos pueblos desaparecieron por un huracán —intentaba quitarle el miedo Brad.

—Lo siento, amigos. Que tengáis suerte en vuestra aventura. —Se levantó el hombre, nervioso, por hablar de la famosa hereje.

—Lo vais a tener muy difícil para acceder a ese lugar —dijo el camarero lamentando la negativa de los guías.

—Gracias de todas formas —se despidieron de él tras pagar la cena.

Ante el rechazo de los habitantes del pueblo, Paul, Spencer y Brad se reunieron alrededor de la *pick up* intentando buscar una solución.

—A lo mejor, si lo intentamos de día alguien podría ceder. —propuso Paul.

—Pero ella de día sale a pedir limosna a los pueblos cercanos. Llega a casa de noche —le respondió Brad.

—La esperaríamos hasta que llegara.

—No sé... —No lo veía claro Brad—. Me da la sensación de que esta gente tiene metido el miedo hasta lo más profundo de su alma. No creo que la luz del sol les anime tampoco. Vayamos al pueblo de al lado a buscar un sitio para dormir y lo intentaremos allí de nuevo mañana, a ver si hay suerte.

—Me parece bien —le apoyó Spencer.

—Vale. Vamos a echar fuel primero —dijo Paul introduciéndose en la camioneta.

Mientras los galones de gasolina recorrían la manguera del surtidor para alimentar el depósito, Paul observaba a un joven dando vueltas en bicicleta alrededor de la estación de servicio. Al principio no le dio importancia. En un pueblo tan pequeño, un grupo de extraños siempre llamaba la atención de los vecinos. Pero la curiosidad del chico se iba acentuando poco a poco. La *mountain bike* iba haciendo círculos cada vez más pequeños y más cercanos a la furgoneta. La mirada se volvía descarada ante la pasividad de Paul. Como si no se atreviera a empezar la conversación, el joven se paró a dos metros de la *pick up* y, con su bici entre las piernas, clavó su mirada atrevida en Paul, que seguía mirando el cuenta litros.

—Bonita bici, chico —le dijo Paul invitándole a hablar.

—Sí, es un poco vieja ya, pero la mano de pintura le da otro aspecto —contestó amablemente, moviendo el manillar de un lado a otro para mostrar orgulloso su bici.

—Es muy chula. El año que viene le tengo que comprar una a mi hija mayor. Ese color me gusta —le decía mientras apuraba las últimas gotas de gasolina y colgaba la manguera—. Nos tenemos que ir. Cuídate.

—¡Espera! —le frenó el chico.

—Dime. —Volvió Paul la cabeza esperando que le pidiera unas monedas.

—¿Queréis ir todavía al pantano?

—Pues... sí —le respondió confuso—. ¿Cómo sabes eso?

—Estaba en el bar cuando Rony fue a veros.
—¿Rony?
—Sí, el guía que se ofreció a llevaros.
—Ah, sí. Pero al final lo rechazó.
—Lo sé. Por eso estoy aquí.
—¿Cómo?
—Que yo puedo hacerlo.
—¿Guiarnos por el pantano?
—Sí, esta misma noche, como deseáis.
—Pero nosotros queremos llegar hasta...
—No hay problema. —No le dejó acabar la frase.
—No te he dicho a dónde exactamente.
—No hace falta. La única zona prohibida a la que nadie, incluido Rony, quiere acceder es cerca de la casa de Marie.
—¿Y a ti no te asusta?
—Un poco, pero más me asusta no tener cómo pagar las facturas.
—¿Cuántos años tienes, chico? —Se escandalizó Paul por escuchar a un niño de su edad hablar de responsabilidades adultas.
—Dieciséis... casi.
—¿Y tus padres no trabajan?
—Mis padres murieron siendo yo un niño. Cuando mi hermano mayor llegó a la mayoría de edad se hizo cargo de mí. Pero su trabajo de vigilante apenas nos da para comer. Yo intento sacar algo en el pantano paseando turistas, pero al no tener licencia homologada me resulta difícil captar clientes.
—Está bien. ¿Mañana no tienes clase?
—Sí, pero seguro que Mike me perdona cuando le enseñe los quinientos dólares que voy a ganar esta noche.
—Vaya, veo que las noticias vuelan en este pueblo.
—Sí, es muy pequeño.
—Y tú muy espabilado —le sonrió Paul aceptando la oferta—. Doy por hecho que tienes embarcación.

—Sí, la vieja Matilde está preparada para quemar gasolina.

—Un nombre muy gracioso.

—Era el de mi asistente social. Y te aseguro que ella no era nada graciosa. El motor suena igual que su voz. Ronco y machacón. —Lanzó una sonrisa pícaro.

Después de sellar el trato con un apretón de manos, Paul subió la bici del chico en la parte trasera de la *pick up* y arrancó en dirección al pequeño garaje donde el joven guardaba su lancha. En una pequeña caseta sobre el lago, un tejado medio caído daba resguardo a la barca. Cuando Abraham levantó la lona que cubría la lancha, una pareja de patos salió volando de su interior, provocando un susto a Paul, que trataba de ayudarlo.

—Espero que este sea el único sobresalto que tenga esta noche —suspiró el antiguo *sheriff*.

—Éste es un hábitat muy rico en aves, reptiles, anfibios y todo tipo de animales, así que no os asustéis por los ruidos de la naturaleza. De noche son más intensos. Eso sí, no asoméis mucho los brazos por la borda, por si un cocodrilo os confunde con una presa y os los arranca.

Las miradas de temor se cruzaron entre los tres adultos, que antes de empezar la travesía ya debían ponerse en guardia.

Con el intenso color azul eléctrico del cielo, los cuatro se colocaron equilibradamente sobre la barcaza para emprender el viaje.

Tras un par de tirones fallidos, Abraham pudo arrancar el motor y dirigir el timón hacia las entrañas del pantano. Los cipreses, con sus fantasmagóricas formas, daban la bienvenida a los aventureros, que serpenteando entre un manto verde de vegetación, esquivaban suavemente a los viejos árboles, como si tuvieran miedo a despertarlos. Con la oscuridad ya sobre sus cabezas, aquel bosque acuoso se presentaba como un ejército de brujas dispuestas a defender su territorio de los intrusos. El croar de las ranas y las raíces de los arbustos acentuaban aún más el ya de por sí ambiente tétrico del tan temido cenagal. El foco, situado en proa, descubría decenas de ojos

brillantes que observaban silenciosos la embarcación desde el agua. Como si de una emboscada se tratara, se sumergían y emergían de nuevo para sorprender a los visitantes.

Ante el pánico reflejado en sus caras, Abraham trató de calmar a sus pasajeros.

—Tranquilos, mientras permanezcáis en la barca estáis a salvo.

—La pregunta es si esta canoílla es lo suficientemente robusta como para aguantar nuestro peso, Abraham —inquirió, acongojado, Spencer.

—Bueno, lo que oís crujir es la madera vieja, pero está bien construida. Nunca habíamos montado a cuatro personas.

—¡Joder! ¿Y nos lo dices ahora? —Temblaba Spencer.

—Pero sí he llevado cocodrilos que pesan más que todos nosotros y vuestras mochilas juntos. No hay qué temer, pero, por si acaso, no os balanceéis mucho.

Paul se preguntaba cómo, ante aquella fauna salvaje, los cazadores de cocodrilos podían temer a una leyenda tan estúpida.

La nave seguía su curso introduciéndose hacia una vegetación cada vez más espesa. La fuerza del motor apenas empujaba ante la resistencia de unas raíces que atrapaban a la embarcación, como si quisieran evitar que siguiera penetrando en el pantano.

—¡Allí, allí! —gritó de repente Brad—. Se ve una luz tenue. Debe ser la casa de Marie.

—Sí, la veo. Nos queda poco —lo confirmaba Spencer.

—¡Mierda! —maldecía Abraham mientras se ahogaba el motor.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado Paul, girándose hacia atrás—. ¿No hay gasolina?

—No, se ha debido enredar en algo. No soy capaz de arrancarla —contestaba agobiado Abraham mientras se esforzaba en volver a ponerlo en marcha.

—No estamos muy lejos. Podríamos ir andando —decía Brad comprobando la profundidad con un remo.

—¡Ni se os ocurra! —exclamó Abraham soltando el motor de golpe—. O esta noche los caimanes se darán un festín de patas humanas. Intentaremos impulsarnos con los remos y la pértiga.

Clavando el largo palo en el suelo embarrado, y con la ayuda de las palas, pudieron acercarse hasta la pequeña cabaña que, en medio de la total oscuridad, se sostenía frágilmente sobre unos quebrados pilotes de madera.

—¡Marie !¡Marie! ¡Soy Brad, el escritor! —le anunciaba su llegada varios metros antes para no asustarla.

Al oír las voces, la mujer salió con su chal negro cubriéndose los hombros y un candil para comprobar quién venía a visitarla.

—Señor Oleson. Qué grata sorpresa. —Le recibió con su desdentada sonrisa.

—Hola, Marie. ¿Qué tal se encuentra?

—Muy bien —decía en voz baja con un tono protector—. Suban, suban, les pondré un vaso de leche caliente, que esta noche va a refrescar.

Con el permiso de la mujer, cogieron sus mochilas y subieron, no sin cierta dificultad, por los escalones rotos que daban acceso a la vivienda.

—Cuidado con el tercero, que está un poco suelto —les advertía Marie.

El caluroso recibimiento había sorprendido a Paul y a Spencer. A pesar de haber oído de boca de Brad las buenas palabras sobre Marie, no se imaginaban a una mujer tan cariñosa y encantadora.

—¿El chico no sube? —Se extrañó al ver a Abraham mirando desde la barca.

—Vamos, Abraham. Si nos esperas a mañana, te damos trescientos dólares más. Marie no puede llevarnos a todos. Sube y tómate algo caliente.

—Oh, no, no se preocupe, señor Oleson. He... he traído mi bocadillo. Les espero aquí abajo —decía tartamudeando.

—El chico me tiene miedo —le decía Marie a Brad en voz baja.

—Es un crío. Con las historias que oye de usted no le culpo al pobre —le trataba de justificar el escritor—. Vamos, hombre, que si no te comen los cocodrilos, lo harán los mosquitos —le seguía animando a subir.

Tras pensárselo unos segundos, el chico decidió acompañar a los hombres y accedió con ellos a la casa. La fachada negra parecía estar especialmente dibujada para tan oscuro paisaje, digno de una película de terror. Las telas de araña y los hongos que crecían en los tablones decoraban una casa típica de bruja, en la que solo faltaba la escoba de paja en la puerta de entrada.

—¿Vas a hacer segunda parte de *La otra vida de Chloe*? —le preguntó la mujer a Brad sorprendida por la visita—. Veo que ha tenido mucho éxito.

—Parte de esa fama te corresponde a ti, Marie. Sin tu ayuda, mi libro jamás hubiera conseguido transmitir tanto. Estoy muy orgulloso del trabajo, pero la historia quedó cerrada y no soy partidario de resucitar personajes por vender más ejemplares y sacar más dinero. Estamos aquí porque lo que sí necesitamos es que «resucites» a una persona. No queremos incomodarte, Marie, así que si consideras que...

—Te ayudaré, si está en mi mano, Brad— le interrumpió viéndole apurado por pedirle el favor—. ¿Queréis que contacte con alguien en concreto?

—Sí. Abraham —se dirigió al chico que escuchaba la conversación atentamente—. ¿Puedes esperarnos en el otro cuarto?

—Sí, mejor. Cuando acabéis me avisáis. —Se levantó del suelo donde estaba sentado para dirigirse al dormitorio.

—Oigas lo que oigas, y veas lo que veas, quédate en tu sitio y no hagas nada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —El chico acató las órdenes y no preguntó qué clase de ritual se disponían a realizar. Prefería no saberlo.

—Verás, Marie —retomó la conversación Brad con la médium—,

nuestro amigo Paul lleva sufriendo la visita de un alma inquieta que no le deja descansar. No sabemos qué quiere de él, pero le acosa cada vez más intensamente.

—¿Las visiones son más frecuentes y profundas? —se dirigió a Paul.

—Sí. Nos mudamos de ciudad y esa sombra sigue detrás de mí. Estoy aterrizado porque ha empezado a amenazar a mis hijas.

—Si estáis aquí, doy por hecho que habéis descartado cualquier tipo de patología y que has sido tratado por especialistas.

—Lo he intentado todo, te lo aseguro. El fantasma es real, y no sé por qué razón viene a por mí.

—¿Alguien más en tu casa ve a esta forma?

—Creo que mis hijas. Y mi mujer ha sido testigo de desplazamientos de objetos sin que nadie los toque.

—Los fenómenos de *poltergeist* pueden ser producidos por nuestra propia mente que, en momentos de tensión extrema y prolongada, puede llegar a liberar una energía descontrolada que se desboca manifestándose de esta forma. O puede que nuestro espíritu tenga necesidad de llamar tu atención de forma urgente.

—A veces creo que se comunica conmigo.

—Bien. Podríamos intentar practicar una sesión de *ouija*, para ver si hay suerte. Puede que sea un espíritu maligno que te ha elegido por algún motivo o por pura suerte. Se cuelan muchos del otro mundo. Pero solo si les abrimos la puerta. ¿Has hecho sesiones con la tabla?

—No, jamás. Aunque no creía en fantasmas, siempre le he tenido mucho respeto a estas cosas.

—Entonces lo más probable es que alguien haya dejado un asunto pendiente por resolver. ¿Recuerdas algún episodio trágico en tu familia o tu entorno?

—Mi mujer falleció hace ya unos cuantos años de una terrible enfermedad en África, pero ella nunca me asustaría así. Ni a mí ni a las niñas.

—Siento preguntarte esto, pero necesitamos afinar la puntería.

¿Seguro que no fue traumática la muerte de tu mujer?

En otra circunstancia, Paul se habría levantado de la mesa si alguien hubiera dudado del amor que sentía hacia Melissa, pero en aquella situación tendría que aguantar cualquier tipo de insinuación, por muy atrevida y ofensiva que le pareciera. Si quería cerrar aquel problema, debían sincerarse todos.

—Nos amábamos de verdad. Nunca discutimos ni nos engañamos.

—Paul... —interrumpió Spencer.

—Dime.

—El atraco de Vayerton.

Spencer no pretendía levantar viejos demonios para no deprimir más a Paul, pero había que explorar todas las vías.

—Sí, tienes razón —admitió cabizbajo—. Yo era policía en un pequeño pueblo de Indiana —le contaba a Marie—. Una mañana, un vecino y amigo nuestro, en un acto de desesperación, atracó el banco, y en el caos que se formó, él y una niña resultaron muertos. Aquel día dirigía las negociaciones. Pensaba que lo tenía controlado, pero el padre de la chica entró en escena para intentar recuperarla de los brazos de Matt, que la retenía y... —Se le iba apagando la voz mientras sus ojos miraban al vacío recordando la fatídica fecha.

—Tranquilo —le calmaba Marie. Puede que alguien te eche la culpa de lo ocurrido. Intentaste ayudarles, de modo que descartaría a las víctimas. ¿El padre de esa niña sigue viviendo en Vayerton?

—Sí, pero la madre falleció cuando ella nació. —Se espabiló Paul al creer que habían encontrado al espíritu—. ¡Ahora entiendo por qué quería a una de mis niñas!

—¿Su madre quiere vengarse de ti por la muerte de su hija? —intentaba comprender Spencer.

—Por algún motivo, ella piensa que pude hacer algo más aquel día y me culpabiliza de su muerte. Tras atormentarme, ahora quiere que sufra como ella y su marido.

—Es una posibilidad. Vamos a intentar averiguarlo.

Marie improvisó unas sillas con unas viejas cajas de plástico de envases de gaseosa, y reunió en torno a una pequeña mesa a sus invitados. Después de colocar dos velas a cada lado, se levantó para coger la tabla de *ouija* del armario. El tablón, desconchado por las esquinas, sufría un notable desgaste por las innumerables ocasiones en las que el vaso de cristal se había deslizado por sus letras. Una vez colocado en el centro, Marie les dio las instrucciones para realizar la invocación. Ella realizaría las preguntas mientras los tres permanecían en silencio en círculo.

Debido al pequeño tamaño de las letras del tablero, Marie sustituyó el vaso por un pequeño tapón de plástico de una botella de agua. Para evitar confusiones y sospechas de fraude, la liviana pieza haría de guía del más allá sin manos que la dirigieran.

Cuando todos se sentían preparados para empezar, Spencer mostró sus dudas sobre el ritual.

—¡Esperad, esperad! —dijo nervioso rompiendo la cadena de manos—. ¿Seguro que hacemos bien?

—No hay peligro —le intentaba tranquilizar Marie—. He hecho esto miles de veces, no te preocupes. Lo único que tenemos que hacer es entrar, contactar y despedirnos educadamente. Si seguimos los pasos, no hay nada que temer. Pero si apartas las manos así, podrías romper la cuerda que nos une a ellos y dejar caer a algún espíritu a este mundo. Es imprescindible mantenerse unidos, pase lo que pase, hasta que yo cierre la sesión, ¿de acuerdo?

—Si te sientes incómodo, puedes ir con Abraham. Nadie va a obligarte, Spencer —le justificaba Paul.

—No, ya que he llegado hasta aquí... Adelante —se confió Spencer.

Tras cerciorarse de que estaba todo listo para empezar, Marie comenzó a preguntar por la madre de la pequeña muerta en Vayerton. El tapón, inmóvil, seguía quieto después de insistir cuatro veces en la misma cuestión. Entonces, Marie decidió probar suerte lanzando la red a ver qué pescaba. Su llamada anónima fue atendida de forma

inmediata. El «sí» de la tabla indicaba que un espíritu ansioso por contactar estaba esperando impaciente al otro lado para entrar en nuestro mundo.

—¿Quién eres? —preguntó Marie.

—U n a m i g o. —Se movía el tapón por la tabla formando palabras.

—¿Conoces a alguno de nosotros?

—N o p e r o t e n é i s m o n t a d a b u e n a f i e s t a ¿h a y c e r v e z a?

—No queremos seguir hablando contigo. Déjanos en paz. Adiós —se despidió Marie—. Es uno de tantos espíritus burlones que se divierten bromeando. He cometido un error al preguntar si había alguien por ahí. Volveremos a especificar de nuevo.

—Nos gustaría hablar con alguien que conozca a Paul. —volvió a intentarlo Marie.

Con las miradas expectantes recorriendo la mesa, parecía que la invocación resultaba estéril.

—¿Alguno de vosotros quiere contactar con Paul?

—...

El silencio en la cabaña había contagiado incluso a las bestias del pantano. Los ruidos de los animales ya no acompañaban a la luna nueva. E incluso las turbias aguas habían dejado de removerse por la quietud de los caimanes. Toda vida en la ciénaga se había escondido de repente.

—Sí. —Se movió el tapón inesperadamente tras una prolongada pausa.

—Bien. ¿Quién eres?

—T I M.

Paul apretó su memoria para intentar recordar si conocía a algún Tim. Por mucho que estrujaba su mente, no lograba recordar a ninguna persona con ese nombre, por lo menos, muerta. Se habría cruzado con muchos a lo largo de su vida, pero era incapaz de relacionarlo con un hecho importante. Con la mirada, pidió permiso a Marie para tomar el

mando de la conversación. Ella le asintió, y empezó a averiguar más cosas sobre aquel enigmático hombre.

—Los Timothy que conozco están vivos. No puedo identificarte. ¿Eres algún delincuente que metí en la cárcel? —A Paul le estaba entrando pánico al pensar que podría ser algún reo inocente que murió en prisión por su culpa.

—No. —Seguía balanceándose el tapón de un lado a otro. —No me has visto vivo pero me conoces fotos.

—¡Dios mío! —exclamó Paul —¿Tim? ¿Eres Tim, el novio de Cynthia?

—Sí.

—Siento lo que te pasó. Pero ¿qué quieres de mí? ¿Crees que no cuido bien de Cynthia? No lo entiendo —decía desesperado.

Era, efectivamente, el fantasma de Tim. A causa del desgraciado accidente de helicóptero, no había podido despedirse de Cynthia. Quería decirle lo mucho que la amaba y que siempre estaría a su lado. El día anterior a la desgracia habían tenido una pequeña discusión y se habían dicho cosas que realmente no sentían. La desaparición de Tim no le dio la oportunidad de pedir perdón a Cynthia y por ello se sentía culpable. Cargó con esa pesada losa muchos años, viendo como su amada se diluía entre las dudas de aquella inoportuna discusión. No podía soportar ver a Cynthia sufrir por algo que no fue real. Aquel fatídico accidente cortó la posibilidad de una maravillosa reconciliación, silenció el perdón y permitió que una estúpida pataleta rompiera y separara dos corazones puros y unidos.

Tim no pretendía martirizar a Paul. Simplemente le presionó tanto porque su tiempo en ese limbo donde flotaban las almas perdidas estaba llegando a su fin. De ahí que tuviera que intimidarle con sus hijas. Pensó que, como así fue, recurriría a una persona que le pudiera poner en contacto con él. El momento elegido tampoco fue casual. La desgracia de Paul le había vuelto más vulnerable y menos escéptico ante estas apariciones. Los proveedores de almas le habían empujado

hacia su mundo, abriéndole la puerta hacia el otro lado.

—Puedes ir en paz, Tim. Le diré a Cynthia lo que me has transmitido —le calmó Paul.

—N e c e s i t o d e c í r s e l o y o p o r f a v o r.

—¿Sabrá que eres tú? ¿No se asustará? Aunque se lo cuente, no sé si me creerá, Tim. Podríamos hacer otra sesión con Marie.

—N o d e b e s a b e r l o.

—¿Cómo? —preguntó Paul desconcertado.

—T u s e r á s y o.

Paul se tomó unos segundos para asimilar las intenciones de Tim. Miró a Marie pidiéndole consejo, y esta tomó de nuevo la palabra.

—¿Pretendes introducirte en el cuerpo de Paul?

—S o l o u n o s d í a s q u i e r o d e c í r s e l o a l o s o j o s.

La decisión era demasiado importante como para tomarla en aquel mismo instante. Paul le pidió a Tim un par de días para pensar sobre el tema.

—Y o l o h a r í a p o r M e l i s s a.

—¿Estás con ella? —Se sobresaltó Paul al oír su nombre.

—A q u í h a y m u c h a s a l m a s e r r a n t e s.

—¿Está bien? —preguntaba ansioso Paul, como si hablara de una persona viva.

—S í t a m b i é n l e g u s t a r í a h a b l a r c o n t i g o.

—Paul, esto no es una línea telefónica. Tenemos que respetar los pasos para el contacto —le trataba de frenar Marie al verlo tan emocionado.

—De acuerdo. Lo entiendo. —Se resignaba ante la médium—. Déjame pensármelo esta noche, Tim, y mañana volveremos al pantano para confirmártelo.

—E l t i e m p o s e m e a g o t a P a u l.

Marie cerró la sesión, y Spencer y Brad pudieron por fin respirar y liberar la tensión que les había producido la intensa experiencia con el más allá.

Paul seguía mirando la tabla de *ouija*, esperando a que Melissa saliera de ella. No podía despegarse de aquel trozo de madera que le había devuelto la felicidad, la ilusión por poder encontrar de nuevo a la mujer que siempre había amado. En ese momento, si pudiera, se quedaría a vivir con Marie en aquella vieja cabaña si ello le aseguraba hablar con Melissa cada noche.

—Paul —le trataba de recuperar Spencer—, ¿estás bien, amigo?

—Sí... sí... —le respondió un poco aturdido todavía.

—Oye, sé que todo esto no es fácil para ti. Pero no te precipites en las decisiones, ¿vale? Cynthia es real, tus hijas son reales, Melissa, no. —Le intentaba sacar de dudas.

—Lo sé. Esto es por Cynthia también. Si yo estuviera en su lugar, me gustaría que lo hicieran por mí.

—¿Estás seguro? ¿Crees que es justo para ti y para ella? No creo que traer los fantasmas del pasado sea la mejor idea para afrontar el futuro juntos. ¿No sois felices ahora?

—Sí, Spencer. Es una mujer maravillosa. La quiero.

—Pues no rompas esta historia por algo que ni siquiera existe.

—Creo que ella se quedaría mejor si hablara con Tim. Debo darle la opción de despedirse. Piénsalo, ¿te gustaría que el último recuerdo de tu mujer fuera una discusión? Cuando se den un abrazo y se despidan, Tim por fin podrá descansar tranquilo, yo también y Cynthia podrá seguir con su vida sin tener ese pesar en su espalda. Nos liberaríamos todos, Spencer.

—Es una magnífica idea, siempre que no estés pensando en seguir hablando con Melissa.

—Te aseguro que no es por ella.

—¿De verdad? Marie no tiene a nadie, pero tú te debes a una familia que te quiere, amigo. No la abandones. No te recluyas en este bosque oscuro para perseguir un fantasma.

—Sé en qué mundo vivo, no temas por mi salud mental —le tranquilizaba.

—Paul —interrumpió Marie—, debo advertirte de los peligros que corres al dejar que un alma en pena entre en tu cuerpo.

—¿Que podría pasar?

—Lo más grave es que decida no volver nunca más a su mundo. Debes tener mucha confianza en ese chico para permitirle entrar. Piensa que le estás ofreciendo una nueva oportunidad de volver a vivir con la mujer que amaba. ¿Crees que pudiendo abrazar y besar de nuevo a Cynthia todos los días de su vida va a permitir que alguien se lo arrebatase de nuevo?

—Pensaba que cada alma ya tenía ubicado su destino.

—Así es. Pero quizás esta no te haya contado toda la verdad.

—¿A qué te refieres?

—A que, efectivamente, está deambulando entre nuestro mundo y el suyo hasta que llegue su hora de recogerse. Normalmente, se quedan por aquí porque o tienen algo pendiente que resolver o han sufrido una muerte tan violenta que no pueden abandonar el lugar. Tim te sigue allá donde vayas, así que supongo que tal vez sea cierto que necesita despedirse de Cynthia. Pero una vez dentro de ti, solo él decide cuando quiere completar su deuda con tu mujer. —Paul se quedó sin palabras al escuchar la amenaza que se cernía sobre él.

—Puede que diga la verdad en cuanto a su propósito, pero tal vez mienta en cuanto al tiempo —seguía metiendo miedo Marie.

—Me arriesgaré —dijo convencido tras unos segundos, pensativo.

Las altas horas de madrugada no eran las más propicias para emprender el viaje de vuelta a través del pantano, así que decidieron hacer noche en la cabaña. Desplegaron sus sacos de dormir y se acomodaron como pudieron en el suelo de la sala. La separación entre algunas maderas era tan amplia que incluso una serpiente podría colarse por el hueco. Intentaron amortiguar la dureza de la superficie con algunas viejas mantas y descosidos cojines. No era un hotel, pero les serviría para descansar las cuatro horas escasas que quedaban para que saliera el sol.

Una intensa luz naranja penetró por la ventana para despertar a Paul que, encogido como una larva, apuraba sus últimas horas de descanso antes de partir hacia Manchac. Con la luz del día iluminando su rostro, el antiguo *sheriff* se revolvía en su saco y se desagarrotaba unas articulaciones que habían permanecido toda la noche en la misma posición. Rígidamente como las maderas sobre las que habían dormido, intentaban arrancar poco a poco como aquel día primaveral.

Marie ya había calentado un poco de leche para ofrecer a sus invitados, que uno a uno se incorporaban para asomarse por la ventana y comprobar que, con la luz del sol matutino, aquel trozo de ciénaga se mostraba más acogedor que la noche en la que llegaron. Numerosos animales pululaban en las cercanías ofreciendo un espectáculo natural maravilloso.

Abraham, ya desayunado, esperaba en la barca para regresar a casa cuanto antes. No había avisado a su hermano y no quería preocuparle. Con el bote preparado, los cuatro hombres se despidieron de Marie y navegaron rumbo a la civilización.

Al llegar, Abraham recibió en el embarcadero sus honorarios como barquero y guía.

—Muchas gracias, chico. —Le felicitó Paul por su pericia en el pantano—. Si no te importa, ¿me podrías dar tu número? Creo que volveré pronto y necesitaré un buen capitán que me lleve a buen puerto —le decía sonriendo.

—Eso está hecho. Voy a poner a punto a Matilde para la próxima aventura —respondió orgulloso de su hazaña.

—Hasta pronto, Abraham —le despidió estrechándole la mano—. ¡Ah! —Se volvió al cabo de unos metros—. Y no digas que Marie es una bruja buena o se te va a acabar la exclusividad del negocio en esa zona. —Le guiñó el ojo.

—Descuida. Es la mujer más terrorífica y malvada que te puedas encontrar en este mundo —le gritaba en la distancia con una sonrisa de complicidad.

Decidieron quedarse un día más en el pueblo para descansar y afrontar el viaje por carretera más lúcidos. Una cama de verdad y una ducha les dejarían como nuevos. El bufet del desayuno había calmado un poco sus estómagos, que se retorcían por la leche que les había servido Marie. Sin un refrigerador donde conservarla, podría haberles provocado una pequeña indigestión.

—Tienes mala cara, Paul. ¿También te gruñe el buche? —le dio los buenos días Spencer en el comedor.

—¿Eh? —Le miró de nuevo porque no le había prestado atención.

—Que si te has levantado con dolor de estómago también como nosotros.

—Sí, un poco, un poco —dijo desganado.

—Parece que hayas estado toda la noche de fiesta.

—No he podido dormir muy bien. Pensando en todo esto, ya sabes.

—Ven aquí, anda. —Le abrazó por el hombro para acercarle a la mesa—. Tómame un buen zumo de naranja primero y luego vamos a saquear el bufet. El camino es largo.

Una vez en carretera, Paul paró en un restaurante camino de Memphis para invitar a Spencer y Brad a una comida. Quería agradecerles su apoyo y ayuda, y explicarles sus planes a partir de ahora.

—No podría haberlo hecho sin vosotros, chicos. Os debo una. Contad conmigo para lo que necesitéis.

—Nos alegramos de que haya dado resultado, Paul —le apoyaba Spencer—. Lo importante es que ya sabes el origen de tus tormentos. Y, sobre todo, que pronto se arreglarán.

—Sí, eso espero.

—¿Vas a permitirselo, verdad? —le preguntó al verle pensativo.

—Debo hacerlo, amigo. Es la única forma de cerrar el pasado.

—Ten cuidado, ¿vale? —Intentaba protegerle sabiendo que no podía hacerle cambiar de opinión.

—Estará en manos de Marie. Ella le tutelaré —le tranquilizaba Brad.

—Te puedo acompañar —le dijo Spencer.

—No, ya habéis hecho suficiente. Ahora debo afrontarlo yo solo.

Tras dejarlos en el aeropuerto de Memphis, Paul volvió a Cincinnati para hacer los últimos preparativos. El trayecto le serviría para asentar sus experiencias y disipar sus dudas. Cuando llegó a casa, habló con Cynthia de su aventura en el pantano. Evidentemente, le mintió sobre el fantasma que le rondaba. Le dijo que Marie creía que era el de un viejo preso que murió en la silla eléctrica. En sus primeros años como *sheriff* de Vayerton, Paul había detenido a un hombre por intento de asesinato de un futuro senador. El político recorría por aquel entonces todas las poblaciones de la región para hacer campaña. La zona, deprimida por la delincuencia, era uno de los graneros de donde sacar votos con sus promesas. Pero no todo el mundo veía al senador Harris como la solución a la crisis. Un hombre, recién despedido de su puesto de trabajo en la fábrica, encontró en el acaudalado aspirante al Senado el objetivo perfecto para calmar su ira. Botella en mano, sorteó el escudo humano de guardaespaldas y le asestó un profundo corte en el cuello, que a punto estuvo de costarle la vida. Logró huir entre el tumulto de gente y despistar a la vigilancia privada, pero no a Paul, que mantenía su mirada atenta a cualquier movimiento desde su privilegiada posición de la torre del reloj de la iglesia. Siguió al asaltante y le capturó antes de que pudiera desaparecer. Se limitó a cumplir con su trabajo entregándolo a la justicia, pero esta aplicó su castigo más fuerte sobre el condenado. El agresor solo pretendía golpearle con el vidrio en la cabeza a modo de protesta, pero su ataque se consideró atentado y fue llevado al corredor de la muerte. Ahora quería volver para vengarse del hombre que le metió allí. Después de un complicado ritual, Marie le había podido liberar por fin de esa sombra que le amenazaba. Ahora solo

quería pasar el máximo tiempo posible con Cynthia y con sus hijas para volver a disfrutar de la vida. Quería recuperar el tiempo perdido, así que organizó unas vacaciones familiares. Como si hubiera vuelto a nacer y estuviera descubriendo cada paisaje, cada olor, cada sabor de este nuevo mundo, Paul se limitó a abrazar y a jugar con sus hijas todo el tiempo que pudo. Los días pasaban como minutos con sus pequeñas y Cynthia en sus brazos. Las noches le servían para deleitarse con el sueño de sus niñas sin poder dejar de mirarlas mientras dormían, como si el cerrar los ojos significara perderlas para siempre. ¿Aquella intensidad significaba un renacer o una despedida? ¿Tenía Paul miedo a no volver del intercambio? Sea como fuere, le pidió a Cynthia un fin de semana a solas en la cabaña del lago para disfrutar con ella en la intimidad. Dejaron a las niñas con Marisa y se refugiaron como dos enamorados aislados del mundo.

Mientras Paul se preparaba para la «suplencia», Spencer movía teclas en Washington. En el restaurante camino de Memphis, Paul les había explicado la historia de Tim con Cynthia. Desde entonces, el agente del FBI no había podido descansar tranquilo dándole vueltas a la cabeza a aquel relato. Investigó en los archivos y preguntó a sus contactos.

—¿Qué tal, Frank? —saludaba a su compañero.

—Aquí andamos, persiguiendo a los malos, como siempre —le contestó el hombre secándose su grueso bigote después de dar un trago a su taza de café.

—¿A quién tienes entre manos?

—Otro iluminado de estos que se cree que se va a acabar el mundo.

—¿Está atrincherado en algún búnker?

—Sí, es un preparacionista. Le llevamos siguiendo varios años. El tío tiene un arsenal que no tiene nada que envidiarle al nuestro. El rancho ocupa cuatro hectáreas. —Le enseñaba la fotografía tomada por satélite—. Imagina lo que pueden esconder ahí debajo.

—Esta gente me da miedo. Creen que incluso el Gobierno es el

enemigo.

—Sí, y lo malo es que cada vez son más y están mejor armados.

—Déjame la dirección de esa granja, Frank.

—¿Cómo? —Le miraba sorprendido—. No me querrás quitar el trabajo, ¿no? El caso es mío, colega.

—Lo sé, solo quiero tenerla por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso viene un apocalipsis nuclear. Sabría a donde ir cagando leches —se rio a carcajadas—. Esos tipos son los únicos que sobrevivirían, aparte de nuestro presidente. Tienen de todo.

—¡No lo dudes! Compartiremos litera —se reía también Frank.

—Oye, hablando de locos...

—¿Por qué me miras tan fijamente cuando mencionas esa palabra?

—Porque vas a acabar como estos tarados como no descanses un poco. ¿No puedes intercalar algún homicida normal para liberar un poco tu mente? No quiero verte aparecer un día por la oficina con el pelo rapado y una túnica blanca invocando a tu dios de Ganimedes —bromeaba Spencer.

—La verdad es que estas sectas son muy peligrosas. Pero no entiendo como convencen a tanta gente.

—Bueno, aprovechan la debilidad puntual del ser humano, una mala racha, ya sabes. Cuando averiguan por dónde entrar, luego es imposible sacarles, aunque quieras. A alguien que pierde toda esperanza en la vida, si le enseñas el cielo, lo deja todo por seguir al profeta.

—He visto cosas increíbles, tío.

—Me imagino. No cambiaría mis casos por los tuyos ni de coña.

—Es duro, pero ¿sabes? Son más gratificantes cuando logras sacar a toda esa gente de ahí dentro.

—Sí, te entiendo. Escucha, Frank...

—Dime —le atendía mientras no quitaba ojo de su pantalla.

—Recuerdo que hace años me hablaste de un grupo en Alaska.

—Sí, evitamos una auténtica masacre.

—¿Quiénes eran?

—El Movimiento por la Extinción Humana Voluntaria.

—Me suenan. ¿Son los que pretenden que el hombre desaparezca de la Tierra? Pero son pacíficos, ¿no?

—Sí, nunca habían planteado problemas. Hay incluso científicos de renombre que les apoyan. Y entre tú y yo —se le acercó poniéndose la mano en la boca para evitar ser oído—, tampoco es tan mala idea viendo lo que estamos haciendo con nuestro maravilloso planeta.

—¿Y qué pasó?

—Como ya sabes, todo este pensamiento surgió en los años 90 y, como te dije, nadie les consideraba peligrosos. Pero como en toda organización, siempre hay algún rebelde que no está de acuerdo con las acciones que se llevan a cabo. Surgió un pequeño grupo insurgente dentro de la estructura que creyó oportuno dar un giro a su política. Decidieron que no bastaba con no engendrar más niños. Sus integrantes decían que deberíamos limitarnos a no tener más hijos hasta que llegara un día en el que el último hombre muriera sin descendencia. Entonces el mundo animal dominaría la Tierra y esta volvería al equilibrio que le permitiría sobrevivir a la destrucción a la que está condenada bajo la soberanía humana.

—Es un poco absurdo, ¿no?

—Sí, y más teniendo en cuenta que son unos pocos de miles en todo el mundo. Pero había que tomárselo como una corriente de pensamiento. Yo he hablado con algunos y me han confesado que es como un ideal para ellos. Una quimera.

—¿Y hubo una escisión?

—Algo así. Algunos radicales decidieron pasar a la acción. La extinción pasiva de nuestra especie es muy difícil que se produzca. Al principio, intentaron esterilizar masivamente a numerosos grupos étnicos a lo largo y ancho de nuestra geografía. Muchas tribus que apenas tienen contacto con la civilización moderna. Nadie repararía en

ello. Luego fueron adentrándose más en nuestra sociedad, captando nuevos «exterminadores» para su causa. Querían aumentar la velocidad de extinción, así que pasaron a asesinatos, secuestros, atentados... No seguían ningún patrón. Imagínate, podía ser cualquier persona en cualquier parte del mundo. ¿Quién podría relacionarlos con su causa? Aunque creemos que detuvimos a uno de sus cabecillas, esta gente no deja rastro. Pueden estar cometiendo ahora mismo miles de asesinatos por todo el mundo sin darnos cuenta de que son ellos. Podríamos estar achacándolos a fanáticos religiosos, asesinos en serie, perturbados mentales...

—Entiendo. ¿Y cómo descabezasteis a ese grupo?

—Normalmente, tiene que ser alguien de dentro quien dé el chivatazo.

—¿Así fue en Alaska?

—Sí. Te veo muy intrigado de repente. ¿Te aburres con el caso del Capador?

—¿Bromeas? ¿Un tío que se dedica a arrancarles los huevos a los violadores que salen de prisión? Es mejor que Daredevil. Podría ser el próximo héroe de cómic.

—Sí, te veo disfrutando. ¿No será por eso por lo que estás tardando en darle caza?

—Me estoy imaginando su traje de superhéroe con un...

—Déjalo, que voy a desayunar en veinte minutitos, anda, y quiero conservar el apetito.

—Me da pena enchironarlo.

—¿Por qué te interesa tanto lo de Alaska?

—Bueno, tengo una amiga un poco deprimida. He pasado el fin de semana con ella y me habló de una experiencia que tuvo en un pequeño pueblo de Alaska.

—¿Kotzebue?

—Exacto. Desgraciadamente, me acuerdo de esos remotos pueblos por alguna historia oscura que ha rescatado su nombre del olvido. Hace

poco vi una película de terror, que supuestamente está basada en hechos reales, que se desarrolla en Nome. No muy lejos de Kotzebue, por cierto. Y cuando me lo mencionó, me acordé que en su día me contaste algo de este caso.

—Sí, como bien dices, supuestamente. *La cuarta fase* se ubica en Nome, pero es pura ficción. La gente del lugar se enfadó un poco por trivializar así un tema tan delicado. Muchas personas sufrieron la desaparición de familiares y no les gustó el enfoque de la película. Por desgracia, los habitantes de Kotzebue sí que encontraron a sus seres queridos.

—Muertos.

—Así es. Mira, Alaska es un territorio inhóspito y salvaje. Es la tierra perfecta para ubicar todo tipo de misterios sobrenaturales, y para dar cobijo también a toda clase de asesinos sin escrúpulos que se amparan en este tipo de historias asombrosas para esconder y camuflar sus delitos.

—Así que no te crees las abducciones de Nome.

—¡Por supuesto que no! ¡Ni los vórtices que abren las puertas a otras dimensiones! El famoso Triángulo de las Bermudas de Alaska, entre Juneau, Anchorage y Barrow, es otra fuente de enigmas para los seguidores de lo oculto. Desaparecen aviones por las condiciones climatológicas. Es evidente que es la zona con mayor tráfico aéreo dentro del Estado, por lo tanto, donde más probabilidades hay de que ocurran accidentes.

—Pero ¿cómo te explicas que no encuentren los restos de los aviones y las personas?

—Los glaciares los engullen. Y años más tarde los escupen. Ya se han encontrado muchos aparatos.

—El porcentaje de desapariciones es dieciséis veces mayor que en el resto de Estados Unidos.

—Los inviernos allí son duros. La gente bebe mucho alcohol para rellenar sus horas de ocio y combatir el frío. Si pillas una cogorza en

Manhattan, igual amaneces sin cartera abrazado a una farola, pero la naturaleza indómita de Alaska puede tragarte sin dejar ni rastro. Y no hablo solo de voraces osos que son capaces de arrancarte la cabeza de un zarpazo. Si no sabes por donde pisas, cualquier excursión dominical por el campo puede convertirse en una trampa mortal. De todas formas, eso no explica las veinte mil desapariciones que se han producido en los últimos cincuenta años.

—Sí, cuéntame lo de Kotzebue, que nos hemos desviado del tema. ¿Qué pasó exactamente?

—Un grupo del Movimiento por la Extinción Humana Voluntaria empezó a asesinar a gente de forma indiscriminada. Utilizaban la mina de plomo como reclamo y coartada al mismo tiempo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigado Spencer.

—Pues que aquel yacimiento era la única oportunidad para mucha gente joven de labrarse un futuro en la vida. Pero la mayoría de esos modernos buscadores de oro solo paraba allí los años justos para ahorrar dinero y largarse de nuevo en busca de un lugar más amable en el que establecerse con el dinero ganado en Kotzebue. Nadie extrañaría a unos nómadas que solo estaban de paso. El movimiento de personal en la mina era constante. Los trabajadores iban y venían en un flujo continuo. Lo que los lugareños no sabían es que el vecino de al lado al que solo daban los buenos días era enterrado en los frondosos y oscuros bosques de pinos donde los gusanos devoraban su cuerpo.

—Entiendo. Si desaparecían de la noche a la mañana, la gente daba por hecho que se habrían mudado a un cómodo barrio residencial de Los Ángeles, por ejemplo.

—Eso es. La mayoría eran chicos solteros o parejas jóvenes sin hijos ni familia.

—¿Y cómo te dieron el caso?

—Bueno... Empezó a llamar mi atención cuando comenzaron a aparecer cadáveres de mujeres. En aquella época estaba metido en una tontería de adolescentes. Unas profanaciones de tumbas que temían

fueran parte de un ritual de una secta satánica que sacrificaba seres humanos en nombre de Lucifer. En realidad, eran simples críos que iban al cementerio a matar ratas y conejos y vaciar tumbas. Gamberradas juveniles. Le dije a Dennis que me dejara echar un vistazo a lo de Alaska.

—¿Y te fuiste para allá?

—Sí. Me costó convencerle. Según las autoridades locales, esas muertes eran producto de la violencia de género y delincuencia común. Curiosamente, el homicida siempre se suicidaba después de matar a su mujer.

—Yo tampoco hubiera visto nada raro. ¿Qué te hizo sospechar?

—Que de treinta y dos asesinatos, un número de por sí ya escalofriante en dos años, los treinta y dos maridos aparecieran luego muertos. Y que, además, fueran todos trabajadores de la mina. Las chicas tenían todas entre veinte y treinta años.

—Lógico si eran las parejas de los trabajadores, ¿no?

—Sí, pero lo curioso es que también había gente autóctona del pueblo que había trabajado allí toda la vida.

—¿Y no hubo víctimas entre ellos?

—Sí, pero esas desapariciones son las que todo el mundo quiere olvidar. Las muertes entre los miembros de las tribus locales ni siquiera se investigaban. Cuando llegué a aquel rincón apartado del mundo, a nadie le parecía importar esas desapariciones. Los esquimales me confesaron que estaban resignados a no recibir justicia. La versión oficial era que se habían perdido sin más. Nadie perdía el tiempo en buscar a unos jóvenes envenenados por el licor y las drogas. Sin embargo, los trabajadores que venían de fuera tenían padres y hermanos en sus lugares de origen, y había que dar una explicación de esas muertes violentas.

—Creías tener un perfil de víctima, pero no tenías ni idea del motivo de esos asesinatos.

—Exacto. Indagué un poco por el pueblo y pregunté por las casas.

Me llamó la atención que nadie viera nunca discutir a ninguna de aquellas desgraciadas parejas. En un pueblo tan pequeño, hasta el más mínimo grito se escucha. Ninguno tenía denuncias previas de maltrato. Descarté el asesino en serie por el *modus operandi*. Demasiados ataques seguidos para alguien que necesita disfrutar de sus actos macabros. Pero tampoco lograba relacionarlo con ninguna secta conocida. No practicaban ningún ritual con las víctimas, ni se producían suicidios o asesinatos en masa. Me tenía totalmente descolocado. Lo único que se me ocurría era pensar que todos esos desgraciados eran arrepentidos que trataban de salir de algún grupo violento. No teníamos localizado a ninguno por aquella zona, así que podría ser uno que se estuviera formando. Esos terribles asesinatos podrían ser la señal de su nacimiento.

—¿Conseguiste información de la gente del pueblo?

—No. Cualquier tipo de secta llamaría la atención en una ciudad tan pequeña. El comportamiento de los habitantes del pueblo parecía totalmente normal. Nadie notaba conductas o prácticas extrañas. Los vecinos podrían tener miedo a hablar, pero me negaba a creer que la policía local estuviera encubriendo a un grupo de fanáticos religiosos. Después de una semana investigando, no logré encontrar ni una sola pista que me pudiera ayudar a enfilarse el caso. Por increíble que parezca ahora, desde este despacho, empecé a creermela versión de la violencia machista. Me imaginaba la vida de aquellas chicas, que habían seguido a sus novios o habían sido arrastradas por estos a una tierra extraña para hacer realidad sus sueños. Muchas de ellas no se esperaban acabar su idílico amor en una humilde casa sin ni siquiera jardín. Tal vez, la decepción, la impaciencia y la frustración acabaron por deteriorar la relación, y muchas acababan en un trágico final. ¿Sabes? Incluso el último día antes de partir, me dejé llevar por aquellas tristes historias y casi me convertí en parte de una de ellas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó curioso Spencer.

—Solía acabar la jornada cenando en un restaurante del pueblo.

Encontré un rincón tranquilo donde poder relajarme después de interrogar a tantos individuos. Daban bien de comer, la camarera era amable, la música suave y había la gente justa para que mi cabeza no se sintiera sobrecargada de ruido. Tras todo un día hablando con personas, no me apetecía seguir escuchando voces humanas.

—Te entiendo.

—Mientras sorbía mi deliciosa sopa de pescado, me percaté de que había una preciosa mujer en la barra mirándome tímidamente.

—¿Insinúas que te había echado el ojo?

—Así lo percibí aquella noche. Lo curioso es que luego me di cuenta de que aquella chica tan guapa se había sentado en la misma silla todas las noches anteriores. Y seguramente me habría mirado igual que aquel día cada una de esas noches.

—¿Y cómo te diste cuenta?

—Lo mismo que me di cuenta de que en la mesa de al lado se sentaba siempre el mismo hombre que no se quitaba el sombrero para cenar. O que a la misma hora que tomaba mi postre, entraba el mismo minero con su ropa llena de barro pidiendo un bocadillo de carne de reno para llevar. Nunca me había fijado en aquella chica, pero sabía que estaba allí, a la misma hora, en el mismo sitio. Pero solo cuando mi cabeza empezó a aceptar la hipótesis de la violencia de género, empecé a reparar en el comportamiento de algunas personas. Entonces mi mente vio una realidad que antes no percibía. Con la nueva conclusión instalada ya en mi cerebro, este empezó a recibir nuevos estímulos que antes no dejaba pasar. Una nueva y lujuriosa fantasía sexual se apoderaba de mí, confirmando y dando más fuerza a aquella versión que desde el principio me negaba a aceptar. Aquella chica, aburrida y decepcionada con su nueva vida en Kotzebue, buscaba una aventura que le hiciera olvidar por un momento la dura realidad que le había impuesto la vida.

—¿Una chica a punto de serle infiel a su novio por culpa de la monotonía de una relación estancada?

—Sí. Imagínate lo desesperada que debía estar para fijarse en un viejo como yo. —Señalaba Frank su cuerpo para mostrar su poca autoestima.

—Imagino que cuando tus sueños se rompen, ya da igual a lo que te agarres.

—Sí, la autodestrucción se acelera de manera inexorable. Es una forma de castigarse, de crucificarse por no haber podido llegar a la felicidad tan ansiada. Cuando se acaba la ilusión, se acaba todo, y tal vez aquella mina era el efecto que conseguía en la gente. Daba dinero, pero quitaba ilusión.

—¿Te acercaste a ella?

—No. Su anillo frenó mi ímpetu sexual. Ella vino a mí.

—¿Se te insinuó?

—Me pidió permiso para sentarse, muy educadamente.

—¿Y cediste?

—Sí, claro. Los modales nunca hay que perderlos. A ella le vendría bien un poco de charla y yo agradecería una agradable compañía femenina con la que pudiera hablar de otra cosa que no fueran asesinatos. Te aseguro que no pretendía asaltarla como un vulgar baboso de discoteca. Aquella chica parecía tan frágil y triste que jamás se me ocurriría incomodarla. Le ofrecí atención, que es lo que más necesitaba.

—Alguien con quien desahogarse y a quien contar sus penas, supongo.

—Eso pensaba yo.

—¿No buscaba comprensión?

—No, lo que quería era confesarme algo.

—¿Sobre su vida personal?

—Era evidente que los ojos de aquella chica reflejaban la decepción y la amargura de una joven ingenua que siguió a su chico hasta aquel remoto rincón del mundo con la esperanza de encontrar una vida feliz. No hacía falta que me contara su historia. Su rostro era como un diario

abierto de par en par. Sus continuos movimientos corporales en la silla delataban un extraño nerviosismo. Era como si intentara confesarme un secreto que nadie debía descubrir.

—Sabía que eras un agente del FBI, claro.

—Sí, todo el mundo en el pueblo conocía el motivo de mi estancia. Esa era la causa de las continuas y furtivas miradas. Quería contactarme contigo, pero no acababa de decidirse. Ella poseía la clave del caso.

—¿Qué te contó?

—Que sabía quién cometía los asesinatos. Estaba tan asustada que apenas podía pronunciar dos frases seguidas sin mirar hacia atrás.

—Ella te guio hasta esos pirados.

—Efectivamente. Me explicó que elegían gente joven porque eran los que, evidentemente, estaban en edad de procrear. Una señora de cincuenta años es ya difícil que tenga descendencia.

—Me parece increíble que existan personas con estas ideas, viviendo aparentemente una vida normal entre nosotros.

—Si algún día te animas y decides acompañarme, verás que es mucho más frecuente de lo que crees. Cuando comencé en este trabajo, mi primer caso fue el de *La nueva resurrección*. Unos trastornados, que en el año 2000, decidieron suicidarse en masa para volver a resucitar como Jesucristo y salvar al hombre de sus pecados. Desde mi mente, cabal y ordenada, me negaba a creer que esas personas siguieran con tal fervor a un supuesto mesías que les utilizaba de esclavos. Todas las mujeres tenían que acostarse con él para liberarse de sus demonios. Organizaban auténticas orgias masivas, incluso con menores de edad, en nombre de Dios. Logré infiltrarme dentro de la organización, y te aseguro que esas chicas eran completamente normales fuera de aquel recinto «sagrado». Pero aquel desgraciado lograba camelarlas para completar sus fantasías sexuales. Los seguidores de este tipo de sectas no es gente loca. Se aprovechan de su debilidad o desesperación para prometerles una solución a todos sus problemas. Mira, la señora de la limpieza de mi portal está metida en una cosa llamada los Buenos

Hermanos. Es una hondureña que vino en busca de trabajo. Hablo con ella todas las mañanas y cada día flipo más con lo que me cuenta, tío. Me dice que su maestro murió y resucitó también, que ella ha ascendido al rango de «blanquita» y que le están saliendo alas como a un ángel.

—¿No debería estar en tratamiento esa mujer?

—Es lo que te decía antes. Si no habla de su grupo, es una persona totalmente normal. Pero un *jeta* que vivía en la calle decidió salir de la mendicidad inventándose una pseudorreligión. Ella me dice que de pequeño tenía visiones y que como era un incomprendido, sus padres le echaron de casa. Ahora tiene una mansión en su Uruguay natal, que le pagan y limpian sus «blanquitos». Pero tiene más propiedades en Europa. Al principio, hacía charlas, hasta que se cansó de viajar. Cuando ya se hizo rico, el tío se acomodó y dejó volar solos a sus ángeles. Clara me dice que ya no responde a *e-mails* ni nada, pero que, claro, es normal, porque ya les dijo hace tiempo que ya estaban preparados para enfrentarse ellos solos al mundo. Le envían continuamente regalos, mientras el hijo de puta se ríe de ellos en una de sus casas de Cayo Coco.

—Y cuando te cuenta eso, ¿no tratas de abrirle los ojos?

—Ya se lo he insinuado varias veces, pero no soy quién para desenredarla. Y no puedo hacer nada, porque son donaciones voluntarias. No están bajo coacción. Incluso me invitó a una de sus reuniones. Pero lo más sorprendente es que un día pasó por delante del portal un vigilante de seguridad, al que conozco desde hace un montón de años, y Clara, cuando lo vio, me dijo que también estaba metido. Como la cajera del supermercado de enfrente.

—¡No jodas!

—Sí, es gente que ves a diario desde hace años, con la que te saludas lo justo, pero mira... Hay mucha gente en el limbo, amigo. Pasan desapercibidos en nuestra sociedad. Por eso, muchas veces, no los identificas hasta que cometen alguna locura, como la de Kotzebue.

Por cierto, tu amiga tendrá pesadillas sobre aquello, ¿no?

—Sí, sí, lo recordaba el otro día. No se le va de la cabeza. Cynthia sufrió mucho, y a veces le vienen bajones cuando sale el tema.

—¿Cynthia?

—Sí, Cynthia Robinson. Seguramente hablarías con ella y todo.

—Sí... sí... —hablaba apurado Frank.

—Mira, aquí está con su novio, Tim, intentando andar sobre un glaciar. —Le mostraba una foto antigua sonriendo por la cómica situación.

—¿Esta es Cynthia? —Estudiaba más de cerca la fotografía.

—Sí. Parece que estuvieras viendo un fantasma. Te has quedado pálido, y con el bigote tieso.

—Ah... No, tranquilo. Ya sabes que sufro bajadas de tensión. No es nada.

Spencer conocía a Frank desde hacía tiempo, y sabía que aquel cambio repentino era por algo que había visto en la instantánea.

—¿Es maja, eh? —seguía intentando averiguar porqué se había quedado helado al ver la foto—. No le quitas ojo.

—¿Eh? No, no... —decía cada vez más nervioso— estoy intentando recordar si la conozco. Es muy guapa.

—Sí. ¿Tan guapa como la chica del restaurante que se sentó a tu mesa?

Frank apartó de golpe su mirada de la foto, para dirigirla hacia Spencer.

—¿Es ella, verdad? —intentaba Spencer que confesara.

—Oye, déjalo. El caso está cerrado. Se parece un poco, por eso me he quedado mirando detenidamente al principio. Pero no, no es ella. Ahora que me he fijado mejor.

—Frank, mi amiga está en apuros. No tengo tiempo de contarte toda la historia, pero creo que es importante que me cuentes la verdad.

—¿Qué le pasa?

—No lo entenderías. Toda ayuda que reciba es importante.

—Oye, Spencer, te estoy diciendo que no es Cynthia Robinson, ¿vale? —dijo un poco molesto ante la insistencia de su compañero—. Me voy a desayunar. —Se levantó de la silla mientras cogía su chaqueta del respaldo de esta.

—Frank. —Le agarró Spencer del brazo para impedir que se marchara.

—¡Basta ya! —Se revolvió furioso—. ¡No sé cómo cojones quieres que te lo diga!

—Vale, lo siento, lo siento. —Puso los brazos en alto en señal de rendición tras el manotazo de Frank—. Nunca te había visto así de alterado, tío.

—¡Ni yo a ti así de pesado! ¿Sabes? Me jode la gente que hace preguntas pero no concede respuestas.

—¿Qué quieres decir?

—Que me estás acosando como si yo fuera un sospechoso en una mesa de interrogatorios, y cuando te pregunto el porqué de tu interés, me dices que no lo entendería. Es como si pides diez mil de los grandes a un amigo y le dices que no le interesa para qué los vas a usar —le contestó con un gesto despectivo antes de dirigirse hacia la puerta.

—Espera, Frank.

—¿Qué quieres? —dijo ya más calmado—. Me estás robando mis minutos de desayuno.

—¿Podrías sacrificarlos por un amigo?

—Escucha, Spencer —se dio la vuelta cuando ya tenía la mano en el pomo—, lo único que te puedo decir es que es un caso del que no se me está permitido hablar, y ya me has sacado suficiente. Eres muy persuasivo a la hora de sacar información.

—¡Eh! ¡No te estaba utilizando en absoluto! Era una charla informal entre compañeros. Vamos... —intentaba quitarle importancia.

—Sí, así lo entendía yo. Pero no comprendo esa ansia por descubrir no sé qué.

—Ya te he dicho que mi amiga está en problemas.

—¿Y qué tiene que ver esa mujer a la que tan insistentemente tratas de desenmascarar? ¿Se ha tirado a su marido o qué?

—No frivolices.

—¿Frivolizar? ¿Sobre qué? Todavía no sé en qué misterio está envuelta tu amiga.

—Frank, eres una de las pocas personas en las que confío dentro de este edificio. Y creo que tú sientes lo mismo por mí.

—¡Oh, qué romántico! Espera que me limpio el bigote para darte un besito —se mofaba de Spencer todavía un poco resentido por lo que había creído que había sido una manipulación por parte de su compañero.

—Está bien. Si te digo que es de vida o muerte y te lo explico luego con más calma, ¿me ayudarás?

—Escucha, Spencer —se acercó desde la puerta donde se mantenía de pie—, si tu amiga no está con el tipo de la foto, no tiene nada que temer. —Le señaló a Tim en la fotografía que permanecía sobre la mesa de Spencer—. Y te aseguro que este hombre hace años que está criando malvas.

—Lo sé. Se mató en un accidente de helicóptero.

—¿Qué? —Sonrió un poco desquiciado por la presión de la conversación.

—Que Tim murió de camino a la mina de plomo donde trabajaba en Kotzebue.

—¡Joder! —Movía la cabeza, preocupado, sabiendo que acabaría por contarle toda la verdad a Spencer—. ¿Te ha dado tu amiga esta foto? —preguntó extrañado.

—No. Su pareja. Que es amigo mío también. Pero creo que ni lo sabe. Cuando conoció a Cynthia me mandó fotos por correo electrónico para que la conociera y se debió colar esta. Supuse que era algún amigo de instituto o su primer novio. Ya sabes, estos recuerdos siempre se guardan con cariño.

—A ver... —se pasaba la mano desde la frente a la nuca intentando

decidir cómo explicar a Spencer lo que le iba a contar— me voy a jugar mi puesto de trabajo por una mujer que apenas conozco y que ni sé qué coño le pasa. ¿Has visto alguna vez algún acto de fe más poderoso en tu vida?

—Seguro que un buen cristiano como tú lo ve cada domingo en la iglesia. Tranquilo. Te aseguro que nadie se va a enterar. Confía en mí.

—Es lo que habitualmente se escucha antes de desbaratarse un plan. Bueno, siempre podré montar una agencia cutre de detectives para espiar a esposos infieles que engañan a sus mujeres. Tendría secretaria y todo.

—¿Ves como al final prosperas gracias a mí? —se reía Spencer para animar a Frank.

—Otra cosa, mañana me debes el almuerzo —le decía mientras volvía a sentarse quitándose de nuevo la chaqueta.

—No sé, es una condición muy dura para aceptar tu confesión —bromeaba—. Dime, ¿por qué es confidencial el asunto?

—Porque esa mujer de la foto está incluida en un programa de protección de testigos.

—¿Qué? —se sorprendió Spencer mientras repasaba una y otra vez la imagen de Cynthia— ¿Fue tu confidente?

—Así es. Es la chica del restaurante de Kotzebue. Se llama Megan Conrad, y ahora vive bajo otra identidad.

—¡Joder! ¿Lo sabe Paul?

—¿Quién es Paul?

—Perdona. Mi amigo. Es su pareja.

—En teoría, nadie lo sabe. Espero que él tampoco.

—Fue ella quien te llevó hasta el asesino.

—Sí. En realidad, eran media docena de perturbados. Pero no tuvo que ir muy lejos.

—¿Cómo?

—Que tenía a uno de ellos metido en casa. —Le señaló la foto de nuevo desde la distancia.

Spencer, atónito, colgó al aire la imagen, pinzándola con sus dedos índice y pulgar, mientras con la otra mano señalaba a Tim para asegurarse de que Frank se refería a él.

—¿Tim?

—¡Ese hijo de la gran puta tuvo su merecido!

Spencer no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿De modo que la historia del accidente es falsa?

—Megan necesitaba empezar de cero, pero nadie puede borrar su pasado del todo, como estás comprobando. Tarde o temprano, las personas importantes que han pasado por tu vida acaban apareciendo siempre. Ella estaba perdidamente enamorada de ese chico. Su historia de amor fue real. No tenía nada de lo que arrepentirse o avergonzarse, hasta entonces... Pero Tim se fue mezclando con malas compañías, que le confundieron y le apartaron por completo de Megan. Me imagino que se inventó lo del accidente de helicóptero porque es lo que realmente hubiera deseado que pasara una vez hubo perdido a Tim.

—Veo que ella no sucumbió a la capacidad de persuasión de esos zumbados.

—En absoluto. Su sueño, de hecho, era formar una familia con Tim. Incluso no descartaba que su hijo creciera en Kotzebue. Su único deseo era estar junto a ese chico.

—¿Y no tenía miedo de que lo delatara?

—Él creía que estando tan enamorada no sería capaz de traicionarle. Realmente, pensaban que actuaban correctamente. Cada vez que Megan le proponía tener hijos, él le daba largas. Hasta que un día le reveló sus prácticas. Trató de unirla a la causa. Y pensó que lo consiguió. Esa chica estaba enamorada, pero de otro Tim. Un Tim que hacía tiempo había desaparecido para convertirse en un frío asesino. Fingió comulgar con sus ideas y aceptó no tener descendencia. Así logró salvar su vida. Tim le confesó los asesinatos, e incluso fue testigo de dos de ellos. Pero no se decidía a acudir a la policía local por miedo a que alguno de ellos estuviera en el movimiento. No estaba segura de

conocer a todos los miembros y prefirió no arriesgarse.

—Hasta que llegaste tú.

—Sí, y metimos a esos psicópatas entre rejas. Dos se resistieron y nos recibieron a escopetazos. ¡Tuvieron suerte, los cabrones!

—¿Escaparon?

—¡No, qué va! Les ayudamos a construir su mundo ideal. Dos humanos menos para destruir el planeta —sonreía Frank—. Se comieron todo mi cargador.

—¿Y los otros?

—Pudriéndose en Rikers Island.

—¿Tim también?

—Tim aguantó un año. Ya sabes que ese hoyo está infestado de bandas de narcotraficantes. Las peleas y violaciones están al orden del día; ese desgraciado acabó agujereado de todas las formas posibles. Por la vena, por el culo y, finalmente, por la cabeza. Una disputa entre los Netas y los Latin Kings se lo llevó por delante.

A Spencer le sonaban muy duras las palabras de Frank. Le costaba imaginar como un chico decente y honrado había acabado de tal manera con su vida. Entendía que Frank hablara con ese desprecio sobre él. Solo alguien que ha visto el infierno tan de cerca podría describir a Satanás. Pero él se negaba a creer que Tim fuera así de cruel. Cynthia, o Megan, no podría haberse enamorado de una persona maligna. Una mala elección en su vida, una mala racha, le había hecho caer en un pozo del que nadie, ni él mismo, pudo sacarle. Por naturaleza, ¿es el hombre un ser humano bueno actuando con maldad? ¿O es malo actuando con bondad? Quería creer lo primero, pero era difícil justificar a Tim. No se encontraba en ninguna situación límite, tenía una mujer maravillosa a su lado, dinero, un buen trabajo...

—Eso es todo —terminaba la historia Frank mientras sacaba un paquete de chicles de su bolsillo—. ¿Estás bien? —le preguntaba, preocupado, a Spencer al verle mirando fijamente al suelo, pensativo.

—Sí, sí... Estoy intentando asimilar todo esto. Conozco a Cynthia y

es como si ahora no supiera quién es. La veo como a una desconocida.

—Oye, después de que testificara le perdí la pista, pero pasé muchas horas hablando con ella y es una chica de quitarse el sombrero, amigo. Ahora que conoces su historia, deberías admirarla todavía más. Fue muy valiente al declarar contra Tim.

—¿Así que él supo que ella dio el chivatazo?

—Sí. No se pudo ni despedir de él. Imagina lo duro que tiene que ser mandar a la persona que amas a la silla eléctrica.

—Tengo que hacer una llamada, Frank, ahora vuelvo. —Se levantó repentinamente con el móvil en la mano.

Salió al patio interior y marcó el número de Paul. Mientras los tonos pitaban, Spencer rodeaba, nervioso, en un sentido y otro, una jardinera que daba color al apagado suelo de cemento.

Después de cuatro intentos, probó con el teléfono de Cynthia. Mirando al cielo, como si esperara un milagro, saltaba el contestador. Parecía estar apagado o fuera de cobertura. Volvió aceleradamente hacia el despacho de Frank para coger sus cosas.

—¿Quieres saber qué le ocurre a mi amiga? —le preguntó sin dejarle responder, mientras recogía la foto de la mesa—. Pues te lo cuento por el camino —le dijo dándose la vuelta para volver a salir.

—¡Eh, eh! ¿A dónde vas?

—¡A Cincinnati!

—¡Qué coño...! —gruñía Frank corriendo detrás de Spencer.

—¡Vamos! Dile a Dennis que te vas a vigilar el rancho ese de los preparacionistas.

El ascensor llevó a los dos agentes del FBI hasta el garaje donde les esperaba el Cadillac negro que les llevaría a Ohio.

En la cabaña del lago, Paul y Cynthia disfrutaban de su fin de semana romántico. En ausencia de las niñas, el antiguo *sheriff* aprovecharía para contarle a Cynthia su experiencia en el pantano y explicarle quién era el motivo de su angustia. La tranquilidad del entorno relajaría a Cynthia para asimilar lo de Tim.

—Deberíamos escaparnos más a menudo solos —reflexionaba Cynthia—, una vez al mes podríamos dejar a las niñas con Marisa y llevar la vida de novios que nunca pudimos tener. ¿Qué te parece?

—Suenan muy tentador... —le besaba cariñosamente la mejilla— pero ¿no sería abusar mucho de la amabilidad de esa mujer?

—A ella le encantan los niños. Además, le vendrá bien su compañía. Pero si te sientes culpable, siempre podríamos contratar a una canguro por horas. Ahora nos va bien y nuestra economía doméstica nos lo permite.

—Tienes razón. Aunque con lo rápido que se me están pasando los años, creo que estas mujercitas serán las que nos abandonen a nosotros en breve para tontear con rebeldes adolescentes. Te voy a preparar una cena que va a hacer que te derritas ante mí, muñeca.

—¿Tú cocinando? Solo te he visto dar vuelta y vuelta a los filetes de carne en la barbacoa. ¿Estás seguro de que sabes utilizar el horno? —se mostraba sorprendida e impresionada al mismo tiempo—. No quiero ver arder esta preciosa casa de madera.

—No seas tonta. Hoy vas a empezar a conocer increíbles facetas del nuevo Paul que nunca antes habías visto.

—¡Desde luego! ¿Cuándo has aprendido a cocinar?

—No sabes cuánto dan de sí las noches de insomnio. Me he tragado

todas las temporadas de *Master Chef* de un tirón. Y no solo eso. También sé para qué sirve cada herramienta de cocina de la *Teletienda*. Hay cosas maravillosas. Fíjate, esta especie de pistola que absorbe el aire de las bolsas para envasar al vacío. ¡Es fantástica! —Le enseñaba, emocionado, mientras revolvía los utensilios que se almacenaban en la bolsa.

—Y yo echándole la bronca a Elsa pensando que era ella la que encargaba todos estos cachivaches para jugar con su cocina.

En el viejo inmueble del barrio chino donde vivía la familia Atkinson, los dos agentes del FBI apretaban el timbre del portero para intentar penetrar en el edificio. El 6º C no daba señales de vida. Spencer pulsaba aleatoriamente botones para ver si alguien les abría a los «repartidores de propaganda». Habían acudido a la casa en la que actualmente vivía Paul, pero no encontraron a nadie. Las persianas bajadas les indicaban que no se habían ausentado para hacer recados. Los vecinos de la urbanización no habían intimado lo suficiente con ellos como para conocerles y saber de sus planes de fin de semana, así que optaron por probar suerte en su antiguo barrio.

Transcurridos diez minutos, la puerta del portal se abrió, para alivio de Spencer y Frank. Una anciana oriental salía con su carrito de la compra para abastecerse en el supermercado. La lentitud de la octogenaria les permitió colocarse a cada lado de la entrada para sujetar la puerta con el pie y poder colarse. Después de dedicarle una sonrisa de buenos días, Spencer bloqueó la puerta detrás de la abuela china y entró como un relámpago hacia el ascensor. La torpe mujer concentraba su atención en sus pasos para no caer al suelo mientras avanzaba por la acera. La apariencia sospechosa de aquellos sujetos esperando su salida la había hecho temer que fueran unos asaltantes en busca de su cartera. Sin movilidad para girarse hacia ellos, siguió su camino sin mirar atrás. Si fueran ladrones, ya la habrían atracado, pensó.

Uno en el ascensor y el otro por las escaleras, por si se cruzaban a

algún vecino, subieron hasta la sexta planta donde vivía Paul para llamar a las puertas. Lo mismo que unos metros más abajo, su aporreo no encontró respuesta. El A parecía vacío también. En el B se oían ruidos, pero parecían reticentes a abrir.

—¡Policía! ¡Abran la puerta! —gritó Spencer.

Sus voceríos solo recibieron el silencio por respuesta.

—¡Joder! ¡Hostia puta! Ahí dentro hay gente —farfullaba.

—Intentemos en el piso de abajo. Tal vez haya alguien —propuso Frank—. Vamos a probar en el C —decía mientras descendía a paso ligero.

—¿Y por qué en el C, concretamente?

—Las casas de campo están aislando las relaciones humanas.

—¿Qué?

—Pues que tú no tienes vecinos, pero yo que vivo hacinado en un bloque de apartamentos deduzco que si con alguien ha tenido que tener contacto es justo con el que está, o debajo, o encima de él.

—¿Y eso?

—¿Siempre has vivido en el campo, tío?

—Desde que me fui de casa.

—Ya. Cuando eres joven no prestas atención a estas cosas.

—¿A qué cosas?

—A ruidos, fugas de agua... En fin, que si hay alguien que te toca los huevos, seguro que es el vecino de arriba.

—No creo que Paul sea de esos tocapelotas. Pero, en fin, las niñas siempre se pueden desbocar de vez en cuando o rompérsele alguna tubería. Vamos a comprobar tu teoría. —Se resignaba Spencer tocando el timbre.

—Vaya, ha habido suerte —se congratulaba Frank al oír abrir la puerta.

—Hola, buenos días —saludaba Spencer al hombre que se asomaba tímidamente por el hueco—. Somos amigos de Paul, su antiguo vecino de arriba. Estamos buscándole, pero no logramos localizarle. Hemos

intentado llamarle por teléfono, pero no nos lo coge y tememos que le haya ocurrido algo grave. Necesitamos hablar con él urgentemente y tal vez usted sepa dónde puede estar... —le explicaba al hombre que escuchaba atentamente— es posible que haya salido de fin de semana y usted sepa dónde suele ir para relajarse con su familia. Cualquier información que nos pueda aportar nos sería de gran ayuda —seguía suplicando ante la mirada impasible del inquilino—. ¿Le conoce, verdad? Paul Atkinson. Vivía justo arriba. Tiene dos niñas. Se mudó aquí hace poco tiempo.

—Este tío está medio dormido —le decía en voz baja a Frank—. Oiga, no queremos molestarle —retomaba la conversación en tono afable con el dueño del piso—. Le aseguro que no vamos a hacer daño a su vecino. Mire, somos sus amigos —le enseñaba una vieja foto donde aparecían juntos—. ¿Sabe dónde podríamos encontrarle? A lo mejor, en el tiempo que estuvo aquí hablaron de algún lugar al que le gustaba escaparse.

—Hola, Confucio —se dirigió a él Frank con una sonrisa—. Tu madre es una loba que aúlla cuando me la cepillo todas las noches. Pero me he cansado de ella y ahora me voy a tirar a tu hermana, ¿vale?

—¿Pero qué coño haces? ¿Te has vuelto loco? —le reprochaba apartándole de la vista del chino.

—¡Vámonos, anda! —Se dio la vuelta Frank—. Este hombre no habla ni una palabra de inglés. ¿No ves que ni se ha inmutado? Le has soltado una chapa y no sabe ni qué cojones le has dicho. Tiene la misma cara de póker que cuando abrió la puerta. Volvamos arriba.

—Allí no hay nadie.

—En el B sí.

—Siguen sin querer abrirnos. La comunidad china es muy desconfiada por naturaleza. Creo que nos tienen miedo —dijo Spencer tras volver a tocar.

—Sí, pero no porque crean que somos de una mafia o ladrones de viviendas. Igual tienen algo que esconder... ¡FBI! ¡Si no abren la puerta

ahora mismo, montaremos guardia hasta que nos llegue la orden de registro! ¿Entienden? —les amenazaba Frank mientras golpeaba la puerta blindada violentamente.

Los seguros empezaron a crujir para desatranchar la gruesa puerta reforzada.

—¿Qué *quieren*? —Apareció un pequeño hombre en ropa interior blanca y negra.

—Queremos información sobre su vecino del C. —Le señalaba Spencer la entrada de al lado.

—No *vivil* nadie ahí.

—Ya. Ahora no. Pero hasta hace poco sí. Una familia con dos niñas. Seguro que se acuerda de ellos, amigo.

—N o *hablal* casi con ellos. Lo siento —cerraba la puerta despidiéndose de los agentes.

—¡Ché ché ché! ¡Quieto ahí un momento, pequeño panda! —Impidió Frank que les cerrara en los morros.

—¡N o *sabel* donde están! —Empujaba furioso la puerta ante la resistencia de Frank.

—¡Joder! ¡El puto chino, qué fuerza tiene para lo pequeño que es! ¡La madre que lo parió! ¡Empuja como diez búfalos juntos!

—Búfalas —le corrigió Spencer.

—¿Qué? —hablaba a duras penas, retorcido del esfuerzo que estaba realizando para impedir que se cerrara la puerta.

—Que tu osito panda tiene a ocho o nueve mujeres empujando detrás de la puerta —le dijo Spencer justo antes de arremeter con una violenta patada contra el escudo de madera y acero que protegía a las chicas.

La brutal embestida de Spencer había desperdigado a las mujeres por el suelo ante la atónita mirada de Frank.

—Vaya, vaya... ¿Y estas jovencitas quiénes son? —preguntó el compañero de Spencer sin pasar del felpudo.

—Son mis *helmanas*.

—Familia numerosa, ¿eh? ¿Y todas esas sombras que se intuyen a través del cristal también son familia tuya?

—Sí, todos. Familia unida. Nos *quelemos* mucho.

—Muy bien muy bien. Pues *deo* que te voy a *enchilonal*. Ya *velás* como en la *cálcel* hay muchas *pelsonas* que te van a *quelel* mucho también. Son muy *caliñosos* con los peluchitos como tú.

—¡No *hacel* nada! —decía aterrorizado desde el suelo.

—Entonces no tienes nada que temer cuando vengan mis amigos a pedirnos papeles y registrar la vivienda. Yo veo indicios claros de una actividad ilegal. Mire, querido y atento caballero, nos gustaría que colaborase con la justicia. Sabemos que es un honrado inmigrante que ayuda a que nuestro gran país prospere. Gracias a gente como usted, la economía americana se mantiene a la cabeza del mundo. Abusando de su generosidad con nuestro país, agradeceríamos que nos ayudase a encontrar a nuestro conciudadano. Su acto patriótico será valorado y gratificado por nuestros dirigentes, y su figura será puesta como ejemplo para mayor gloria de su raza que, como usted, dignifica nuestra sociedad con su sacrificio y respeto. —Le ofreció su mano Frank para ayudarle a levantarse.

—Nunca había trabajado contigo, Frank, pero me están sorprendiendo tus métodos —le susurró Spencer al oído.

—Espérate que todavía no he acabado. Me estoy protegiendo —le decía mientras ayudaba a incorporarse al hombre.

—¿Protegiéndote de qué?

—De las ONG. Mira, estoy seguro de que este cabrón utiliza a esas chicas para prostituir las o explotarlas trabajando dieciocho horas al día con una máquina de coser para fabricar prendas falsificadas. Y también estoy seguro de que, si no le deportan, el que va a estar recluido entre cuatro paredes, como esas pobres que están ahí asustadas, va a ser este negrero. Pero no dieciocho horas, sino veinticuatro. Por desgracia, hoy en día, estas organizaciones consideran racista cualquier acto que vaya contra negros, indios, chinos, musulmanes, sudamericanos... en fin,

todo lo que no sea blanco. Te aseguro que actuaría así, aunque este tío fuera del Ku Klux Klan, pero es chino, ¿entiendes? Y para que no te denuncie y no acabe con tu carrera, o compartiendo celda con él en la misma cárcel, hay que ser políticamente correcto.

—Pero ese discurso ha sonado a cachondeo, tío.

—Es precisamente lo que pretendía. El sarcasmo y la ironía, por suerte, todavía no se castigan. Y tú me conoces, pero, ¿quién podría negar que yo soy tan educado y cariñoso? ¡Si le he llamado peluchito y todo! —se reía Frank.

—Creo que voy a pedir traslado para trabajar contigo.

—Bien, ¿señor...? —retomaba la conversación con el chino.

—Wan.

—Encantado, señor Wan. —Le estrechaba la mano de nuevo—. Es un apellido precioso. Debe ser usted de una familia muy respetable. ¿Hace honor a su apellido? ¿Uno? El número uno.

—Oye, se te está yendo el vacile de las manos, ¿no? —le volvía a susurrar Spencer.

—Déjame reírme un poco de este hijo de puta. Me divierte ponerle nervioso.

—Está bien, pero no te entretengas. Necesitamos encontrar a Paul cuanto antes.

—Señor Wan, como le decía, nuestro amigo puede ser víctima de un posible homicidio o secuestro, y de no encontrarlo, me veré obligado a acordonar la escena del crimen y registrar su vivienda, así como interrogar a sospechosos y posibles testigos como puedan ser... sus hermanas y resto de familiares que viven con usted. Nuestras últimas noticias son que Paul volvió a este piso a recuperar unas pertenencias que se había dejado. Fue visto por última vez aquí. Siento mis modales de hace un instante. Algo debió meterse en el hueco de la puerta e impedir que se cerrase. Lamento este fuerte golpe de aire que les ha tirado al suelo. Ya sabe que no estamos lejos de Chicago, la *ciudad del viento*, y a partir del segundo piso, ya se notan las ráfagas. Debido a la

falta de dominio de nuestro idioma, tal vez no haya entendido mi pregunta de antes. Se la repetiré gustosa y pausadamente para que no haya malentendidos, ¿de acuerdo? —Le guiñó el ojo—. Sé que es un ciudadano ejemplar deseando cooperar con la ley, ¿verdad? —esperaba la confirmación del chino—. Bien, tengo que decirle que esta colaboración está siendo sumamente gratificante para mí —se seguía mofando al asentirle con la cabeza el señor Wan—. ¿Sabe usted dónde podría encontrarse el señor Atkinson?

—No *sabel*.

Antes de que Frank perdiera los nervios, el propietario del inmueble se apresuró a acabar la frase.

—Pero si *sabel* quién *sabel*.

—¡Joder, Frank! ¿Esto es un puto trabalenguas o una mierda de adivinanza? —se impacientaba Spencer.

—Tranquilo, ya casi lo tenemos.

—¿Y sería tan amable de indicarnos, por favor, dónde encontrar a esa persona que podría llevarnos hasta el señor Atkinson?

—*Panadela*, de la calle de *enflente*.

—¡Magnífico! Si resolvemos este caso satisfactoriamente, me encargaré personalmente de hacerle partícipe de este éxito y reconocerle públicamente el mérito que le corresponde. Mi compañero comprobará ahora mismo que su información es correcta, y mientras lo hace, yo seguiré aquí charlando con usted hasta que me lo haya corroborado, ¿le parece bien?

Wan asintió de nuevo, acongojado, mientras Spencer salía corriendo hacia la panadería. En diez minutos volvió para confirmarle a Frank la información.

—¡Ya le tenemos! —le gritaba desde las escaleras unos metros antes de llegar a la puerta—. Me han dicho que puede que... ¡Qué demonios! —exclamó al mirar la cara de Wan —¡Tiene la nariz reventada! ¡Y le faltan tres dientes! —alzó la voz.

—¡Ah, sí! Si antes lo digo... Otro golpe de viento. Llevamos unos

días un poco moviditos. Qué mala suerte, ¿verdad, chicas? —Buscaba la complicidad de las jóvenes asiáticas—. Bueno, señor Wan, ha sido un verdadero placer hablar con usted. Me alegro de que nos hayamos podido entender. ¡Hasta pronto! ¡Ah! Y tenga cuidado con estas ráfagas de viento, que el parte meteorológico ha pronosticado fuertes rachas para los próximos días. Estamos en alerta naranja. —Le volvió a guiñar el ojo mientras se despedía con una sonrisa.

—Veo que a tus rodillas no les dan miedo las ONG —le decía Spencer al ver sus pantalones ensangrentados.

—Estas van a su bola. Ya sabes que el café me altera los nervios de tal manera que me tiembla todo el cuerpo. Esta mañana me he tomado cuatro tazas y...

—Ya. Te ha vibrado tanto que se te ha ido hasta la mandíbula del chino, ¿no? ¿No tienes miedo a los testigos? —conversaban bajando en el ascensor.

—No, solo a ti. Esas chicas son víctimas de una mafia. No creo que declaren contra mí. Pero tú... eres demasiado formal con la ley—se reía—, y si me protegieras, un detector de mentiras podría sonsacarte.

—¿Sonsacarme el qué? ¿Que una corriente ha empujado una puerta que ha desfigurado la cara de ese pobre y humilde trabajador? —se reía también Spencer.

—Desencajada se le va a quedar cuando se le presenten en diez minutos los cuerpos especiales para asaltarle ese antro que tiene ahí montado. ¿Qué te han dicho en la panadería?

—La dependienta conocía a Paul y a Cynthia. Compraban allí el pan todos los días y solían hablar. Parece ser que el hijo de esta mujer va a la misma clase que Jennifer. Dice que de vez en cuando suelen ir a una cabaña al lago Erie a pasar el fin de semana.

—Pero ¿te ha dicho el nombre de esas cabañas? ¡Habrá muchas!

—Me ha indicado la zona, más o menos. Está bastante acotada. No tardaremos en dar con ellos.

En la orilla del lago Erie asomaban las primeras flores del año para dar la bienvenida a la primavera. Como una pareja de recién casados, Paul y Cynthia eran escoltados por miles de plantas de colores que pintaban una perfecta luna de miel para los enamorados.

En el interior de su pequeño nido, la pareja tonteaba como si se estuvieran descubriendo de nuevo el uno al otro.

—¡*Voilà!* Aquí le traigo la especialidad de la casa, *mademoiselle*. Un delicioso estofado de cabrito acompañado de una sabrosa guarnición de patatas cocidas. ¿Vino, señora?

—Sí, gracias —le seguía la obra teatral.

—Ajá. Vamos a ver, le recomiendo este delicioso tinto Reserva de Rioja, importado directamente desde España. Le encantará su aroma.

—¡Vaya! —se impresionó la agasajada—. No sabía que este restaurante tuviera tanta categoría. Ni el restaurante ni el servicio... —Le mostraba una sonrisa picarona, prometiendo una bonita recompensa en la habitación a tal encomiable esfuerzo.

—Espero que sea de su agrado. —Se inclinó haciendo una reverencia.

—¿Quiere acompañarme, caballero? Sería una pena estropear este menú tan especial sin una buena conversación.

—Con mucho gusto.

La complicidad entre Paul y Cynthia había aparecido de nuevo. En aquel pequeño salón, sus ojos brillaron de esperanza otra vez.

—No sé qué has estado haciendo estos días, Paul, y a lo mejor tampoco quiero saberlo, pero has venido renovado. Parece que te hayan fabricado de nuevo.

—Por fin todo volverá a ser como antes. Como cuando éramos felices. Como cuando solo éramos tú y yo. Gracias a Dios me he podido deshacer de esa compañía que me torturaba.

Cynthia miraba a Paul sonriendo mientras le cogía de la mano. Sus palabras la estaban emocionando tanto que no pudo reprimirse. Se levantó para darle un beso. Incluyó su cabeza hacia abajo y con sus dos manos sujetó cuidadosamente el rostro de Paul para besarle en los labios muy lentamente. Aquel instante que tanto había estado esperando no merecía acabarse tan pronto.

—Ya sé que nos ha costado muchos años, pero nadie nos va a separar de nuevo, ¿de acuerdo, cariño? —le decía Paul mientras le secaba las lágrimas que caían por sus mejillas.

—Te quiero. Nunca lo olvides. Estés donde estés. —Retrocedió para abrazar a Paul por detrás mientras permanecía sentado—. Y este corazón será mío para siempre. —Acariciaba su parte izquierda del pecho.

Paul, de espaldas, sujetaba los brazos de Cynthia para que no se despegaran de su cuerpo. Ella recogió su brazo izquierdo subiéndolo por el cuello hasta la nuca de Paul, provocándole una intensa excitación. La mano derecha se deslizaba por el hombro de Paul para recorrer su brazo hasta el dorso de su mano, la cual apretó intensamente, mientras sus labios y su otra extremidad seguían acariciando la cabeza de Paul. La carne de gallina y los pelos de punta eran la antesala a una descontrolada explosión de sexo salvaje. El roce provocativo hizo que Paul cerrara los ojos para disfrutar de tan sensual masaje corporal, a la espera de una última señal que diera rienda suelta a toda la adrenalina acumulada en sus órganos sexuales. Con el ritmo cardiaco cada vez más acelerado, intentaba frenarse para poder disfrutar un poco más de aquel excitante preámbulo. El brazo derecho de Cynthia comenzó a apartarse suavemente por encima de la mesa, hasta alcanzar el cubierto que serviría para la cena. Con Paul inmerso en un éxtasis de placer, Cynthia deslizó su mano hasta el cuchillo y lo alzó hasta la altura de la cabeza de

Paul para clavárselo una y otra vez en el cuello, mientras le sujetaba por el pelo para que no se cayera al suelo. Sin apenas poder reaccionar, sus débiles intentos por librarse de su agresora resultaron inútiles ante el certero golpe que le había asestado en la yugular. Con la sangre brotando a borbotones, los espasmos de Paul se iban distanciando más en el tiempo, hasta que dejó de moverse por completo. Sentado en la silla, y con un charco rojo a su alrededor, su barbilla golpeó su pecho cuando Cynthia soltó su cabeza.

Spencer y Frank se acercaban a pocos metros para interrumpir el romántico fin de semana. Al ver aparcada la furgoneta de Paul, decidieron tocar el timbre de la cabaña. Tras cuatro llamadas sin respuesta, rodearon la casa para intentar observar el interior desde alguna ventana. En la parte trasera, un hueco en la cortina permitió a Spencer contemplar horrorizado la escena del crimen. Cynthia seguía de pie con la mirada perdida en el cuerpo de Paul y con el cuchillo en la mano. El agente volvió corriendo a la entrada principal para pedir ayuda a Frank y entrar por la ventana. Con el cristal roto, accedieron al salón, donde Cynthia parecía no percibir la presencia de los agentes del FBI.

—Cynthia, Cynthia... —le hablaba Spencer a poca distancia mientras se acercaba a ella con paso lento— Cynthia, soy Spencer, amigo de Paul, ¿me recuerdas?

La mujer seguía inmóvil, respirando aceleradamente, mientras las gotas de sangre caliente todavía se derramaban por su vestido.

—Creo que está en *shock*. Ten cuidado, va armada —le susurraba Frank por detrás con su pistola preparada.

—Tranquilo. No va a hacer nada —decía Spencer cuando llegó a la altura de Cynthia—. Dame eso. Tranquila... tranquila... —la calmaba apartándole el cuchillo— ven conmigo, siéntate aquí. —La colocó al otro lado de la mesa.

—¡Dios mío! ¡Está muerto! —exclamó Frank al comprobar el pulso de Paul.

Spencer se sentó al lado de Cynthia que, temblorosa, escondía las

manos entre sus piernas.

—¿Qué ha pasado, Cynthia?

—No era él...

—¿Cómo?

—Que ese no es Paul.

Era evidente que había sufrido un brote psicótico o una locura temporal transitoria y ahora estaba nerviosa y desorientada. Negar la realidad era un sistema de defensa para rechazar el crimen que había cometido.

—Frank, ¿puedes traernos una valeriana o algo caliente para relajarla un poco?

—De acuerdo, voy a ver qué encuentro en la cocina.

—Escucha, Cynthia, ahora no estás en condiciones de hablar. Vamos a llamar a una ambulancia y cuando te hayas recuperado, nos cuentas lo ocurrido, ¿de acuerdo?

Cynthia asentía con la cabeza mientras seguía mirando fijamente a Paul.

—Escucha, Spencer, debo confesarte lo que ha pasado —decía ya más calmada—. Pero necesito estar a solas contigo. —Miró a Frank invitándole a irse.

—Déjanos a solas, Frank —le ordenó a su compañero.

—Oye...

—No hay peligro. No temas. Si quieres, observa por la ventana.

—¿Seguro? —le señalaba el cuerpo de Paul ensangrentado.

—Sí. Está detenida bajo mi responsabilidad. Yo me hago cargo de ella. Dame diez minutos antes de avisar a la policía del condado.

—Como quieras —dijo no muy convencido el agente antes de tomar posición.

—Estamos solos tú y yo, Cynthia. Te prometo que todo lo que me cuentes quedará entre estas cuatro paredes.

Spencer actuaba asombrosamente tranquilo y comprensivo ante la mujer que acababa de asesinar a uno de sus mejores amigos.

—No... no... no es lo que parece —empezó su confesión con la voz entrecortada por los nervios.

—Coge aire. Intenta relajarte —la seguía serenando—. ¿No le has matado tú?

Cynthia apartó por fin su mirada del cadáver de Paul para concentrarse en Spencer.

—Sí —le dijo, entre lágrimas, después de asentir varias veces con la cabeza—, pero no a Paul.

—Cynthia... —intentaba recuperarla del *shock*—, ese de ahí es Paul.

—No.

—¿Entró alguien en la casa y acuchillaste a Paul pensando que era un ladrón?

—No, Paul me contó vuestro viaje al pantano. Sé que un ente quería poseerle.

—¡Oh, Dios! —se encomendó al cielo temiendo que Cynthia hubiera cometido una terrible equivocación—. ¿Qué te contó? ¿Que era el fantasma de un preso que metió en la cárcel hace tiempo? ¿Por eso le has rajado el cuello? ¡Joder! ¡Es la historia que iba a contarte para no preocuparte con Tim, Cynthia! —alzó la voz desesperado—. ¿Se comportó de alguna forma tan extraña que pensaste que estaba ya poseído por un loco con intenciones de haceros daño?

—Te equivocas. Me reveló su contacto con Tim. Solo quería ayudarme a cerrar una vieja y profunda herida. Pensaba que dándome la oportunidad de despedirme de él podríamos seguir adelante sin ningún lastre en nuestras mochilas y ser felices juntos sin acordarnos del pasado.

—Cynthia, ¿conoces al hombre de ahí fuera que me acompaña? —Le señaló la figura de Frank que vigilaba atento desde la ventana.

—Sí, me acuerdo perfectamente de él. Le conocí en Kotzebue.

—De modo que es cierta su historia. Tim no murió en un accidente.

—Cierto. No me despedí de él porque le delaté al FBI. Y ahora había vuelto para cobrarse venganza. —Señaló a Paul.

—¿Me estás diciendo que estaba en el cuerpo de Paul? ¿Cómo lo sabes? Esto es una locura.

—Lo sé porque Paul me lo contó.

—Te quiero creer, Cynthia. Pero comprende que es una historia ya de por sí inverosímil. Marie nos dijo que el alma de un difunto solo puede entrar en el cuerpo de una persona si esta le da permiso, y no siempre funciona. Me resulta incomprensible pensar que Paul le abriera la puerta sabiendo quién era realmente Tim. Porque, ¿se lo contaste, no? —Le miró expectante.

—No hizo falta.

—¿Cómo?

—Que Paul ya conocía quién era el verdadero Tim cuando me confesó la identidad de esa sombra que le atormentaba.

—No entiendo absolutamente nada. ¿Me engañó entonces en Nueva Orleans?

—La primera vez te contó la historia que él creía que era verdad. Y el segundo día simplemente ocultó la auténtica realidad.

—¿Y qué me perdí entre la primera y la segunda jornada? No nos separamos en ningún momento.

—Ocurrió la noche que pasasteis en el hotel antes de volver a casa.

—Sí, aquel día me acuerdo que lo noté raro. Estaba disperso y con cara de haber dormido poco. Supuse que se pasó la noche en vela reflexionando sobre todo aquello.

—Efectivamente, aquella noche no durmió. Alguien le acompañó en el dormitorio.

—Brad y yo estábamos en la habitación de al lado y no escuchamos ningún ruido. ¿Quién fue?

—Marie.

—¿La médium? —dijo sorprendido.

—Así es. Llegó sobre las dos de la madrugada. Aquella noche inició una sesión de *ouija* en su cabaña para hablar con sus hijos como hacía habitualmente. Pero, como pudisteis comprobar, a veces se cuelan

espíritus que no son invitados. Aquel día, la voz de Melissa, la mujer de Paul, se coló en la mente de Marie.

—¡Joooder!

—Le advirtió de las intenciones de Tim y la mujer cruzó el pantano en plena noche para avisar a Paul. Encontró al chico que os guio hasta su casa y él le indicó el lugar donde os hospedabais. Preguntó en el hotel por Paul y subió a contárselo.

—Y para verificar la información de Melissa, Paul te reveló la verdadera identidad del fantasma.

—Sí. —Agachó la cabeza viniéndose abajo.

—Explícame por qué accedió a prestarse a tan macabro juego, Cynthia.

—Paul no era feliz, Spencer —le confesó apesadumbrada—. Su vida cambió cuando se fue Melissa y aguantaba en este mundo por sus hijas. Yo le quería y sé que él a mí también. Pero también sé que esa mujer estaba a todas horas en su cabeza. Yo estuve enamorada de Tim y te aseguro que cuando colocas a una persona como eje de tu vida, todo lo que venga detrás no importa. Ella es la que hace girar el mundo a tu alrededor. Cuando ella se para, el mundo se para. Él sobrevivía intentando ser feliz conmigo y con las niñas, pero un animal enjaulado nunca será feliz por muy bien que le cuiden. Siempre necesitará correr libre y respirar aire puro, ¿entiendes? Y Melissa es lo que le proporcionaba. Era la única que podía soltarle de esas cuerdas que le amarraban al carro de carga. La única que podía abrirle la puerta de ese corral en el que estaba encerrado. La única que podía cabalgar libre a su lado en un campo abierto sin vallas.

Los últimos años hicimos grandes esfuerzos, tanto él como yo, para intentar vivir lo mejor posible entre estos barrotes, pero no pudimos superarlos. Me veía incapaz de mostrarle la salida. La única que tenía la llave era Melissa.

—¿Le suicidaste?

—Lo hablamos durante muchas horas. Era una forma de librarme

de Tim y de liberarle a él. Estaba convencido de que Melissa le esperaba al otro lado —contaba abatida—. ¿Sabes? Es muy duro compartir tu vida con una persona que está enamorada de otra, aunque no esté en este mundo.

—Me estás encogiendo el corazón, Cynthia. Estoy seguro de que él te amaba.

—Lo sé. Y no me arrepiento de un solo minuto que he estado a su lado. Él me ayudó a superar lo de Tim y me devolvió a la vida. Cuando le conocí, yo estaba a un paso de tirarme por un barranco. Después de Tim, pensaba que este mundo ya no tenía nada mejor que ofrecerme. Pero gracias a él, me di cuenta de que sí. De que aún debía haber alguien esperando a que llegase hasta él. Tal vez, al borde de un precipicio también. Y que cuando encuentre a esa alma gemela, descubriré la auténtica y pura felicidad que halló Paul en Melissa. Les envidio, ¿sabes? Ojalá aparezca mi «llave». Igual en el sitio menos esperado... la cárcel.

—Oye —intentaba recuperarse Spencer del conmovedor relato—, arreglaremos esto, ¿vale? —La consolaba con la mano sobre su brazo—. Lo importante es que se fue con tu bendición.

—Sí. Pasé con él unos días maravillosos. Nunca le olvidaré.

—¿Y las niñas? ¿Te ves con energía para sacarlas adelante?

—Son las hijas que tanto deseaba y nunca pude tener. En cuanto a mí respecta, salieron de mi vientre. Esas dos niñas y su madre son tres mujercitas muy fuertes. —Le sonría con lágrimas en los ojos.

—¡Claro que sí! —le daba ánimos—. Y recuerda que tienen a su tío—se señalaba a sí mismo— y a su primo a pocas horas de coche para lo que necesiten, ¿de acuerdo?

—Te lo agradezco, Spencer.

—No tienes por qué. Ahora hay que concentrar todos los esfuerzos en conseguir un buen abogado y preparar la defensa.

—Paul y yo intentamos crear pistas para el futuro juicio.

—¿En qué pensasteis?

—Los dos últimos días nos dejamos ver discutiendo por la urbanización. Cuando sacábamos la basura, nos peleábamos para que los vecinos nos vieran. Con los informes psicológicos de Paul en mi mano, intentaría demostrar ante el juez que intentó atacarme y que tuve que clavarle el cuchillo en defensa propia. Hay numerosos testigos que podrían declarar que sufría depresiones.

—Creo que podría servirnos. Lo que más me preocupa es la posición del cuerpo. Un perito forense concluiría fácilmente que le sorprendiste por detrás.

—Bueno, justo antes de dejar entrar a Tim, dejé entrar a Paul en mi cuerpo...

—¿Violación?

—Sí. Y me dio unos golpes. —Se subía el vestido para mostrar las marcas en su cuerpo.

—Bueno —miraba Spencer sorprendido—, él podría haberse dado la vuelta para coger otro cuchillo, y tú habrías aprovechado para hacerte con otro y atacarle por detrás para defenderte de sus agresiones. Débil, y desangrándose poco a poco, se arrastró hasta la silla donde finalmente murió. Ya prepararemos una estrategia de defensa con los abogados. Esperemos que todo salga bien, Cynthia. Siento que hayas tenido que pasar todo este calvario. Pero todo irá bien. Los jurados populares están muy sensibilizados con estos temas. ¿Crees que estás lista?

—Sí. Paul me dijo que confiara en ti.

—Te ayudaré en todo lo que pueda. Te lo prometo.

Spencer le hizo una señal a Frank para que llamara a una unidad médica y a la policía para entregar a Cynthia.

Con Cynthia entre rejas, Spencer viajó de nuevo a Manchac para corroborar su versión. Efectivamente, los hechos ocurrieron como la profesora había narrado. Con el alma de Tim en un organismo vivo ajeno, esta se quedaría atrapada en el cuerpo sin vida de Paul para siempre. De esta forma, lograrían encerrar al espíritu para que no

regresara jamás del más allá.

El mediático juicio concluyó con una sentencia condenatoria para Cynthia. El jurado popular la consideró culpable de asesinato sin premeditación. El fiscal alegó ensañamiento por los múltiples cortes que le ocasionó, pero el juez atendió la demanda de la defensa de no considerar tal brutalidad, al tratarse de una mujer presa del pánico por los múltiples abusos sexuales a los que le había sometido su pareja. Al estimarse en defensa propia, y sin antecedentes penales, su pena se vio notablemente reducida.

Tras dos años en prisión, Cynthia pudo rehacer su vida con sus dos hijas, con la esperanza de llegar a encontrar algún día la tan ansiada felicidad.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10